

CIENCIA FICCION

SELECCION 35



AICKMAN-GRAVES-POHL-RUSS-WILHELM

ePUB

Esta selección incluye un relato extenso de Kate Wilhelm, ganadora del último Premio Hugo por su novela *Donde solían cantar los dulces pájaros*; una poética incursión en el universo lovecraftiano a cargo de Joanna Russ (autora de *El hombre hembra*); un insólito relato del gran poeta británico Robert Graves; una colaboración póstuma de Frederik Pohl (ganador del último Premio Nebula por su novela *Homo Plus*) con el prematuramente fallecido C. M. Kornbluth; y, para terminar, la novela corta *Páginas del diario de una adolescente*, de Robert Aickman, ganadora del premio a la mejor narración en la Primera Convención Mundial de Fantasía, celebrada en Providence.

Una selección realmente excepcional de narraciones procedentes de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en su género.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 35

ePub r1.0

viejo_oso 15.01.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 35*

VV. AA., 1978

Traducción: Carlos M. Riera

Portada: Neslé Soulé / Paul Lehr

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *Fantasía y verdad*, Carlo Frabetti.

¿Qué les sucedió a los olmecas? (Whatever Happened to the Olmecs?),
Kate Wilhelm, 1973.

Mi bote (My Boat), Joanna Rus, 1976.

Las botellas del muerto (Dead Man's Bottle), Robert Graves, 1961.

La reunión (The Meeting), Frederik Pohl y C. M. Kornbluth, 1972.

Páginas del diario de una adolescente (Pages From a Young Girl's Journal), Robert Aickman, 1973.

PRESENTACIÓN

Fantasía y verdad

La narrativa fantástica y de ciencia ficción, a menudo considerada como un mero entretenimiento, o incluso una forma de «evasión», tiene, sin embargo, la virtud, cuando es buena (y a veces incluso cuando no lo es), de hacernos ver con otros ojos cosas que dábamos por supuestas con demasiada ligereza, arrojando una nueva e insólita luz sobre determinados rincones de nuestro entorno e incluso, quizá, de nuestra mente.

Tal vez el aspecto más sugestivo —y culturalmente válido— de este tipo de narrativa «irrealista» sea precisamente el de impugnar un concepto demasiado rígido y preconcebido de «realidad», una discriminación demasiado tajante —y por ende maniquea— entre lo «verdadero» y lo «falso».

Especialmente inquietantes, en este sentido, son los relatos en que es difícil (o totalmente imposible) determinar si lo narrado es algo realmente fantástico... o fantásticamente real; este tipo de narraciones —de las que la presente selección ofrece alguna muestra— parecen querer recordarnos que tanto nuestros sentidos como nuestras concepciones distan mucho de ser totalmente fiables, y que la barrera que separa lo real de lo fantástico es bastante relativa, inestable y engañosa.

E incluso los relatos decididamente fantásticos hacen a menudo hincapié en la relatividad de nuestros valores, ya sea valiéndose de la ironía, del lirismo, o, sobre todo, del simple y específico recurso de estimular nuestra

imaginación, esa imaginación que todos los dogmatismos condenan porque es lo que distingue a un hombre de un lacayo.

«La imaginación es la loca de la casa», decía reprobatoriamente una insigne defensora de la verdad revelada. «La imaginación al poder», replican los jóvenes revolucionarios de nuestro tiempo, que no admiten más verdad que la que obtengamos mediante una búsqueda constante y libre de prejuicios.

CARLO FRABETTI

¿QUÉ LES SUCEDIÓ A LOS OLMECAS?

Kate Wilhelm

Kate Wilhelm, de quien ofrecemos, en nuestra 7.ª Selección, la excelente novela corta Extraño en la casa, ha ganado recientemente el último Premio Hugo por su novela Donde solían cantar los dulces pájaros.

En el siguiente relato, la autora nos brinda una magnífica muestra de la fina sensibilidad, el vigor narrativo y la combatividad que caracterizan toda su obra.

Tony alzó la cabeza con impaciencia al sentir un golpecito en su hombro. Estaba montando un filme que debía tener listo para las ocho, y no tenía tiempo que perder.

—Ya me encargo yo de eso —le dijo Morris—. Está aquí tu padre. Parece que tiene algo importante que decirte.

—¡No toques esa película! —dijo ella secamente, levantándose; luego preguntó—: ¿Mi padre? ¿Aquí?

—Al menos él dice que es tu padre, querida. ¿Por quién me tomas? ¿Por un poli? ¿Pretendes que obligue a todo el que venga a verte a enseñar su documentación?

—Vuelvo en seguida —dijo ella—. ¡Mientras tanto, deja estar la película!

Encogiéndose de hombros, Morris se dirigió con ella hacia la puerta. El despacho de la joven daba a un atestado estudio, donde una media docena de hombres y mujeres con tejanos trabajaban en el plató o esperaban la sesión de las ocho. En un rincón Tony vio a su padre, que parecía completamente desplazado en aquel lugar. Corrió hacia él, exclamando:

—¡Papá! ¿Qué haces en Nueva York?

El hombre la besó en la mejilla.

—Tengo que hablarte —respondió simplemente. Era un hombre de unos cincuenta años, de ensortijado cabello negro, que pesaba unos cuantos kilos más de lo debido. Hizo tintinear con una mano las monedas que llevaba en su bolsillo mientras con la otra tomaba a su hija del brazo, mirando hacia todos lados con aire azarado.

Ella lo condujo hasta su despacho y cerró la puerta. La mayor parte de los que estaban en el estudio los contemplaron con curiosidad. Sabían que el

padre de Tony había ganado el Nobel por su estudio sobre los quasars, y la joven esperaba que nadie le pidiera su autógrafo cuando se fuera.

—Tony —empezó él—, yo... —se dejó caer pesadamente en una silla, tomó un cigarrillo y miró a su hija.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. Te creía en la costa.

—Me marcho ahora mismo. He venido para hablar contigo.

Tony se sentó también, sintiendo que su tensión disminuía. Cuanto más agitado se mostraba su padre, más calmada se sentía ella.

—Se trata de Justin, Tony —prosiguió el hombre—. Estoy muy preocupado por él. Necesito tu ayuda.

—¿Justin? —Tony apretó las mandíbulas; encendió muy lentamente un cigarrillo antes de preguntar—: ¿Qué le ocurre?

—Ha desaparecido. Desde hace tres meses. Se fue un buen día, y no regresó. Y ahora empieza a hablarse de peligro con respecto a la seguridad nacional... —mientras hablaba, iba dándole vueltas a un cenicero repleto de colas de película, papeles y colillas; Tony sabía exactamente dónde se encontraba cada objeto en su despacho.

—Empieza otra vez, ¿quieres, papá? —rogó—. ¿Dices que hace tres meses? ¿Y tan sólo ahora empiezas a preocuparte? ¿Tiene esta desaparición algo que ver con la muerte de Nancy?

—Debe de tenerlo —respondió su padre—. Justin se tomó un descanso de un mes por enfermedad; luego vino a trabajar durante diez semanas... y después se fue. Lo dejó todo limpio y arreglado en su despacho: quemó montones de papeles sin dejar el menor rastro, y se fue. Punto final.

Tony aguardaba la continuación. Algunos años antes, su padre había sido profesor de Justin. Luego, ambos trabajaron juntos.

—¿Comprendes lo que significa para un hombre recibir el apoyo financiero del Clark Institute para seguir estudios personales? —preguntó su padre; y, al ver que ella agitaba negativamente la cabeza, prosiguió—: Bien, te lo diré. Yo nunca he obtenido esa subvención, mientras que hace diez años se la dieron a él. A los treinta y cuatro años, dispone de unos medios enormes; puede hacer un uso ilimitado del ordenador. Eso es lo que significa.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Tony.

—No puedo decírtelo. Asistía a algunas sesiones, como todos nosotros; pero, fuera de eso, era completamente independiente. Y, al irse, ha puesto tal orden en sus *dossiers* que nadie puede saber qué ha quedado de su trabajo — el padre de Tony encendió otro cigarrillo y lo apagó casi inmediatamente—. Quieren que vuelva a su puesto —dijo—, o que se deje internar en un hospital si realmente es víctima de una depresión nerviosa.

—Has hablado de un peligro para la seguridad nacional... ¿Justin? —preguntó Tony, mirándole con aire incrédulo.

—Sé que él no tiene nada que ver con eso, y tú lo sabes también. Pero la gente del Servicio de Seguridad acostumbra pensar mal. Un hombre no se marcha así si simplemente quiere abandonar su empleo. Presenta su dimisión, y se retira de un modo correcto.

—Como de costumbre, están metiendo la pata —dijo la joven.

—Escucha, Tony —prosiguió su padre—. Justin tiene serios problemas. No estoy bromeando: estoy convencido de ello. ¿Y si tuvo realmente una depresión nerviosa tras la muerte de Nancy? ¡Dios mío! ¡Tenía bastantes motivos para desmoronarse! No quiere o no puede decir dónde fue durante las cinco semanas de descanso que se tomó tras aquel drama. Afirma que simplemente condujo su coche a través del país, sin un destino determinado, y que no recuerda ni dónde fue, ni dónde vivió, ni siquiera a quién pudo ver. Y le creo: es exactamente como actuaría él. Pero si uno mira las cosas con ojos suspicaces, todo esto parece de pronto extraño.

Tony atrajo el cenicero hacia ella y empezó a pensar intensamente en Justin.

—¿Trabajaba en algún proyecto que pudiera despertar el interés de los militares? —preguntó—. Sabes que habría dimitido si se hubiera dado cuenta de ello. Siempre había dicho que lo haría.

Su padre agitó negativamente la cabeza.

—Trabajó siempre en aquello para lo cual había pedido una subvención.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha decidido a venir aquí, ahora? —insistió ella—. ¿Ha ocurrido algo que haya hecho tu visita necesaria?

Su padre agitó de nuevo la cabeza.

—Justin no quiso hablar conmigo antes de irse —dijo—, y ahora he

recibido la orden de mantenerme apartado de él. Se le vigila para saber si alguien entra en contacto con él, o si es él mismo quien entra en contacto con alguien. He recibido informes relativos a México. Su pasaporte está en regla; no encontraría la menor dificultad si decidiera marcharse hacia cualquier lugar del mundo. Pero no pueden dejarle hacer eso. Esta mañana he sabido que había alquilado los servicios de una agencia de detectives para hurgar en su propio pasado. *Su* pasado, el de sus padres, y los antecesores de otros investigadores como él. ¡Tony, esto se parece cada vez más a una depresión nerviosa!

La joven inclinó la cabeza.

—Pero ¿por qué vienes a verme a mí? ¿Qué crees que puedo hacer yo?

—Hablarle. Tiene confianza en ti.

Ella negó con la cabeza y sintió que sus mejillas ardían. Murmuró, muy lentamente:

—Yo no existo para él. Nunca he existido.

Su padre se inclinó hacia delante y la miró serenamente.

—Tony —dijo—, tú siempre le has querido: se te nota cada vez que alguien menciona su nombre. Escucha, pequeña: la policía no le dejará abandonar el país. Si piensan que alguien le ha comprado, Justin se arriesga a ser víctima de algún fatal accidente. Si la policía considera que lo que tiene es una depresión nerviosa, lo hará hospitalizar y «curar», o lo mantendrá encerrado durante quién sabe cuánto tiempo. Por el contrario, si estiman que simplemente ha llegado al límite de sus fuerzas, que no constituye ningún peligro o una amenaza para sí mismo o para los demás, quizá lo dejen tranquilo. Pero es preciso que sepan a qué atenerse. Si Justin decide irse a México, la policía se verá obligada a hacer algo.

Tony se sintió helada. Su padre se levantó y le puso una mano en el hombro; luego se giró para mirar hacia la pared cubierta de fotografías.

—Te he preocupado, ¿verdad? —dijo—. Esa era precisamente mi intención. Yo también estoy preocupado. Estoy preocupado por él, Tony.

—No puedo irme de aquí inmediatamente —dijo la joven, que sentía unos deseos imperiosos de llorar, de gritar, de maldecir—. ¡No puedes llegar de repente y esperar que haga mis maletas para irme al minuto siguiente!

Tengo trabajo aquí. Una película que debe quedar lista esta tarde. Representa mucho para mí y para toda la gente que has visto en el estudio —se interrumpió bruscamente, dándose cuenta de que estaba buscando excusas.

—Debo irme esta misma tarde —dijo su padre—. Nadie sabe que he venido. Justin no necesita saber que te he visto. Está en la cabaña al borde del mar.

—En Massachusetts —murmuró Tony. Ambos comprendían que el asunto había quedado zanjado.

—Tony —dijo su padre con voz muy lenta—, sabes que no te enviaría a su encuentro si no estuviera desesperadamente preocupado.

La joven inclinó la cabeza con resentimiento.

—Y tú sabes que me partiría la cabeza para hacer cualquier cosa que tú me pidieras.

—Llámame tan a menudo como puedas —recomendó él—. Dime cómo se encuentra, qué hace, todo... ¡Dios sabe lo que representará para él que acudas en su ayuda!

Atravesaron el estudio. Mientras caminaban, la joven se iba diciendo que, trabajando sin descanso, tendría aún tiempo de dejar listo el filme en el plazo fijado y tomar inmediatamente el avión. Besó a su padre, y regresó para encontrarse con Morris a sus talones. Morris era el productor. Hubiera querido ser también el guionista y el operador, pero ella se había reservado esos cometidos.

—¡Despégate de mis pies, pelma! —le gritó furiosamente—. ¡Ve a buscar hamburguesas, café, bocadillos de jamón, lo que quieras para alimentar a toda esa gente! ¡Y, sobre todo, no me molestes! —se sentó ante su mesa de montaje y olvidó casi inmediatamente a su padre y a Morris, incluso olvidó al propio Justin.

A las once y media, pagaba al chófer del taxi que la había conducido hasta la cabaña. Era una «cabaña al borde del mar» tan sólo porque la familia de Tony la había llamado siempre así. Su bisabuelo había hecho construir la casa en 1870 y, luego, cada cual había ido añadiendo alas... hasta tal punto

que ahora se parecía a una de esas casas que construyen los niños con sus juegos de arquitectura. Tenía casi en su totalidad dos pisos de altura, con multitud de chimeneas y extrañas ventanas, todas ellas completamente oscuras. El aire era limpio y fresco. Tony respiró profundamente el olor del mar, aunque no pudiera verlo.

Se sentía contrariada y furiosa de antemano por la pena que iba a sentir ante el espectáculo de aquella casa vacía. Notaría el frío y la humedad, quizá no hubiera corriente eléctrica, y por supuesto no habría teléfono. Al menos, esperaba encontrar madera para encender el fuego.

Abrió la puerta, metió su maleta por la abertura y empujó la puerta a sus espaldas con el pie. La puerta se cerró con un chasquido, las luces se encendieron, y ella dejó caer su maleta al suelo.

—¡Tony! ¿Eres tú? —dijo una voz.

—¿Quién está ahí? —preguntó ella—. ¿Justin? —durante algunos minutos no pudo distinguir nada; luego, viniendo del oscuro pasillo, Justin emergió a la luz—. ¡Justin! —exclamó la joven—. Creía que no había nadie; ¡me has dado un buen susto!

—Lo lamento, Tony —dijo él—. También es una sorpresa para mí verte aquí. —Estaba mucho más delgado que la última vez que lo había visto, en los funerales de Nancy. Tenía cabellos y ojos oscuros, que evocaban una ascendencia española o mediterránea. De estatura superior a la media, su actual delgadez era realmente inquietante.

—¿Qué haces aquí? —dijeron ambos al mismo tiempo; se echaron a reír, y la joven cerró el cuello de su abrigo exclamando—: ¡Estoy helada! ¿Hay algo para beber? ¿Café, por ejemplo?

—Te prepararé un café con whisky. ¿Te apetece? —Tony lo siguió hasta la cocina, escuchando el ruido de sus pasos repercutir en la vacía casa. Las alfombras que habitualmente cubrían el suelo habían sido cuidadosamente enrolladas y retiradas durante el fin de semana del Día del Trabajo.

La joven empezó a entrar en calor mientras sorbía su hirviente café.

—¿Te encuentras bien, Justin? —preguntó—. Pareces enfermo.

—Me encuentro muy bien —respondió él—. Pero, dime, qué haces tú aquí. ¿Sabes que es más de medianoche?

—Escucha, Justin. Ya sabes que me dedico a hacer películas. Conseguí persuadir a una agencia de que me dejaran presentar una como ensayo. Gasté todo el dinero que pude reunir para hacer ese filme exactamente tal como yo lo quería. Y a la agencia le gustó. ¡Justín! Me han ofrecido un contrato para un cortometraje de veinte minutos. Justin, tú no sabes lo que eso significa para mí. Ya no he podido contenerme más: he tenido que irme durante algún tiempo... hasta la firma del contrato. La cosa será dentro de diez o quince días, me han dicho. Entonces podré pagar a gente que me ayude, un alquiler... —se interrumpió bruscamente y lanzó un profundo suspiro—. Perdóname —dijo, ya más calmada; por increíble que pudiera parecer, se daba cuenta de que había olvidado..., olvidado que era su padre quien la había enviado allí, que no había venido por sí misma; sintiéndose enrojecer, se llevó la taza a los labios.

—Eso es magnífico, Tony —dijo Justin—. Realmente maravilloso. Tu padre debe de estar orgulloso de ti.

—Aún no sabe nada —murmuró ella—. Le llamaré dentro de dos o tres días —Justin la miraba con una ligera sonrisa, como si no prestara excesiva atención ni a ella ni a lo que decía, sino que estuviera escuchando otra cosa—. ¿Te molesta que yo esté aquí? —preguntó con tono vacilante—. Quiero decir... tú llegaste primero. ¿Preferirías estar solo?

—No tiene ninguna importancia —respondió Justin; después la miró, sonrió, esta vez abiertamente, y repitió—: Ninguna importancia. Estoy contento de que estés aquí, y de que te haya ocurrido algo agradable.

Más tarde, en su cama, hundida bajo un edredón grueso, pero ligero como la nieve, cálido y agradable, ella pensó de nuevo en aquella sonrisa que había iluminado el rostro de Justin. Era un introvertido; sonreía raras veces, pero cuando lo hacía su sonrisa era franca y espontánea. Cuando dirigía su atención hacia algo, lo hacía con una seriedad mayor que nadie en el mundo. Acurrucada en su cálida y blanca cama, Tony no tardó en sumergirse en el sueño. En dos o tres ocasiones, creyó oír los pasos de Justin resonar por la vieja casa.

Durmió largamente, y se despertó para encontrar la habitación inundada por el sol. Cuando bajó, vio que Justin estaba en el porche contemplando el océano.

—Buenos días —dijo ella—. ¡Qué magnífico día!

—Sí, hace un buen día —respondió él—. Estaba por bajar al pueblo a comprar leche y huevos, pero he preferido esperar para saber si necesitabas algo.

—Voy contigo —dijo ella.

—¿No quieres desayunar antes?

Ella negó con la cabeza.

—Dame tiempo para ponerme un jersey... Aunque, ¿crees que lo voy a necesitar?

—No, creo que no.

Tony se puso alegremente en camino a su lado, imaginando que era su amiga, su prometida, su esposa. Hubiera querido adelantar su mano y tomar la de él. Hubiera querido no tener más de doce años, o no ser la sobrina de Nancy, ser simplemente una mujer que él hubiera encontrado en algún lado, en su camino. Pero todos esos deseos no eran más que cosas fugitivas. Tenía bastante con que el sol fuera cálido, la brisa suave, y que Justin estuviera a su lado. De pronto, él se detuvo y señaló con la mano una pequeña vela de color naranja que parecía volar por encima de la superficie del agua. Ambos la miraron durante un momento, y luego prosiguieron su marcha.

—Me he preguntado si es razonable que te quedes aquí —dijo finalmente Justin—. He llegado a la conclusión de que es mejor que te vayas hoy mismo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Tienes miedo de que la gente murmure?

—No he pensado en eso —dijo él—. Sin embargo, es un hecho a considerar. Lo que me inquieta principalmente es que podrían interrogarte. Y, si hubiera problemas, tú te encontrarías mezclada en ellos.

—¿Interrogarme? ¿Quién querría hacerlo?

—Me están vigilando —dijo Justin lacónicamente.

Tony dio una patada a un guijarro y contempló cómo rodaba entre los

frambuesos antes de preguntar:

—¿Quién te vigila, Justin? ¿Y por qué?

—La policía debe de tomarme por un espía —dijo él—. O, si no por un espía, al menos por alguien sospechoso.

La joven crispó los puños, y luego los relajó.

—¿Tienes problemas, Justin? —preguntó.

—No exactamente. Creo que la policía no hará nada mientras yo permanezca tranquilamente aquí. Pero si llegan los otros, podrían empezar las dificultades. ¿Cuánto tiempo piensas estar aquí?

—Cerca de una semana. De hecho, no tengo ningún plan prefijado.

—Es probable que no lleguen antes de eso... Pienso que no llegarán aquí hasta a mediados de octubre a lo sumo. No sé —frunció el ceño y aceleró el paso, hasta tal punto que la joven tuvo que echar a correr para alcanzarle.

—¡Justin! —exclamó—. ¡No comprendo nada de lo que me estás contando! ¿Quién debe llegar? ¿Y por qué podría causarte problemas su llegada?

—Mis padres —respondió él—. Creía habértelo dicho ya. Estoy esperando a Mark y Cora Wright.

Tony se detuvo en seco y lo miró con aire alucinado. Él dio aún un par de pasos antes de girarse para ver por qué ella no seguía a su lado.

—¿Qué quieres decir? —murmuró ella—. ¡Tus padres están muertos!

—¡Oh, no! —dijo él—. Al menos, todavía no. Vendrán para matarme, ¿comprendes? Y, si tú sigues aún aquí, puede que corras peligro. Por eso me preguntaba cuánto tiempo tenías intención de quedarte.

Permanecían inmóviles, a un metro aproximadamente el uno del otro. Tony dio un paso hacia su compañero, sintiendo un nudo en el estómago. Él la miraba directamente a la cara, con una expresión cordial en el rostro.

—¡Están muertos! —repitió la joven—. Eres huérfano.

Justin negó con la cabeza.

—No, no están muertos —dijo—. Cuando vengan, por supuesto, tendré que matarlos..., si es que vienen —añadió tras un instante de silencio—. Ya que es posible que, si temen una trampa, se mantengan a prudente distancia —tomando a Tony del brazo, reanudó la marcha—. Estás pálida —observó

—. Hemos hecho mal dando este largo paseo antes de desayunar. Ven, vamos a tomar algo en el café del pueblo.

Ella intentó apartarse de él, pero él la mantenía firmemente sujeta por el brazo. Al cabo de unos instantes, prosiguió:

—¿Has estudiado alguna vez arqueología? Yo acabo de leer una obra sobre los olmecas. ¿Sabes que esculpían cabezas gigantescas, y que las abandonaban inmediatamente para que la jungla las recubriera? Evidentemente, no poseían metales: no trabajaban más que piedra contra piedra. Esos relatos siempre me han fascinado, y a menudo me pregunto por qué. ¿Acaso el resto de las estatuas ha sido conservado así? ¿Y qué crees que les ocurrió a los olmecas?

Continuó hablando de las civilizaciones desaparecidas de la América Central hasta su llegada a la oficina de correos, donde le entregaron una docena de cartas dirigidas a él, y luego en el café, donde pidió dos pastas con confitura de arándano y salchichas en la charcutería, y durante todo el camino de regreso.

Todos los habitantes del pueblo saludaban amistosamente a Tony, como si ella fuera uno de los suyos. Aceptaban a Justin, pero esperaban a que él diera el primer paso. Sin aparentar observar esta diferencia de comportamiento, éste continuaba discutiendo acerca de los pueblos antiguos, y Tony se dijo que debía de haber leído todo lo que se había escrito al respecto.

—Construyeron pirámides —explicó, a propósito de otro pueblo desaparecido—. El mayor edificio hecho por manos humanas se encuentra allí: la pirámide de Cholula. Existe también una estatuilla que representa a una mujer con dos rostros de la que podría haber sido copiada la *Dora Maar* de Picasso... si no fuera porque esa estatuilla fue hallada después de que el pintor ejecutara su obra. Según un mito, o una leyenda, popular allí, un dios barbudo debería llegar un día. Y efectivamente llegó: era español —Justin se interrumpió y permaneció un instante pensativo, antes de continuar—. También existían los ziggurats. Y las pirámides egipcias. Luego vinieron los telescopios y, finalmente, las plataformas en el espacio para permitir observar las estrellas. ¿Por qué crees que el hombre ha querido observar siempre las

estrellas? ¿Por el deseo de comunicarse con otros seres?

—No lo sé —respondió suavemente Tony, incapaz de seguir sus pensamientos—. La mayor parte de la gente no se preocupa de esas cosas, ¿no crees?

Él sonrió de nuevo, con aquella sonrisa que iluminaba y transformaba totalmente su rostro.

—¡Completamente cierto! —dijo con tono satisfecho.

De vuelta en la casa, Justin se disculpó y subió a leer su correo; algunos minutos más tarde, Tony escuchó el teclear de una máquina de escribir. Se dirigió hacia la parte trasera de la casa, donde enormes bloques de granito dominaban el océano. Más tarde, con la marea baja, iría a pasear por la minúscula playa que el mar, al retirarse, dejaría al descubierto. En la faja de arena, de unos cinco metros de ancho, se formaban pequeños charcos defendidos por barreras naturales que, de una a otra marea, albergaban una multitud de formas de vida. Cuando era niña, Tony adoraba aquella playita aislada.

Al levantar la vista hacia el Albergue de los Marineros, comprendió que allá debían de encontrarse los eventuales observadores, ya que era el único lugar desde el cual se podía vigilar la casa. El albergue había estado antiguamente reservado a los marineros, pero recientemente había sido transformado en restaurante especializado en marisco, con un *dancing* en la parte baja y algunas habitaciones en el primer piso. Viajantes de comercio, una familia cansada de conducir durante mucho tiempo, una pareja en fin de semana, solían ser los clientes habituales del albergue, así como miembros del FBI, de la CIA o de cualquier otra oficina de información que creyera que Justin podía constituir un peligro, se dijo amargamente la joven.

Pensó en Justin con una melancolía ya antigua, puesto que había comenzado a manifestarse hacía ya nueve años, cuando Tony no tenía más que dieciséis y Justin acababa de prometerse con su tía... Una melancolía que se había hecho más profunda con el tiempo y de la que sabía que no iba a poder librarse nunca. Hasta el día de la boda, había creído que Justin la descubriría de pronto a ella, Tony, y se olvidaría completamente de Nancy. Al menos, se dijo firmemente, si no lo había creído, sí había querido creerlo.

Pero Justin no la había visto nunca más que como la sobrina de Nancy. Si él no había comprendido lo que pasaba en el corazón de la joven, Nancy, por el contrario, lo había adivinado en seguida. Tony se sentía desasosegada cuando recordaba el modo en que Nancy la había mirado en una ocasión, poco antes de la boda, y, pasando un brazo alrededor de su cuello, la había besado dulcemente en la mejilla... mientras ella, Tony, soltándose con un movimiento brusco, echaba a correr hacia la casa, cegada por lágrimas de rabia, humillación y desesperación.

Cogió un líquen de la pared rocosa. Era azul, rojo y violeta, extraños colores para una planta, como si, en toda su larga historia, nunca hubiera descubierto la clorofila.

La joven se sobresaltó al oír la voz de Justin muy cerca de ella.

—¿Vienes a bañarte? —preguntó su compañero, repitiendo evidentemente una pregunta que acababa de hacer. Iba en bañador y, de nuevo, Tony se dijo que estaba terriblemente delgado.

—Me conformaré con verte —dijo ella—. El agua está demasiado fría.

La playa aparecía cubierta de una arena que la humedad había vuelto negra y dura, hasta tal punto que el pie no podía hundirse en ella. Justin nadó muy aprisa durante unos minutos, luego salió del agua y se secó vigorosamente con una toalla. Su cuerpo estaba amoratado.

—¿Estabas trabajando? —preguntó la joven—. Te he oído escribir a máquina.

—He escrito algunas cartas —recogiendo un liso guijarro, lo examinó durante un momento antes de continuar—: Mira, se ve el feldespato de su interior. Y el cuarzo. Piensa en el largo viaje que ha realizado: cuatrocientos kilómetros... quinientos tal vez. No estoy muy fuerte en geología —añadió con tono de excusa—. Había una montaña, pero llegaron los glaciares y arrancaron grandes porciones que hicieron rodar aquí y allá. Después los glaciares retrocedieron y volvieron los bosques. La Tierra se elevó de un lado, se aplanó del otro. El nivel del océano ascendió, luego volvió a bajar. Comenzó un nuevo período glacial. Durante miles y miles de años hubo glaciares, bosques, y otros glaciares. Y finalmente, nuestro pequeño guijarro fue a parar a una playa que no existe más que doce horas por día. Y el viaje

continuará: un trocito por aquí, un trocito por allá. Será reducido a migajas: el cuarzo por un lado, el feldespato por el otro, y terminará por producirse la separación definitiva. Un día, un terrible huracán barrerá la costa, y lo que quedará del pequeño guijarro será arrastrado hacia el mar junto con toneladas de arena y barro, árboles, casas... Los fragmentos más pesados permanecerán en el fondo del mar, y las nieves eternas de los sedimentos los recubrirán. Los trocitos de cuarzo serán prácticamente inmortales: a ellos quedará reducido finalmente nuestro guijarro, tras un período que podría muy bien extenderse a lo largo de varios millones de años. —Volvió a dejar el guijarro con un gesto lleno de respeto, miró hacia el agua y dijo—: El problema del hombre es no poder considerar más que el período de su propia existencia, y aun eso de modo deformado. Para él, lo que no se produjo en su próximo pasado no se produjo; y no cree que lo que no tenga que producirse en un futuro próximo llegue a producirse alguna vez.

Tony cambió de lugar para mirarle, y preguntó:

—¿Puedo saber lo qué has querido decir al afirmar que tus padres iban a venir aquí? No lo comprendo. Están muertos, ¿no?

—Nunca morirán —dijo Justin con voz áspera, agitando la cabeza—: Les he dirigido un mensaje que ha aparecido en los principales periódicos de todo el mundo. Terminarán por verlo, y entonces sabrán que he descubierto la verdad sobre ellos. Entonces vendrán. Esas cartas que he recibido hoy eran respuestas a mis anuncios. Pero ninguna de ellas me traía la respuesta que estoy esperando: ésa aún no ha llegado. Las cartas habían sido abiertas y leídas —añadió con un tono repentinamente alegre—. *Ellos* saben que recibo un correo extravagante de todos los locos que habitan las cinco partes del mundo..., y esto debe de inquietarles.

Señaló con un gesto de su cabeza el Albergue de los Marineros y se levantó.

—Ahora volvamos —dijo—. Tengo frío.

—Pero no me has explicado absolutamente nada —protestó Tony desesperadamente—. Estoy preocupada por ti, y tú hablas con enigmas.

—¿Te preocupas por mí? —preguntó Justin—. ¿Por qué?

—Porque... porque tienes problemas... y porque eres mi tío.

Él sonrió indulgentemente y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Tú eres ahora una hermosa mujer, Tony..., y una condenada mentirosa —comenzó a subir la pendiente que llevaba hasta la casa—. Volveremos a hablar de todo esto más tarde. Ahora tengo que dormir. No me atrevo a dormir una vez caída la noche, pero en pleno día no vendrán; saben que estoy despierto —mirando a la joven por encima de su hombro, le dirigió una sonrisa taimada y agregó—: Anda, contén tu lengua y no sueltes esas palabras que te rondan por la cabeza... Me levantaré hacia las ocho.

—¿Y cuándo comes? —preguntó Tony.

—Cuando me acuerdo —respondió él, y siguió subiendo—. Si tú tienes hábitos más regulares, no me esperes.

La casa estaba silenciosa, y Tony se dio cuenta de que andaba sobre la punta de los pies a fin de que el ruido de sus pasos no resonara demasiado fuerte. Se quitó los zapatos. En la cocina había poca cosa..., nada con lo que se pudiera hacer una comida. Se dijo que más tarde regresaría al pueblo para comprar marisco y un poco de ensalada. No era muy buena cocinera, pero no hubiera podido crecer en aquella familia sin saber preparar los mariscos y crustáceos. Se instaló en el porche con un libro y se puso a contemplar el océano. La marea estaba subiendo, y un fresco vientecillo soplaba del nordeste. Aquella noche haría frío.

A la hora que se había fijado, fue a hacer sus compras; pero no llamó a su padre, Aún no, se dijo. No, todavía era demasiado pronto.

El marisco estaba bueno, el vino no valía nada, pero ni ella ni su compañero repararon en ello. Lo dejaron en sus vasos y bebieron café mientras miraban las llamas con todos los colores del arco iris que danzaban en la chimenea.

—¿Y ahora, Justin? —preguntó con tono tranquilo; su vida imaginaria era muy rica y llena, y no sentía el menor deseo de liberarse de ella.

—Bien —comenzó Justin—. Nancy y yo fuimos de acampada aquel fin de semana. Las respuestas que yo buscaba parecían estar de pronto todas allá, al alcance de mi mano, y necesitaba irme, o ponerme a hablar con tu padre,

con alguien. Y además, aún no estaba preparado... Nancy comprendía ese tipo de cosas —añadió con aire pensativo—. Siempre íbamos de acampada cuando nos ocurría algo feliz. No bajo tienda: simplemente en los sacos de dormir, bajo las estrellas. Toda mi vida —prosiguió mirándola por primera vez— supe exactamente lo que quería hacer: hablar con las estrellas. Nunca he tenido la menor duda al respecto... Pero..., de pronto, en mitad de la noche, aquellos bandidos nos asaltaron. Me golpearon, me ataron a un árbol y, tras haber violado a Nancy, la mataron. Yo les vi hacerlo. Perdí completamente la cabeza, por supuesto. Empecé a gritar, a insultarles, a describirles con todo detalle lo que pensaba de ellos, en una palabra, a hacer todo lo que podía para incitarles a que me mataran también; pero, tras aquel golpe en la cabeza que me dieron al principio, no volvieron a tocarme.

Tony temblaba tan fuerte que no podía llevar su taza de café a los labios ni encender un cigarrillo. Con los ojos secos, miraba fijamente el fuego, esperando la continuación.

—Permanecí allí durante dos días —continuó Justin con una voz desprovista de emoción, como si estuviera contando un filme que hubiera visto algunos años antes—, y, durante esos dos días, creo que la mayor parte del tiempo estuve privado de razón. Cuando aquellos chicos me descubrieron y me desataron, estaba completamente al límite de mis fuerzas. Cuando me llamaron para interrogarme, no recordaba gran cosa de lo que había pasado. Inmediatamente después me fui durante algunas semanas, pero tampoco he guardado un recuerdo claro de este período. Todo lo que sé es que conduje tanto de día como de noche, durmiendo en el coche, comiendo cuando me sentía demasiado débil o cuando recordaba que hacía ya mucho que no había tomado nada. Una noche, me quedé sin gasolina; tuve que ir a pie hasta, el pueblo más próximo, a quince o veinte kilómetros de allá, bajo las estrellas, y recordé lo que suponía que debía hacer, aquello por lo que estaba con vida, y volví al trabajo —se levantó bruscamente y abandonó la estancia; algunos segundos más tarde regresó, diciendo—: Es el viento. Sopla muy fuerte ahora.

Un poco antes había recorrido toda la casa para asegurarse de que puertas y ventanas estaban bien cerradas, pero no había echado la llave a la puerta de

entrada. Ambos estaban en una pequeña habitación que el abuelo de Tony llamaba «el despacho». Desde allí podían ver la puerta de entrada; pero Justin había dicho que no esperaba todavía a nadie, y en todo caso no tan temprano.

—¿Nunca has tenido una obsesión, Tony? —preguntó de pronto—. ¿Una verdadera obsesión?

La joven negó con la cabeza, incapaz de responder.

—Bien —continuó él—, no es agradable. Es algo que te atormenta día y noche. Mi obsesión era comunicarme con otros seres dotados de inteligencia que se encontraban en el espacio. Siempre he sabido que era posible hacerlo, que ellos estaban allá y que nuestra tecnología estaba lo suficientemente avanzada como para hacerlo posible. Todos los cursos que seguí en la escuela, aparte de los que me fueron impuestos, todas las lecturas que realicé tenían esa única finalidad. Estaba a punto de publicar lo que había descubierto, a anunciar lo que debía hacerse a continuación. Todo estaba a punto hace seis meses. Era el trabajo que me esperaba cuando volví a mi puesto. Lo miré, y comprendí que se habían estado sirviendo de mí.

Tony cerró los ojos, pues le molestaba el crepitar de las llamas. Le quemaban como si el fuego que quedaba impreso en su retina proviniera de la córnea misma. Hubiera querido que Justin se callara, pero era incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Se habían servido de mí, como de tantos otros en el pasado —continuó su compañero; y un asomo de emoción se infiltraba ahora en su voz, haciéndola más sorda, acelerando su ritmo—. Todo debió de encajarse en mi cabeza mientras estaba atado a aquel árbol, o mientras conducía en el transcurso de las siguientes semanas. Cuando regresé a mi puesto, no tuve ninguna necesidad de reflexionar. Me contenté con quedarme sentado en mi mesa de trabajo, ensamblando los elementos y volviendo a separarlos para ver si aparecían fallos. Pero todo concordaba. Soy para ellos un agente. Han tenido otros y, si fracaso, tendrán otros más después de mí.

Bruscamente, Justin se puso en pie de un salto y empezó a pasear arriba y abajo por la estancia, con paso rápido. Su voz se había hecho tan baja y hablaba tan aprisa que Tony tenía que hacer esfuerzos para distinguir las palabras que pronunciaba.

—Me apostaron aquí apenas nacido —dijo— con una finalidad muy precisa: hacerme hablar con las estrellas. Y estoy en condiciones de hacerlo. Mañana podría decir al mundo cómo hay que hacerlo y en qué dirección. Ellos lo saben, y por eso me vigilan. Tienen miedo de tomar medidas contra mí porque no saben de lo que soy capaz. Podría decidir matarme, dejándoles colgados. Eso es lo que piensan. También se dicen que puedo haberles traicionado ya para pasarme al otro bando. Se han apresurado a catalogar mi trabajo como «materia clasificada» sin la menor razón. Sabían que me preparaba para publicarlo, así que tomaron la delantera —se echó a reír; luego, sentándose en el suelo a los pies de Tony, levantó la mirada hacia ella—. No estás obligada a creerme —dijo con suavidad—. Ni siquiera tienes necesidad de hacer ver que me crees. No tiene importancia.

—Pero —protestó ella—, no es exactamente que no te crea: es que no te comprendo... No entiendo absolutamente nada de lo que quieres decir.

—Las personas que oficialmente eran mis padres no fueron encontradas nunca, ya sabes —dijo Justin—. Ningún cadáver que pudiera ser identificado. Un oportuno accidente seguido de una caída al río, un niño imposible de identificar..., eso es todo. Según dijeron, él era mecánico, ella ama de casa. Hacía sólo dos semanas que habían llegado de California a Kansas City, llevaban sólo dos semanas ocupando su apartamento. Nadie los conocía ni recordaba haberlos visto nunca. Surgieron de ninguna parte para desaparecer inmediatamente, sin dejar más que un niño obsesionado. Esos son mis padres...

Tony le dirigió una triste mirada, deseando desesperadamente tomar una de sus manos o pasar sus dedos por entre sus cabellos, como si aquel contacto tranquilizador pudiera arrancarle de su pesadilla. Pero no se atrevió a tocarle.

—Justin —dijo simplemente—, todo eso es extraño, pero no tanto como tú crees. De esto a concluir, como estás haciendo, que has sido puesto aquí como agente y que tus padres no eran lo que parecían ser, hay un abismo. ¿No te das cuenta de ello?

—Sí —respondió él—. Por eso decidí dejar que fuera un investigador privado el que probara que yo estaba equivocado, si es que podía. Luego pasé las siguientes semanas alimentando nombres al ordenador, pasando revista a

todos aquellos que habían publicado obras sobre el tema que me interesa. Así obtuve los nombres de cuatro individuos cuyo nacimiento era más o menos parecido al mío. Entre ellos había dos de mi generación: un ruso y un israelita. El israelita resultó muerto durante la Guerra de los Seis Días, y el ruso murió en un accidente de aviación. Así que sólo quedo yo —dirigió una larga sonrisa a Tony y prosiguió—: ¿Sabes cómo lo he hecho para atraerlos aquí? Les envié mi pésame. Hice insertar anuncios en los periódicos del mundo entero: en el Japón, en Hong Kong, en Inglaterra, en Francia, en Israel..., anuncios que decían: «Deseo expresar mi más sentido pésame por la trágica pérdida de Alexei y de Simón». Creo que algún día ellos los leerán y sabrán...

Tony se pasó la lengua por sus labios y preguntó:

—Y si no acude nadie, ¿qué conclusión sacarás de ello?

—Entonces —respondió él— sabré que estoy bajo los efectos de una manía persecutoria, y me haré curar.

Ella se atrevió a tocarle. Pasando un dedo por su mejilla, preguntó:

—Justin, ¿puedo quedarme aquí y esperar contigo? Te lo ruego.

Suavemente, él rechazó la mano de la joven, que volvió a caer sobre sus rodillas.

—Me gustaría que te quedaras —dijo—. Durante algún tiempo... Ahora ve a dormir —añadió, levantándose y estirando sus músculos; la miró, le sonrió indulgentemente y añadió—: Eres una chica excelente, Tony. No me has preguntado quiénes son ni por qué hacen esto. No me has preguntado absolutamente nada. No crees una palabra de lo que te he contado, ¿verdad?

—No lo sé —respondió ella—. Creo que no.

—Gracias por admitirlo —dijo él; tras unos instantes, añadió—: Existe una raza que instala parejas en otros planetas para que den nacimiento, de tanto en tanto, a niños que, cuando su técnica les permita hacerlo, entren en contacto con su mundo de origen. Tengo todas las razones para pensar que soy el «medio» para hacerles venir aquí y creo que, si vinieran, no les gustaría absolutamente nada lo que iban a encontrar. Pienso que tratarían la Tierra y a sus habitantes exactamente como nosotros trataríamos una isla del Pacífico si descubriéramos que albergaba un temible virus que no supiéramos

cómo combatir. Sin la menor vacilación, aniquilaríamos a los portadores de este virus y a todas las demás formas de vida existentes sobre la isla si fuera necesario... Y yo sé cómo atraerlos *a ellos* a esta isla que es la nuestra.

Tony se levantó y, con los ojos fijos en él, preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas esperar?

—Dos meses como máximo —respondió Justin—. Pero no creo que tenga que esperar tanto tiempo. Creo que vendrán en el momento mismo en que lean mis anuncios. Porque he descubierto su verdadera naturaleza, y saben que voy a esforzarme en encontrarles para matarlos.

Tony inclinó la cabeza y abandonó el tema. Se llevó las tazas a la cocina para lavarlas, y luego se fue a acostar. Pero necesitó mucho tiempo para conseguir dormirse.

A la mañana siguiente hacía frío, y el viento soplaba fuertemente, pero el sol brillaba en todo su esplendor. Fueron a pie hasta el pueblo, y la joven se separó unos instantes de su compañero para telefonar a su padre.

—Simplemente está cansado, papá —dijo—. Arréglalo para que lo dejen tranquilo unas semanas, sin molestarlo, y todo irá bien. Me quedaré con él durante todo este tiempo.

Su padre, inquieto al ver que se quedaba más de uno o dos días, parecía querer pedir detalles acerca del estado de salud de Justin, pero ella lo interrumpió secamente:

—Debo dejarte ahora; Justin está ahí al lado. Haz que lo dejen tranquilo, papá. Te prometo que no intentará huir.

Tony colgó con un sentimiento de culpabilidad. Ella y su padre habían estado siempre muy unidos. Ella no tenía más que diez años cuando sus padres se habían separado; eligió quedarse con él, y su deseo fue aceptado. No recordaba haberle mentado nunca antes.

Justin y ella regresaban a la casa cuando el sonido de un claxon les hizo apartarse. Era Dougherty, el mecánico del pueblo, al volante de un «Volkswagen» que detuvo a su altura mientras preguntaba:

—¿Quieren subir? Paso exactamente delante de su casa.

Justin agitó negativamente la cabeza y Tony respondió:

—No, gracias. Nos conviene un poco de ejercicio. ¿De quién es este coche?

—De una pareja joven que se ha quedado en el albergue. Se les estropeó el coche en la autopista, hace dos días. ¡Maldito trasto alemán! No acabo de encontrar lo que le pasa, pero cuando uno de ellos dos intenta ponerlo en marcha, el motor se para.

—¿Una pareja joven? —preguntó Justin—. ¿De qué edad más o menos? ¿Veinte años?

—No tanto como eso —dijo Doughberty—. Quizá rocen la treintena. ¿Por qué?

—Simple curiosidad —respondió Justin. Pero Tony comprendió que era mucho más que curiosidad, ya que una mal disimulada excitación afloraba en el tono de su compañero. Doughberty les hizo un saludo con la mano y puso de nuevo el coche en marcha.

—¡Ya están aquí! —gritó Justin con voz triunfante—. ¡No estaba seguro de que mordieran el anzuelo, pero ya están aquí!

Tony lo miró con aire sorprendido.

—Pero no tienen más de treinta años —hizo notar—. ¡Los que estás buscando no pueden tener esa edad!

—¡Por supuesto que sí! —replicó él—. Nunca serán más viejos que esto: la treintena es la mejor edad para tener niños. Nada que pueda llamar la atención... —Avanzaba demasiado aprisa, y la joven, esforzándose en seguirle, no dijo nada hasta que llegaron a la casa.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó entonces, penetrando en la cocina; él había dejado el correo sobre la mesa y medía la estancia a grandes pasos—. ¿Qué piensas hacer, Justin? —repitió, con voz temblorosa. Se sentía al borde de la crisis nerviosa. Se esforzaba en reprimir su agitación, y para lograrlo empezó a distribuir nerviosamente las provisiones que acababan de comprar en los estantes del refrigerador, mientras se repetía a sí mismo que lo mejor que podía hacer era abandonar toda discusión... momentáneamente al menos.

La cocina era grande, y alrededor de la mesa situada en su centro había lugar para una media docena de personas como mínimo. Tony se sentó y

observó a su compañero.

—Jamás podré acercarme a ellos en ese albergue lleno de gente —dijo Justin, como si pensara en voz alta—. Cuando tú te hayas ido, cambiaré de táctica: me pasearé por la playa. Subiré a las rocas. Me haré ver del mejor modo posible.

—No pienso irme —dijo Tony calmadamente.

—Entonces, ellos prepararán un plan para abordarme —dijo Justin, sin oírla.

—No pienso irme —repitió ella con mayor insistencia.

—Es como en el ajedrez —continuó Justin—. Cada cual permanece en sus posiciones y mantiene seguro su rey, pero la partida no puede permanecer indecisa. Tomaré medidas para salir de este callejón sin salida, y veremos si rehúsan o no mi gambito.

—¡Justin, escúchame! —gritó ella—. Podríamos salir juntos. Tú y yo. Esto no llamaría la atención. Pero si empiezas a mostrarte tras haber permanecido todo este tiempo sin dejarte ver, la cosa no parecerá natural.

Él la miró, frunciendo el ceño.

—Tú no estarás aquí —protestó.

—Necesitas a alguien a tu lado para poder dormir —afirmó ella, esforzándose en disimular la desesperación que asomaba a su voz—. Ahora que sabes que están cerca de aquí, no te atreverás a dormir —Justin continuaba paseando arriba y abajo—. Por otro lado —casi gritó ella—, ¡no pienso irme! ¡Si quieres echarme de aquí, me iré al albergue!

Él la miró entonces de un modo lejano, extraño, más aterrador que su silencio. Sentándose ante la mesa, examinó atentamente a la joven y musitó:

—Tienes que irte ahora, Tony. Vuelve a Nueva York, a tu película, a tus amigos —ella agitó negativamente la cabeza—. Tony —prosiguió él—, vas a sufrir terriblemente —alargó una mano, acarició sus cabellos y se levantó, añadiendo—: Siento un gran afecto por ti, Tony, y sé que Nancy también te quería mucho. No quiero que sufras.

—Entonces, ¿puedo quedarme? —preguntó ella.

En el umbral, Justin se detuvo para mirarla de nuevo, con una expresión ausente y lejana, Asintió ligeramente con la cabeza y salió.

Tony sabía que sería él quien sufriría. La gente no comprendía su bondad, el modo en que se interesaba por los demás. Incluso en medio de sus alucinaciones no pensaba más que en los otros. Estaba dispuesto a sacrificar su carrera, su propia vida, para salvar al mundo. Y nunca comprendería nada.

Mientras él dormía, Tony se esforzaba en reflexionar, paseando arriba y abajo por la cocina. Sabía que había llegado el momento de telefonar a su padre. Cuando Justin se levantó, hacia las ocho, ella le dijo:

—Voy al albergue a llamar a Morris para saber si hay algo nuevo acerca del contrato. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Prepararé la comida mientras tanto.

Ella asintió con un gesto y salió. El albergue no estaba más lejos que una manzana de casas. Apenas llegó allí, miró hacia la casa preguntándose si Justin se daba cuenta de hasta qué punto estaba expuesto. Cualquiera persona desde el patio, el porche o a lo largo de una de las paredes, podía verle perfectamente. Era un blanco perfecto para un fusil de largo alcance... Aquel pensamiento la hizo estremecerse, y sintió que a sus ojos afluían lágrimas de piedad. Llamó a su padre, componiendo los números en el panel con dedos entumecidos. Su voz era dura y entrecortada.

—Escucha, papá —dijo—, debes hacer algo urgentemente. En el viejo Albergue de los Marineros hay una pareja que es preciso que se vaya a toda costa —se detuvo un momento para escuchar lo que decía su padre y prosiguió—: Sí, forma parte de sus alucinaciones. Es demasiado complicado para explicártelo ahora. Pero si esa pareja se va y nadie lo molesta durante un mes, digamos hasta finales de octubre, todo irá bien. Te juro que todo irá bien.

—¡Es ya demasiado tarde! —respondió su padre con un tono cortante—. Es preciso que vuelva mucho antes que esto: ¡a primeros de mes! ¡Sin él no habrá ningún proyecto que presentar, y eso supondrá un lío enorme!

—¡Creía que era por él por quien te preocupabas! —gritó Tony—. ¡No por el proyecto en el que trabaja!

—Cálmate, Tony. ¡Por el amor de Dios, cálmate! —hubo un momento de

silencio, luego su padre continuó—. Escucha, debo reflexionar un poco, ponerme en contacto con la policía para que se ocupe de esa pareja. Vuelve a llamarme mañana.

Tony asintió con la cabeza al aparato y colgó lentamente.

Recordando a Morris, le llamó tal como había anunciado a Justin. No tenía nada que decirle, aparte el descontento general que suscitaba su ausencia.

Regresó a la casa, vagamente inquieta sin saber por qué. Era, pensaba, como si hubiera pulsado el botón de una máquina sin saber exactamente qué era lo que ponía en marcha, cuánto tiempo necesitaría esperar para saberlo, ni cómo actuar para asegurarse de que la máquina funcionaría correctamente.

Tras el almuerzo, que tomaron un poco tarde, Tony y Justin se sentaron ante la chimenea para charlar un rato.

—Una de las sesiones que tuvimos —dijo Justin— tenía por objeto la inminente crisis de la producción de alimentos. Habrá que elegir entre los distintos países aquellos a los que alimentaremos y aquellos a los que deberemos dejar morir de hambre. Esta elección será enteramente política, y conducirá a la humanidad a una homogeneidad cada vez mayor. Aquellos que se adapten a nuestro sistema, a nuestra filosofía, a nuestros métodos, sobrevivirán; los otros, morirán. Y estamos en situación de convertirnos en la fuerza más destructiva que este planeta haya conocido jamás.

Después habló de la alegría que uno experimenta contemplando las estrellas a través de un gran telescopio. Habló también de la polución y, una vez, más, de los olmecas, de la libertad... A medianoche, aconsejó a Tony que fuera a acostarse.

Ella oyó el ruido de sus pasos y, más tarde, el de la lluvia golpeando violentamente el techo de la casa. Siguió cayendo durante todo el día siguiente y, mientras se dirigían al pueblo, pensó que, arrebujados hasta la nariz en sus impermeables, parecían dos fantasmas. Por la tarde Justin fue a dormir, y ella leyó hasta las cinco, tras lo cual preparó café. Mientras el agua se calentaba, Tony oyó llamar a la puerta trasera. Fue a abrir, y vio a su padre

en el umbral. La lluvia caía oblicuamente bajo el empuje del viento, y hacía frío.

—¡Papá! —exclamó la joven, aliviada—. ¡Estoy tan contenta de verte! Tengo que hablar contigo.

Avanzó su padre, entornando la puerta a sus espaldas, y permaneció de pie bajo la lluvia.

—¿Está durmiendo? —preguntó su padre.

Tony afirmó con la cabeza.

—Échate algo por encima y salgamos. No debemos despertarlo.

Tras ponerse el impermeable, bajo el que se sentía calada hasta los huesos, la joven regresó al porche trasero barrido por la lluvia y preguntó:

—¿Se ha ido ya la pareja del albergue?

—Aún no. Y ahora dime por qué crees que tienen que irse. No son más que gente de paso.

—Justin cree que debe matarlos —explicó ella con voz entrecortada—. Entiende, si se van ahora y la policía lo deja tranquilo un tiempo, todo irá bien para él. Ha dicho que se someterá a tratamiento, pues a veces incluso él cree que puede ser víctima de alucinaciones. Si no ocurre nada, aceptará esta idea y todo irá bien.

—Pero será demasiado tarde para el proyecto —dijo su padre; Tony no podía ver su rostro, oculto bajo su sombrero de ala ancha.

—¿Y eso qué importa? —exclamó ella—. ¡Podrá continuarlo cuando se haya restablecido!

—¡Entonces ya no habrá dinero disponible! Lo he apoyado, he corrido riesgos por él, he llenado montañas de papeles por él: es *nuestro* trabajo el que quiere sabotear. Simplemente porque tiene un ligero ataque de xenofobia. ¡Eso es todo! ¡No le dejaré destruir el trabajo de toda una vida por eso!

—¡Pero necesita tiempo! —gritó Tony.

—¡Ya basta de tonterías! —gruñó su padre—. ¡No tiene más que miedo a la oscuridad! —mirando al albergue y la sombra que producía en las rocas, añadió—: Manténlo aquí. No lo dejes irse.

—¡No pueden obligarlo a trabajar para ellos! —protestó la joven—. ¡Y si intentan entrar por la fuerza en la casa, se defenderá!

Su padre la sacudió violentamente por los hombros.

—¡Escucha, Tony! —dijo—. Estás mezclada en algo de lo que no comprendes una maldita palabra. Hace seis meses, Justin halló lo que investigaba. Captó señales emitidas desde hace mil años, e incluso quizá más, por otros seres dotados de inteligencia. Lo probó. Sabe de dónde vienen esas señales, y trabajó con el ordenador para descifrarlas. Sabe cómo enviar una señal que sea inteligible para esos seres, quienes sean: Sé de qué estoy hablando, maldita sea, estuve trabajando con él y sé bien hasta dónde había llegado. No quemó sus papeles, Tony: analizamos todas las cenizas hasta los restos más pequeños. Su trabajo está oculto en alguna parte, pero yo vi parte de él y, sobre la base de lo que vi, he puesto al corriente a algunos miembros del Gobierno... Cualquiera que consiga entrar en contacto con esa raza obtendrá informaciones de un valor inestimable. Nuevas armas. Curas milagrosas. Nuevas fuentes de energía. La inmortalidad... —Su rostro estaba muy cerca del de su hija, y hablaba muy aprisa, casi febrilmente, mientras la mantenía sujeta por los hombros—. ¡Y todo esto es cierto, Tony! ¡Piensa en todo lo que hemos obtenido en el transcurso de los últimos cien años y multiplícalo por cien, por doscientos! Conocimientos que no hemos logrado obtener durante un millar de años... Me han dado seis meses para presentar pruebas, Tony. Y luego, ¡ninguna limitación! ¿Comprendes por qué no tenemos tiempo de andarnos con sensiblerías en estos momentos?

Ella se liberó con un movimiento brusco y retrocedió.

—¡Lo matarás si intentas obligarle a hacer algo, sea lo que sea, en estos momentos! —gritó.

—¡No tenemos tiempo que perder! —repitió él—. ¿No entiendes lo que acabo de decirte? El proyecto va a desmoronarse y no será emprendido de nuevo mientras yo aún esté con vida... no lo bastante pronto como para que nuestro mensaje pueda partir y recibir una respuesta. ¡No abandonaré la partida, y esos hombres que están en el albergue tampoco la abandonarán! Llamaremos a un médico, lo curaremos, pero es preciso que vuelva a su puesto inmediatamente.

—No podéis obligarle a trabajar —dijo Tony con vehemencia.

Su padre la miró por un instante, bajó aún más sobre sus ojos el ala de su

sombrero y se alejó, recomendando por encima de su hombro:

—Sobre todo, no le dejes irse.

Tony volvió a entrar en la casa y arrojó su impermeable sobre una silla. Subió con la idea de cambiarse de ropa, pero, cambiando de opinión, se dirigió hacia la puerta de la habitación de Justin y la abrió.

Él se irguió inmediatamente en su cama, con una mano oculta bajo las sábanas. Sin duda aquella mano sujetaba un revólver apuntando hacia ella. Tony deseó por un momento oír el estampido.

—Justin, oh, Justin —exclamó; y, arrodillándose al lado de la cama, con el rostro hundido entre las sábanas, se echó a llorar desesperadamente—. Mi padre ha venido —dijo sollozando—. Creí que quería ayudarte, Justin. Creí que te ayudaría. Y se lo he contado todo. Lo siento. ¡Perdóname, por favor! —sollozaba hasta el agotamiento.

—No pasa nada, Tony —dijo él suavemente—. No pasa nada.

Ella suspiró profundamente, una, dos veces.

—Lo quería tanto —dijo finalmente—. Tenía tanta confianza en él. Lo admiraba. ¡Durante todos estos años le he creído perfecto! ¡Estaba tan orgullosa de él, tan orgullosa de ser su hija, de ver a la gente reconocer su valía!

La cálida mano de Justin se posó en su cabeza. Obligándola a levantar el rostro, la miró directamente a los ojos.

—Estás helada —dijo, tras un instante de silencio—. Ve a cambiarte de ropa. Bajo en seguida, y entonces podremos hablar.

Tomaron el café en el despacho, donde Justin había encendido la chimenea. Tony se sentía tremendamente cansada y deprimida. Hundiéndose en el respaldo de la silla, cerró los ojos.

—¿No podrías volver a tu puesto y hacer como si trabajaras? —preguntó al cabo de un momento.

—No —dijo él—. Sabes bien que no puedo. Tu padre va a controlarlo todo a partir de ahora: se daría cuenta en seguida. Además, debo matar a mis padres.

Ella no abrió los ojos. Naturalmente...

—Vuelvo en seguida —dijo él.

Tony sintió que las lágrimas corrían bajo sus párpados y mantuvo los ojos herméticamente cerrados, esforzándose en no oír el ruido de los pasos de Justin en el pasillo, luego en la cocina. Se oyó el chasquido de una puerta, el sonido de unas voces, y luego, increíblemente fuerte, el estampido de unos disparos. Gritó, y se precipitó hacia la cocina. Justin estaba de pie cerca de la puerta, con un pequeño revólver en la mano. Un hombre y una mujer estaban tendidos en el suelo.

El ruido del alboroto era tal que la casa parecía a punto de estallar. Desde el porche llegaban corriendo hombres, otros lo hacían desde la parte delantera de la casa. El padre de Tony estaba también allí, intentando apartarla, pero ella se sujetaba fuertemente a Justin.

—Están muertos —dijo un hombre, arrodillado junto al cuerpo de la mujer.

—¡Tony, por el amor de Dios, ven aquí! —gritó su padre.

—Déjenla tranquila —ordenó otro hombre, con tono autoritario; miró los cadáveres y se giró hacia Justin—. Usted los ha matado —dijo.

Justin mantenía aún el revólver apuntado hacia delante. Estaba pálido, con una palidez que Tony jamás había visto en él. Incluso sus labios estaban blancos.

—Déme esto —dijo el hombre de la voz autoritaria; y, dirigiéndose hacia Justin, le quitó el revolver de las manos; Justin ni siquiera se movió—. Ahora volverá a su puesto —ordenó.

—No.

—Sí. Volverá. Le necesitamos, muchacho. Usted sabe cómo hablar con ellos, ¿no es así? Y les hablará, Justin Wright. En nombre de nuestro Gobierno. Y, cuando respondan, es a nuestro Gobierno a quien responderán. A *nuestras* preguntas. Nadie más que nosotros debe saber nada de ellos, ni del modo de entrar en contacto con ellos, antes de que nosotros estemos preparados. Estamos en un callejón sin salida, pero cualquiera que se halle en condiciones de hablar con esos seres podrá sacarnos de este callejón. Usted lo sabe, nosotros lo sabemos, y también lo saben los rusos, y los chinos, y todas esas otras malditas razas de la Tierra —lentamente, levantó el revólver que había retirado de las manos de Justin y lo apuntó hacia él—. Y, si no nos da

usted su conformidad inmediatamente —añadió—, vamos a terminar con todo esto, lo internaremos como un loco homicida... y va a decirnos usted dónde están sus papeles, Justin Wright, va a responder a todas las preguntas que le hagamos. Usted lo sabe tan bien como nosotros.

—No.

—No seas tonto, Justin —dijo el padre de Tony—. Vuelve voluntariamente y termina el trabajo que comenzaste.

Justin miró a Tony que, como hipnotizada, miraba fijamente al revólver. Extendió la mano y le acarició los cabellos. Ella desvió los ojos del revólver para posarlos en él. Una leve sonrisa vagaba por sus labios, y su rostro tenía una expresión muy tranquila, una expresión que jamás había visto en él.

—¡No, Justin! —exclamó ella, agitando violentamente la cabeza—. ¡No tienes necesidad de volver a tu puesto ahora! Ellos están muertos, y ya no habrá otros en su lugar. ¡No debes dejarte dominar! —la expresión del rostro de Justin no varió; Tony giró los ojos hacia su padre y exclamó—: ¡Te has servido de mí! ¡Tú eres quien ha maquinado todo esto! Tenías que encontrar un modo de llegar hasta él, ¿no?... ¡Pero yo le quiero!

—Un simple capricho —murmuró su padre—. No seas niña, Tony.

—¡No sabes lo que estás haciendo! —gritó ella; señaló los cuerpos que yacían en el suelo—. ¿Y esos dos...? —los miró fijamente por un instante, luego se giró para mirar de nuevo a su padre, con un repentino horror—. ¡Fuiste tu quien los hizo venir a la casa! —dijo con voz ronca—. ¡Tú lo sabías: yo te lo conté todo! ¡Tú los hiciste venir para que Justin no tuviera que ir a buscarlos!

—Nos ocuparemos de ellos —dijo el hombre que había tomado el revólver de Justin; se giró hacia éste, que seguía estando pálido, aunque un poco menos que antes, y continuaba sonriendo tristemente.

—Tony —dijo Justin—, no te reproches nada. No es culpa tuya. Recuérdalo siempre. *Quiero* volver a mi puesto. ¿Comprendes lo que te quiero decir? —la miró, con aquella sonrisa extraña, lejana y aterradora siempre en sus labios, y continuó observándola hasta que ella hizo con la cabeza un signo de desesperado asentimiento—. Lo comprendes, Tony —continuó—. Recuérdalo siempre: se lo merecen. *¡Se lo merecen!* —luego,

girándose hacia el hombre que le había quitado el revólver, añadió—: Hubiera debido saberlo. Creo que hace ya seis meses que lo comprendí... Está bien: vamos.

El hombre vaciló. Miró primero a Tony, luego a su padre.

—La chica va a necesitar una larga temporada de reposo —murmuró.

—Yo cuidaré de ella —dijo su padre.

Justin y el hombre del revólver abandonaron la cocina, seguidos por los otros tres nombres.

—¡No! —gritó Tony—. *¡No! ¡No!* —alguien la cogió brutalmente por el brazo y la arrastró hacia el pasillo, en dirección a la escalera, mientras ella seguía gritando.

MI BOTE

Joanna Russ

Señalaba recientemente, en un prólogo a los Mitos de Cthulhu (colección NOVA, números 6, 8 y 10), lo difícil que resulta delimitar esta temática, cuya inquietante aura se extiende a un gran número de relatos que, si bien no desarrollan de un modo directo la mitología lovecraftiana, aluden a ella o dejan sentir su influencia en mayor o menor medida.

En el siguiente «homenaje» de Joanna Russ (autora de El hombre hembra, NOVA 18) a los Mitos tenemos un excelente ejemplo de ello. Además de un excelente relato en sí mismo.

¡Milty, tengo una historia para ti!

No. Siéntate. Disfruta del queso cremoso y atiende. Te aseguro que ésta va a ser una película de televisión de primera clase; estoy trabajando en ella, ya. Pequeño reparto, producción barata... es simple. Mira, comenzamos con la típica jovencita loca, de digamos unos diecisiete años; una niña abandonada está aislada del mundo, ¿te das cuenta? Ha sufrido algún tipo de terrible *shock*. Y está instalada en un viejo apartamento, en un barrio verdaderamente extraño, semejante a un mundo de fantasía... Cabello largo y rubio, quizá ande descalza, vestida con retales de sábanas viejas teñidos; y tenemos a ese ejecutivo que la conoce en el Central Park y se enamora de ella a causa de que es como una dríada o un espíritu de la Naturaleza...

De acuerdo. Así que hiede. Pagaré mi comida. Haremos como si no fueras mi agente, ¿de acuerdo? Y no necesitas decirme que no hay nada más cierto; ya lo sé. La verdad es...

Milty, tengo que hablar con alguien. Sí, es una idea vieja, lo sé, y no estoy trabajando ni he trabajado nunca en ella; pero ¿qué hacer el fin de semana del Memorial Day si te encuentras solo y todo el mundo está fuera de la ciudad?

Tengo que hablar con alguien.

Sí, dejaré de hablar con este acento yidish. Infiernos, no pienso en eso; sólo caigo en ello cuando me altero, ya sabes. Tú mismo lo haces. Pero quiero contarte una historia, y no es una historia para libreto. Es algo que me ocurrió en la escuela de segunda enseñanza en 1952, y *necesito contárselo a alguien*. No me preocupa si alguna emisora de aquí a Indonesia lo usará; únicamente, dime si estoy chiflado o no, eso es todo.

Muy bien.

Era en 1952, como he dicho. Yo asistía al último curso de una escuela de segunda enseñanza allá en la Isla, una escuela pública, pero muy elegante. Precisamente era cuando empezaban la integración racial, a principios de los cincuenta, en este numeroso vecindario; todo el mundo se elogiaba mutuamente porque habían admitido a cinco chicos negros en nuestra escuela. ¡Cinco sobre ochocientos! Era como para creer que esperaban que Dios bajara de sus alturas y los ornara a todos con un gran halo dorado.

De todos modos, nuestra clase de teatro integró también a una muchachita negra de quince años llamada Cissie Jackson, una especie de genio. Que yo recuerde, aquel primer día del curso de primavera ella era la única persona que yo viera jamás despojada de afectación; claro que nosotros no sabíamos qué Infiernos era eso, por entonces; de manera que verla así resultaba tan fantástico como si ella acabara de salir de un hospital o algo por el estilo.

Dicho sea de paso, eso es lo que acababa de hacer. ¿Tú sabes que Malcolm X, cuando tenía cuatro años, asistió al asesinato de su padre por hombres blancos, y eso hizo de él un militante para el resto de su vida? Bueno, al padre de Cissie lo habían asesinado a tiros delante de sus ojos cuando ella era pequeña —lo supimos más tarde—, aunque eso no la convirtió en militante; sólo la dejó tan asustada de todos y de todo, que durante semanas se recogió en sí misma y no habló con nadie. A veces se aislaba totalmente de este mundo, y entonces la enviaban al manicomio; créeme, en dos días esto se había corrido por toda la escuela. Y ella lo veía; se incorporó a la clase de teatro de la escuela —¡oh, Milty, las escuelas de segunda enseñanza de la Isla poseen *dinero*, es mejor que te convenzas!—, y procuró pasar inadvertida en el último asiento, acurrucada igual que un conejo amedrentado. Era muy baja, de cualquier manera, y pesaba tal vez cuarenta kilos completamente mojada. Así que quizá haya sido por eso que no se hizo militante. Infiernos, eso no tiene nada que ver. Ella estaba asustada de *todo el mundo*. Tampoco se trataba exactamente de la cuestión negro-blanco; en una oportunidad la vi en un rincón con uno de los otros estudiantes negros: un muchacho verdaderamente respetable, ¿sabes?, traje y camisa blanca y corbata, el pelo ordenado a fuerza de mucha grasa, como

acostumbraban hacerlo entonces, y llevaba también una cartera nueva; y él le hablaba de una forma que parecía que su vida dependiera de la conversación. En realidad, estaba llorando y rogándole. Y ella todo lo que hacía era encogerse en su rincón dándole la espalda, como si quisiera desaparecer, y meneaba la cabeza No. No. No. Ella siempre hablaba susurrando, a menos que se encontrara en el escenario, y a veces también en esos momentos. La primera semana olvidó su pie de entrada cuatro veces —plantada en el sitio, como a punto de caer atravesando el piso—, y en una o dos ocasiones se puso a vagar entre el decorado justamente en medio de una escena, como si la obra hubiera terminado.

Así que Al Coppolino y yo fuimos a ver al director. Yo siempre he pensado que Alan era mucho más bonito, por su compostura, que un pastel de frutas —ten en cuenta, Milty, que corre el año 1952—, y acostumbraba leer todas esas locas tonterías: *The Cult of Chthulhu*, *Dagon Calls*, *The Horror Men of Leng*; sí, recuerdo la influencia de H. P. Lovecraft en Hollywood y la televisión y las reposiciones. ¿Pero qué sabíamos de todo eso? En aquellos días se concurría a fiestas, uno se excitaba bailando mejilla contra mejilla, las chicas usaban escarpines y enaguas que sostenían sus faldas levantadas, y si asistías al colegio con una camisa deportiva se aceptaba muy bien porque la Central High era liberal, aunque mejor no tomarlo como modelo. En fin, que yo sabía que Al era un chico brillante, y dejé que llevara la mayor parte de la conversación; lo que hice yo fue asentir en todo. Por aquellos días, yo era una gran nada.

Al dijo:

—Señor, Jim y yo estamos en un todo por la integración, y pensamos que es importante que éste sea un lugar realmente liberal, pero..., uh...

El director captó la mirada vacilante. Uh..., oh.

—¿Pero? —dijo, frío como el hielo.

—Bueno, señor —prosiguió Al—, se trata de Cissie Jackson. Creemos que ella está..., um..., enferma. Quiero decir si no sería mejor..., quiero decir que todo el mundo dice que acaba de salir del hospital, y eso representa una tensión para todos nosotros, y ha de ser una tensión mucho peor para ella, y quizá sea una tensión para todos nosotros y debe ser una tensión mucho

peor para ella, y probablemente sea algo pronto para ella...

—Señor —intervine—, lo que Coppolino quiere decir es que no nos importa que se integren negros con blancos, pero esto no es integración racial, señor; esto es integrar gente normal con un avellano. Quiero decir...

Él dijo:

—Caballeros, tal vez les interese saber que la señorita Cecilia Jackson tiene promedios en sus tests de cociente de inteligencia mayores que los de ustedes dos sumados. Y me ha informado el departamento de teatro que ella tiene también más talento que el de ambos sumados. Y considerando el nivel que ustedes dos se las han arreglado para alcanzar en el curso de otoño, no estoy sorprendido en absoluto.

Al dijo en voz baja:

—Sí, y cincuenta veces más problemas.

Bueno, el director continuó, y nos encareció que deberíamos agradecer encontrarnos trabajando con ella, cuya brillantez era positivamente la de un genio, y que tan pronto como dejáramos de esparcir rumores idiotas contribuiríamos a la inmejorable oportunidad que tenía la señorita Jackson de adaptarse a la Central, y que si llegaba a enterarse de que la molestábamos nuevamente o difundíamos rumores acerca de ella, a los dos nos iría muy mal, e incluso quizá seríamos expulsados.

Y entonces su voz perdió su frigidez, y nos contó que, siendo una niña de cinco años, un polizonte blanco mató a tiros a su papá delante de ella, sin ninguna razón en absoluto, y que su papá se desangró en la calle y murió en el pequeño regazo de Cissie, y que su madre era muy pobre, y un par de otras cosas horribles que le habían sucedido, y que si *eso* no nos parecía suficiente para volver loco a cualquiera —aunque él dijo «causarle problemas», sabes—; de todos modos, cuando terminó, yo me sentía igual que una rata, y Coppolino salió de la oficina del director, apoyó la cara en los azulejos —invariablemente ponían azulejos hasta la altura que se podía alcanzar, de manera que pudieran borrar los grafitti, si bien en aquellos días no usábamos la palabra «grafitti»— y se puso a llorar como un bebé.

Así fue cómo empezamos una Campaña de Ayuda a Cecilia Jackson.

¡Y, por Dios, Milty, esa chica podía actuar! No era estable, en eso

consistía el problema; una semana pasaba trabajando como un perro, ejercicios de voz, gimnasia, esgrima, lectura de Stanislavsky en la cafetería, brillantes actuaciones; a la semana siguiente, nada. Oh, estaba presente en cuerpo, de acuerdo, sus cuarenta y tantos kilos, pero no reparaba en nada, como si su mente estuviese en otro lugar: técnicamente perfecto, emocionalmente, en ninguna parte. Más tarde supe que en ocasiones también se negaba a responder preguntas en las clases de historia o geografía, parecía desvanecerse materialmente, y no hablaba. Pero cuando estaba concentrada, podía subir al escenario y dominarlo con su presencia como si fuera su dueña. Nunca conocí tal talento instintivo. ¡A los quince años! Y tan diminuta. Quiero decir, sin una voz particularmente notable —aunque sospecho que al hacerse mayor la habrá mejorado—, y una figura que, francamente, Milt, era la vieja broma de W. C. Fields, dos aspirinas sobre una plancha de hierro. Y diminuta, verdaderamente sin un buen aspecto; pero, Dios, tú sabes y yo sé que eso no importa si se posee prestancia. Y ella la tenía incendiaria. Hizo la Reina de Saba una vez, en una obra que representamos con público —de acuerdo, los padres y los demás chicos, ¿quién más?—, y ella *fue* el papel. Y en otra oportunidad la vi hacer cosas de Shakespeare. Y otra vez, nada le faltaba, una leona, en una clase de mímica. Lo tenía todo. Real, absoluta, pura concentración. Y era tan inteligente, también; en aquel tiempo, ella y Al se habían hecho muy buenos amigos; en una ocasión la oí explicarle (esto sucedió en el salón verde, la tarde de lo de la Reina de Saba, mientras se quitaba el maquillaje), precisamente, de qué manera había resuelto cada detalle del problema de su personaje. Entonces alzó enteramente el brazo hacia mí, señalándome directamente como si su miembro fuese un arma de fuego, y dijo:

—Usted, señor Jim, déjeme decirle una cosa: ¡lo principal es *crear*!

Era una cosa extraña, Milt. Se estrechaba más y más su amistad con Al, y cuando me permitían unirme a ellos, yo me sentía privilegiado. Él le prestó uno de esos locos libros suyos; y yo acerté a oír cosas sobre su vida, pedacitos y retazos. Esa chica tenía una madre tan rígida y temerosa de Dios y respetable, que asombraba que Cissie pudiera aún respirar sin pedir permiso. Su madre no le permitía siquiera estirarse el cabello, no por razones

ideológicas, entiéndelo, no por eso, sino porque —chúpate ésa— «Cissie era demasiado, joven». Creo que su mamá estaba más loca que ella. Desde luego, yo era un chico condenadamente estúpido (¿quién no lo ha sido?), y en el fondo pensaba que todos los negros eran movedizos, que andaban por ahí haciendo chasquear los dedos y colgándose de las lámparas, ya sabes, todas esas tonterías, que se pasaban la vida bailando y cantando. Pero ahí teníamos a ese genio, perteneciente a una familia en la que no se le permitía salir de noche; no tenía autorización para ir a fiestas, ni bailar, ni jugar a cartas; no podía usar cosméticos ni joyas. Créeme, pienso que si algo la ponía lela, era que le golpearan constantemente la cabeza con una Biblia. Pienso que su imaginación por tanto, necesitaba hallar alguna salida. Su madre, dicho sea de paso, la hubiera sacado de la Central High arrastrándola por el cabello, si hubiera descubierto lo de las clases de teatro; todos nosotros teníamos que jurar guardarlo estrictamente en secreto. El teatro era considerado aún más pecaminoso que el baile, sospecho.

¿Sabes?, creo que eso fue lo que me chocó. Realmente, sí. La familia de Al era un tanto católica, y la mía, un tanto judía. Yo jamás había conocido a nadie con una mamá como ésa. Quiero decir que hubiera zurrado a Cissie si hubiera regresado alguna vez a casa con un prendedor de oro sobre esa blanca blusa que usaba día sí y día no; recuerdas, el tipo de los que todas las chicas usaban. Y, naturalmente, no había faldas de vuelo para la señorita Jackson; la señorita Jackson llevaba faldas plisadas que, incluso para ella, eran demasiado cortas, y blusas rectas que parecían descoloridas y arrugadas. Durante un tiempo yo abrigué la vaga idea de que las faldas cortas significaban que ella pretendía ser provocativa, sabes, pero no se trataba de eso; habían pertenecido a una prima menor que ella, que se las dejaba. Ella no podía comprarse ropa propia. Y creo que fue la mamá y el asunto de la Biblia lo que finalmente hizo que yo dejara de ver a Cissie como el Premio de Integración con el que debíamos ser amable, ya fuese a causa del director, o del asustado conejo que, sea dicho de paso, seguía susurrando en todas partes menos en la clase de teatro. Precisamente, yo estaba mirando a Cecilia Jackson, sencilla y algo fea, supongo, aunque no duró más de unos pocos minutos, pero me di cuenta de que ella poseía una personalidad singular. Así

que un día, en el vestíbulo, mientras iba de una clase a otra, me topé con ella y con Al, y dije:

—Cissie, tu nombre brillará algún día en letras luminosas. Estoy convencido de que eres la mejor actriz que he conocido jamás, y quiero decirte simplemente que es un privilegio conocerte.

Y al mismo tiempo remedé una rancia reverencia, a la manera de Errol Flynn.

Ella y Al se miraron, con cierto disimulo. Entonces bajó la cabeza sobre sus libros, y rió contenidamente. Era tan pequeña, que a veces admiraba verla cargando esos libros todo el día; la encorvaban.

Al dijo:

—Eh, adelante. Vamos a decírselo.

Y me comunicaron su gran secreto. Cissie tenía una prima llamada Gloriette, y Gloriette y Cissie juntas tenían un bote de alquiler en la *marina*^[1], en Silverhampton. Cada una de ellas pagó la mitad de la papeleta de autorización —lo que por aquel entonces era alrededor de dos dólares al mes, Milt—; tienes que recordar que por aquel tiempo una *marina* significaba exactamente un largo dique de madera al que se podía atar el bote de remos.

—Gloriette está afuera —dijo Cissie, en ese susurro suyo—. Tuvo que ir a visitar a la tía, en Carolina. Y mamá va a encontrarse con ella la semana próxima, el domingo.

—¡Así que vamos a salir en el bote! —terminó Al—. ¿Quieres acompañarnos?

—¿El domingo?

—Claro; mamá irá a la estación de autobuses después de la iglesia —dijo Cissie—. Eso será alrededor de la una. Tía Evelyn vendrá a cuidarme a las nueve. De manera que tenemos ocho horas.

—Y lleva dos horas llegar hasta allí —explicó Al—. Primero tomas el Metro; luego, el autobús...

—¡A menos que usemos tu auto, Jim! —dijo Cissie, riendo tan aguadamente que se le cayeron los libros.

—¡Bueno, muchas gracias! —exclamé.

Ella recogió sus libros y me sonrió.

—No, Jim —aclaró—. Queremos que nos acompañes, de cualquier manera. Al todavía no ha visto el bote. Gloriette y yo le llamamos *Mi Bote*.

Quince años, y sabía sonreírte hasta retorcerte el corazón como una rosquilla. O tal vez yo me limité a pensar: ¡Qué terrible secreto para guardar! Un gran pecado, supongo, teniendo en cuenta cómo era su familia. Dije:

—Seguro, os llevaré. ¿Puedo preguntar qué clase de bote es, señorita Jackson?

—No seas *tan* tonto —dijo ella atrevidamente—. Yo soy Cissie o Cecilia. Jim, tonto. Y en cuanto a *Mi Bote* —agregó—, es un gran yate. Enorme.

Estaba por reírme de eso, pero entonces me di cuenta de lo que quería decir. No, sólo jugaba. Me sonreía otra vez de esa manera cruel. Dijo que nos encontraríamos en la parada del autobús, cerca de su casa, y luego, junto al pequeño y flaco Al Coppolino, marchó por el vestíbulo de azulejos metida en su vieja y holgada falda verde y en su siempre-la-misma blusa blanca. Nada de hermosos, grandes y blancos escarpines para la señorita Jackson; usaba unos deslucidos azotacalles que se abrían por las costuras. Se la apreciaba distinta, sin embargo: llevaba la cabeza erguida, el paso elástico, y no había susurrado al hablar.

Y en ese momento se me ocurrió que era la primera vez que veía su sonrisa —o risa— fuera del escenario. Mira, ella lloraba con bastante facilidad, como en aquella ocasión que comprendió en clase, por algo que el maestro había dicho, que Anton Chéjov, ya sabes, el gran dramaturgo ruso... estaba muerto. La oí decirle más tarde a Alan que ella no lo creyó. Había montones de detalles de locura como ése referentes a ella.

Bueno, la recogí el domingo en lo que probablemente ya entonces era el auto más viejo del mundo —no una pieza de museo, Milt; aquello era una verdadera ruina, francamente tenía suerte consiguiendo que arrancara—, y cuando llegué a la estación de autobuses cercana a la casa de Cissie, allí se encontraba ella con su descolorida falda plisada y la misma blusa. Me imagino que unos duendecillos llamados Cecilia Jackson salían de las molduras todas las noches, y las lavaban y planchaban. Curioso, ella y Al formaban realmente una pareja; sabes, él era como el Woody Allen de la Central High, y yo creo que se dedicaba a sus locos libros (seguro, Milt, *muy*

locos en 1952), porque, si no, ¿qué podía hacer un vulgar italiano que medía uno sesenta y era tan brillante que ningún otro chico podía entender, la mitad del tiempo, de qué estaba hablando? Yo no sé por qué éramos amigos; me parece que eso me hacía sentir importante, ¿sabes?, generoso y bueno, igual que ser amigo de Cissie. Esperando junto a la parada de autobuses, se les veía a ambos casi del mismo tamaño, y creo que sus cabezas estaban en el mismo sitio. Esto lo sé ahora. Supongo que él se hallaba un par de décadas por delante, como sus libros. Y, tal vez, si el movimiento por los derechos civiles hubiese comenzado algunos años antes...

Así que salimos hacia Silverhampton, y fue un bonito viaje, mucho campo, si bien todo llano —en aquellos días todavía había huertos en la Isla—, y hallamos la *marina*, que no era más que un gran muelle, viejo pero bastante sólido; yo aparqué el coche, y Al sacó una cesta de compras que Cissie había venido cargando.

—El almuerzo —dijo.

Mi Bote se encontraba allí, realmente, a mitad de camino del dique. Por algún motivo, yo ni siquiera esperaba que existiese. Se trataba de un viejo bote a remos que hacía agua, con un solo remo de madera. En la proa alguien había pintado el nombre, «Mi Bote», en trazos vacilantes con pintura anaranjada. *Mi Bote* estaba atado al amarradero por una cuerda casi tan resistente como un trozo de cordel. Empero, no daba la impresión de que se fuera a hundir inmediatamente; al fin y al cabo, había permanecido allí durante meses, azotado por la lluvia, incluso, quizá, por la nieve, y todavía flotaba. Así que subí en él, deseando haber tenido el buen sentido de quitarme los zapatos, y empecé a achicar el agua con una lata que cogí del auto. Alan y Cissie, en medio del bote, sacaban cosas de la cesta. Es de suponer que proyectaban almorzar. Se hacía evidente que *Mi Bote* permanecía la mayor parte del tiempo, amarrado al dique, mientras Cissie y Gloriette comían su almuerzo y quizá imaginaban encontrarse en el *Queen Mary*, puesto que ni Alan ni Cissie parecían advertir que había un remo perdido. Era un día hermoso, pero desapacible; ya sabes, nubes durante un minuto, sol al siguiente, pequeñas nubes encrespadas, aunque sin signo de lluvia. Achiqué mucho, y después me dirigí hacia la proa, y al salir el sol vi que me

equivocaba respecto a la pintura anaranjada: era amarilla.

Entonces miré más de cerca: no era pintura, sino un objeto colocado en el costado de *Mi Bote* de igual forma que los nombres en las puertas de las oficinas; supongo que no miré atentamente al principio. Era una hermosa y fluida escritura, un verdadero trabajo profesional. Bronce, me parece. No era una chapa, Milt, sino una especie de..., ¿cómo se llama?, ¿entarimado? ¿*intaglio*? Cada letra estaba puesta por separado. Debe de haber sido Alan; tenía talento para cosas como éstas, acostumbrado a realizar extravagantes ilustraciones en sus locos libros. Me volví, y vi a Al y a Cissie sacando de la cesta de compras un gran trozo de tela y colgaduras para los altos mástiles que se elevaban a ambos lados del bote. Estaban haciendo una especie de toldo. Yo dije:

—¡Eh! ¡Apuesto a que trajiste eso de la tienda teatral!

Ella se limitó a sonreír.

Al dijo:

—¿Podrías darnos un poco de agua dulce, Jim?

—Seguro —contesté—. ¿Dónde hay? ¿En el dique?

—No, en el balde. Detrás, en la popa. Cissie dice que está marcado.

Oh, seguro, pensé, seguro. En medio del Pacífico, sacamos nuestro cubo, y rezamos para que llueva. En el lugar había un cubo, ciertamente, y alguien, laboriosamente, había escrito sobre él «agua dulce» con pintura verde; un cubo manchado, pero nunca antes había sido destinado a contener nada. Estaba seco como un hueso, vacío, y tan deteriorado por la herrumbre que, si se lo sostenía contra la luz, se podía ver a través de él. Dije:

—Cissie, está vacío.

Ella respondió:

—Vuelve a mirar, Jim.

Yo repliqué:

—Pero, mira, Cissie... —y puse el cubo del revés.

Agua fría me empapó desde las rodillas hasta los zapatos.

—¿Ves? —dijo—. Nunca está vacío.

Yo pensé: Infiernos, no lo he visto, eso es todo. Quizá llovió ayer. Sin embargo, un balde lleno de agua es pesado, y yo he levantado este objeto con

un dedo. Lo bajé —si había estado lleno antes, seguramente no lo estaba ahora—, y miré de nuevo.

Estaba lleno, exactamente hasta el borde. Sumergí la mano dentro de la substancia, y bebí un poco: fría y clara como agua de manantial, y olí —no sé — a helechos calentados por el sol, a frambuesas, a flores silvestres, a hierba. Pensé: ¡Dios mío, me estoy convirtiendo en un avellano yo también! Y al volverme entonces, vi que Alan y Cissie habían reemplazado la estopilla de los mástiles con una toldilla azul y blanca a rayas, del tipo de las que se ven en las películas sobre Cleopatra, ¿sabes? La clase de tela que colocan sobre su barcaza para resguardarla del sol. Y Cissie había sacado de su cesta de compras algo diseñado en naranja-y-verde-y-azul, y lo había envuelto alrededor de sus viejas ropas. Llevaba aretes color oro, unos chismes en forma de grandes argollas, y un turbante cubriendo su curioso cabello. Y debía de haber dejado sus azotacalles quién sabe dónde, porque iba descalza. Entonces vi también que tenía un hombro desnudo, y me senté bajo la toldilla en uno de los bancos de mármol de *Mi Bote*, con la impresión de que, indudablemente, veía alucinaciones. Quiero decir que ella no había tenido tiempo..., ¿y dónde estaban sus viejas ropas? Me dije interiormente que debía de haber salido con una bolsa repleta de artículos de la tienda teatral, por ejemplo ese enorme cuchillo antiguo de aspecto maligno que llevaba metido en su cinturón de piel adornado con tachones de ámbar, la empuñadura totalmente cubierta de oro y piedras: rojas, verdes y azules, que destellaban con pequeñas cruces de luz que hacían imposible fijar los ojos en ellas. Yo no sabía entonces qué eran las piedras azules; ahora lo sé. Y no se fabrican estrellas de zafiros en una tienda teatral. Ni tampoco una hoja de acero de treinta centímetros en forma de medialuna, tan afilada que el sol te deslumbra al reflejarse en su filo.

Dije:

—Cissie, luces como la Reina de Sheba.

Sonrió. Me respondió:

—Jim, no es She-ba, como en la Biblia, sino Saba. Saba. Debes recordarlo cuando nos encontremos con ella.

Pensé para mí: «Sí, aquí es donde la niñita genio, Cissie Jackson, viene

todos los domingos a fisgonear ensueños de otros mundos. Extravíos de fin de semana.» Me imaginé que ése era el momento perfecto para escaparse, poner alguna excusa, sabes, y llamar a su mamá o a su tía, o quizá al hospital más próximo. Quiero decir, sólo por su propio bien; Cissie de ninguna manera lastimaría a nadie, porque no era mezquina, ni lo sería jamás. Y además era demasiado pequeña para herir a alguien. Me puse de pie.

Sus ojos se encontraban al nivel de los míos. Y estaba de pie por debajo de mí.

Al dijo:

—Ten cuidado, Jim. Vuelve a mirar. Siempre debes mirar de nuevo.

Yo regresé a popa. Allí seguía el cubo que ponía «agua dulce», pero cuando miré contra el sol, comprendí que me había equivocado; no era ajado y tosco hierro galvanizado con letras salpicadas de pintura verde.

Era plata, plata pura. Colocado sobre una especie de mármol bien cimentado en el interior de popa; las letras eran de jade incrustado. Estaba todavía lleno. Siempre estaría lleno. Miré a Cissie de pie bajo la toldilla de seda rayada de azul y blanco, las estrellas de zafiros y esmeraldas y rubíes en la daga, y su extraño acento —lo sé ahora, Milt, era de las Indias Occidentales, pero entonces no lo sabía—, y tuve la certeza, tanto como si lo estuviera viendo, de que si miraba las letras «Mi Bote» contra el sol, no sería bronce, sino oro puro. Y la madera, ébano. Ni siquiera estaba sorprendido. Aunque todo había cambiado, ya me entiendes, yo no lo había visto cambiar; o era que yo no miré con cuidado la primera vez, o cometí un error, o algo se me pasó por alto, o lo había olvidado. Del mismo modo que yo pensaba haber encontrado un armatoste en medio de *Mi Bote*, y en realidad era el techo de una cabina con pequeñas portillas; y mirando adentro, distinguí tres literas abajo, un lavabo, y una hermosa cocina pequeña con un refrigerador, y un almacén de provisiones, y algo más allá, a un lado del fregadero, donde no me era posible ver con claridad, una botella con un pasador alrededor del cuello, asomando de un cubo lleno de hielo molido, todo exactamente igual que en una vieja película de Fred Astaire y Ginger Rogers. Y el interior de la cabina estaba completamente revestido de madera de teca.

Cissie dijo:

—No, Jim. No es teca. Es cedro del Líbano. Puedes darte cuenta ahora por qué en la escuela yo no puedo tomar en serio ese sinsentido acerca de los parajes y dónde se encuentran y qué sucede en ellos. ¡Petróleo en el Líbano! Cedro es lo que tienen. Y marfil. He permanecido allí mucho, mucho tiempo. He hablado con el sabio Salomón. He estado en la corte de la Reina de Saba, y he hecho un trato eterno con las mujeres de Knossos, el pueblo de la doble hacha, que es a la vez la luna creciente y menguante. He visitado Akhnaton y Nofretari, y he visto poderosos reyes en Benin y en Dar. Incluso voy a la Atlántida, donde la Pareja Real me enseña muchas cosas. El sacerdote y la sacerdotisa me instruyen de qué manera conseguir que *Mi Bote* vaya a donde yo desee, aun debajo del mar. ¡Oh, sostenemos innumerables charlas provechosas en la terraza del Pahlahss, al anochecer!

Era real. Todo era real. Ella no tenía quince años, Milt. Se sentó en la proa, frente a los controles de *Mí Bote*, y había tantos cuadrantes y palancas y botones e interruptores e indicadores sobre ese aparato, como en un B-57. Y ella era por lo menos diez años mayor. Al Coppolino, asimismo, aparecía como una figura que había visto en un libro sobre la historia de sir Francis Drake, y llevaba el pelo largo y una barbita puntiaguda. Vestía igual que Drake, exceptuada la gorguera, y llevaba rubíes en las orejas y anillos en todos los dedos; y él tampoco tenía diecisiete años. Una cicatriz apenas perceptible corría desde la línea del cabello, en su sien izquierda, hasta debajo del ojo en el pómulos. Yo alcanzaba a ver que el cabello de Cissie, bajo su turbante, estaba trenzado en una forma muy elegante. Desde entonces, lo veo. Oh, desde tiempos remotos todo el mundo ha estado «paseándose en bote». Lo he visto en el Metropolitan Museum, en mascarillas esculpidas en la ciudad de Benin, en África. Antiguo, Milt, con siglos de antigüedad.

Al dijo:

—Sé de otros lugares, Princesa. Puedo mostrárselos. Oh, vamos a Ooth-Nargai y a Celephais la Bella y a Kadath en la Desolación Helada —es un sitio pavoroso, pero nosotros no debemos tener miedo—, y después iremos a la ciudad de Ulthar, en donde existe la muy afortunada y amable ley que prohíbe a cualquier hombre y mujer matar o molestar a un gato.

—Los Atlantes —dijo Cissie, con una dulce voz profunda— prometieron

que la próxima vez me mostrarán cómo ir no ya solamente al fondo del mar. Ellos afirman que si lo piensas firmemente, si fijas mucho la atención, si crees, entonces puedes hacer que *Mi Bote* marche directamente hacia arriba. ¡A las estrellas, Jim!

Al Coppolino salmodiaba nombres en voz baja: Cathuria, Sona-Nyl, Thalarion, Zar, Baharna, Nir, Oriab. Todos tomados de esos libros suyos.

Cissie dijo:

—Antes de partir con nosotros, debes hacer una última cosa, Jim. Suelta la amarra.

Así pues, bajé por la escala de *Mi Bote* hacia el muelle, y desaté la cuerda de oro trenzado fijada a la estaca. Oro y seda entrelazados, Milt; ondulaba en mi mano como si estuviera viva. Conozco la resistente y resbaladiza sensación de la seda. Yo estaba pensando en la Atlántida y en Celephais, y subiendo a las estrellas, y todo eso se mezclaba en mi cabeza con la última promoción y el colegio, puesto que yo había sido tan afortunado que me aceptaron en El-Colegio-De-Mi-Elección, y con el futuro que me aguardaba como abogado, el abogado de una Corporación, después de haber sido una primerísima estrella en el campo de fútbol, desde luego. Tales eran mis planes en los viejos tiempos. Certidumbres muertas todas, ¿no? Frente a un yate de diez metros que habría hecho poner verde de envidia a John D. Rockefeller, y a lugares del mundo en los que nadie había estado nunca y a los que nadie volvería jamás. Cissie y Al estaban de pie sobre la cubierta por encima de mí, ambos con el aspecto de algo sacado de una película —hermoso y peligroso y extrañísimo—, y de repente advertí que yo no quería ir. En parte, porque en modo alguno deseaba yo caer en un estado de ánimo que me llevara a ofender mínimamente a Cissie —no quiero decir simplemente una riña o un desacuerdo o un motivo de enfurruñamiento, sino esa clase de ofensa profunda hasta los huesos—; y de pronto me imaginé a mí mismo, casi intolerablemente, en un bote de remos que hacía agua, con un solo remo, en medio del océano Pacífico. O quizá solamente atado al dique de Silverhampton. Cissie no era cruel. Al tampoco, por lo menos así lo esperaba yo. Únicamente... sospecho que no me hacía nada *bien* irme con ellos. Y además, sobre sus rostros, particularmente sobre el de Cissie, parecía

extenderse algo como nubes, o velos, donde flotaban otros rostros, otras almas, otros pasados y futuros, y conocimientos insólitos, todo movedizo cual un espejismo provocado por el ardor de un día cálido sobre un camino de asfalto.

Yo rechazaba esa sabiduría, Milt. Yo no quería llegar a tal profundidad. Se trataba de la clase de cosas que la mayoría de la gente de diecisiete años no alcanza a aprender durante años: Belleza. Desesperación. Finitud. Compasión. Dolor.

Y yo me encontraba todavía mirándolos, contemplando cómo la brisa ahuecaba la capa de terciopelo color de ciruela de Al Coppolino, y brillaba sobre su jubón platinegro, cuando una mano grande, pesada, dura, gruesa, se apoyó en mi hombro, y una voz recia, voluminosa, grosera, una voz del Sur, barbotó:

—¡Eh, muchacho, tú no tienes permiso para amarrar a esa estaca! ¿Qué hace ahí ese bote de remos? ¿Y cuál es tu nombre?

Por lo que me volví, y me encontré frente a frente con el bisabuelo de todos los *sheriffs* sureños de cogote rojo: cara semejante a la de un bulldog, con una quijada a tono y cobriza por el resol, y gordo como un cerdo, o como una montaña mezquina.

Y yo dije:

—¿Señor? —no había chico en la escuela de segunda que no dijera cosas parecidas en su sueño por aquellos días... y entonces todos nos volvimos hacia la bahía, diciendo:

—¿Qué bote, señor?

Y el polizante que decía exactamente:

—¿Cuál...?

Porque allí no había nada. *Mi Bote* se había esfumado. Se veía solamente un trecho de la bahía, de un azul destellante. Ellos no estaban ya allí ni tampoco del otro lado del dique —el polizante y yo correteamos por él—, y en el momento en que tuve presencia de ánimo suficiente para levantar la vista al cielo...

Nada. Una gaviota. Una nube. Una altura vacía más allá de Idlewild. Además, ¿no había dicho Cissie que ella aún no sabía cómo ir derecho a las

estrellas?

No, nadie, jamás, volvió a ver a *Mi Bote*. Ni a la señorita Cecilia Jackson, completamente loca y niña prodigio. Su mamá acudió a la escuela, y a mí me llamaron al despacho del director. Les conté una historia inventada, la misma que le había contado al polizonte: que ellos dos dijeron que iban a remar solamente alrededor del dique y volverían en seguida, y que yo fui a ver si el auto estaba bien aparcado y, al volver, no les encontré. A saber por qué loca razón, yo *aún* imaginaba que la mamá de Cissie tendría la apariencia de tía Jemima, pero se trataba de una pequeña mujer delgada, de gran parecido con su hija, y tan nerviosa y estirada como nunca vi otra: una mujer diminuta, vestida con un conjunto serio, muy ajustado y limpísimo, como el de una maestra, ya sabes, zapatos raídos, blusa con un adorno en el cuello, sombrero de paja con una banda blanca, y correctos guantes blancos. Supongo que Cissie sabía de qué forma me representaba yo a su mamá y qué maldito idiota era, aun si consideraba que yo andaba rondando los diecisiete años, blanco, liberal racista, y que por eso que ella no me llevó.

¿El polizonte? Me siguió hasta el auto, y cuando llegué al lugar..., yo estaba sudando, con un susto demencial...

También se había ido. Desvanecido.

Creo que Cissie lo hizo. Sólo para gastar una broma.

De manera que Cissie nunca regresó. Y yo no pude convencer a la señora Jackson de que Al Coppelino no era un violador ni se había llevado a su hija a algún sitio solitario para matarla. Traté e insistí, pero la señora Jackson jamás me daría crédito.

Resultó que no existía la prima Gloriette.

¿Alan? Oh, él volvió. Pero le llevó un rato. Un largo, largo rato. Le vi ayer, Milt, en el Metro de Brooklyn. Un tipo flaco, bajo, con orejas que sobresalían clavadas a su cabeza, vistiendo todavía la camisa deportiva y los pantalones con que partió, ese domingo de hace más de veinte años, y con el auténtico corte de pelo de los años cincuenta que nadie usaría hoy. En realidad, era poquísima la gente que lo observaba.

La cosa es, Milt, que *aún tenía diecisiete años*.

No, sé que no era ningún otro chico. Porque me estaba saludando con la

mano y sonriendo.

Y cuando salí con él por donde antiguamente solíamos encontrarnos, empezó a preguntarme por toda la gente de la Central High, exactamente como si hubiera transcurrido una semana, o quizá un solo día. Pese a que le pregunté dónde Infiernos había estado durante veinte años, no me lo explicó. Únicamente me dijo que había olvidado algo. Así pues, subimos los cinco pisos hasta su viejo apartamento, tal cual acostumbábamos al salir de la escuela para pasar un par de horas juntos antes de que su mamá y su papá regresaran del trabajo. En el bolsillo tenía la antigua llave. Y todo se encontraba exactamente igual, Milt: el refrigerador de gas, bajo el fregadero con los caños a la vista, las cubiertas de verano que ya nadie usa, las cortinas de invierno quitadas, la doselera sobre la ventana envuelta en una sábana, los pisos de entarimado desnudos, y el viejo linóleo en la cocina. Cada vez que yo le hacía una pregunta, nada más sonreía. Me reconocía, sin embargo, puesto que me llamó por mi nombre una o dos veces. Le pregunté:

—¿Cómo me has reconocido?

Y él me preguntó:

—¿Reconocido? No has cambiado.

No has cambiado, Dios mío. Entonces le dije:

—Alan, dime, ¿por qué has vuelto?

Y con una gran sonrisa, mostrando todos los dientes, igual que la de Cissie, contestó:

—*El Necronomicon*, del árabe loco Abdul Al-hazred, ¿por qué otra cosa, si no?

Pero miré el libro que llevaba con él, y no era ése. Se cuidó de hallar precisamente el que correspondía, revisó todos los estantes de la biblioteca de su dormitorio. Había aún banderines del colegio por todas las paredes de su cuarto. Dicho sea de paso, ahora conozco el libro; era el que tú querías adaptar en un guión rápido, el año pasado, para el tipo que hace las películas de Poe, pero yo te dije que se resolvía todo con efectos especiales y animación: islas exóticas, mundos extraños, y los trajes de los monstruos... seguro, H. P. Lovecraft.

—*The Dream Quest of Unknown Kadath*.

No dijo una palabra más después de eso. Bajó los cinco pisos a pie, conmigo detrás de él, y luego caminó por la vieja manzana hacia la estación del Metro más cercana; pero, desde luego, cuando yo llegué al final de las escaleras del Metro, él no se encontraba allí.

¿Su apartamento? Nunca lo hallarás. Subí corriendo, y la casa tampoco estaba. Más todavía, Milt, la calle se fue; la dirección no existe. Toda ella es parte de la nueva autopista, ahora.

Por eso te llamé. ¡Dios, tenía que hablar con alguien! En estos momentos, esos dos casos para el psiquiatra están viajando entre las estrellas, hacia Ulthar y Ooth-Nargai y Dylath-Leen...

Pero ellos no son casos para el psiquiatra. *Esto sucedió realmente.*

Así que, si ellos no están locos, ¿en qué nos convierte todo eso a ti y a mí? ¿En ciegos?

Te diré algo más, Milt: el encuentro con Al me recordó algo que me dijo Cissie, antes de que aconteciera todo lo de *Mi Bote*, cuando ya éramos lo bastante amigos para atreverme a preguntarle qué la había sacado del hospital. No lo pregunté así, y no me respondió así, pero lo que resulta, en suma, es que, tarde o temprano, en todos los lugares que visitaba, hallaba a un hombre sangrante, con heridas en las manos y en los pies, que le decía: «Cissie, vuelve, eres necesaria; Cissie, vuelve, eres necesaria.» Yo era lo suficientemente necio como para preguntarle si era un hombre blanco o un negro. Ella se limitó a echarme una mirada, y se fue. Heridas en las manos y en los pies: no necesitas cavilar demasiado para saber qué significa eso para una chica cristiana, educada con la Biblia. Lo que me pregunto es si volverá a encontrarse con Él allá afuera, entre las estrellas. Si las cosas se presentan lo bastante mal para el poder negro o el movimiento de liberación femenina, o incluso para la gente que escribe libros dementes, ¿se materializará *Mi Bote* en Times Square o Harlem o East New York, llevando en su interior a una reina etíope guerrera y a sir Francis Drake Coppolino, y Dios-sólo-sabe-qué clase de armas de la ciencia perdida de la Atlántida? Yo no me sorprendería. Solamente espero que Él —o la idea que alienta a Cissie de Él— decida que las cosas están bien a pesar de todo, y que puedan visitar todos esos lugares del libro de Al Coppolino. Te digo, espero que ése sea un *largo* libro.

Sin embargo, si pudiera volver a hacerlo...

Milt, esto no es una historia. *Sucedió*. Por ejemplo, dime una cosa, ¿cómo conocía ella el nombre Nofetari? Es la reina egipcia Nefertiti, así lo hemos aprendido todos; pero, ¿cómo pudo ella saber el verdadero nombre décadas, literalmente décadas, antes que nadie? ¿Y Saba? Eso también es real. ¿Y Benin? No habíamos tenido ningún curso de Historia Africana en la Central High, ¿no en 1952! ¿Y qué hay del hacha de doble hoja de los cretenses de Knossos? Es cierto, leímos sobre Creta en la escuela de segunda enseñanza, pero en nuestros libros de historia no se hablaba del matriarcado ni del labyris, que es el nombre del hacha. Milt, te digo, incluso existe en Manhattan una librería del movimiento femenino *llamada*...

Averígualo tú mismo.

Oh, de veras. Ella no era negra; era verde. Verde, azul, y con los colores del arco iris. Lo siento, Milt, sé que eres mi agente y que has hecho mucho por mí y que yo no he vendido mucho últimamente. He estado leyendo. No, nada que te pueda interesar: existencialismo, historia, marxismo, algún material del Este...

Lo siento, Milt, pero los escritores leen de vez en cuando. Es un pequeño vicio que tenemos. He procurado profundizar, como Al Coppolino, si bien de manera diferente, quizá.

Vale, así que quieres un marciano que pretende invadir la Tierra, y que se convierte en una hermosa muchacha bronceada, con el cabello rubio y lacio, ¿no? Y se transforma en una estudiante de la escuela de segunda enseñanza en un colegio rico de Wetchester. Y esa hermosa marciana rubia tiene que ingresar en todas las organizaciones locales, como los movimientos de concienciación femenina y esas cosas de terapia de grupo y los muchachos que se drogan, así él —ella, más bien— puede aprender acerca de la mentalidad de la Tierra. Sí. Y naturalmente seducirá al director y a su profesor y a todos los grandes hombres del recinto universitario, de modo que podemos hacer con todo ello un serial, también un *sitcom* quizá; cada semana esa marciana se enamora de un terrícola o trata de crear algo que destruya la Tierra, o hace volar algo, valiéndose de la Central High como base. ¿Puedo usarlo? ¡Seguro que puedo! Es algo hermoso. Es exactamente mi línea. Puedo

ponerme a trabajar en todo lo que acabo de decirte. Cissie se mostró acertada al no llevarme; tengo un *spaghetti* donde debería tener la columna vertebral.

Nada, no he dicho nada. Seguro. Es una gran idea. Aún si solamente sacamos un piloto experimental de esto.

No, Milt, honestamente, creo de verdad que posee su chispa fantástica. Un auténtico toque de genio. Se venderá maravillosamente. Sí, puedo preparar un boceto para el lunes. Seguro «¿La Hermosa Amenaza de Marte?» Uh-huh. Desde luego. Contiene sexo, peligro, comedia, todo; podríamos extendernos a las vidas de los maestros, del director, de los padres de los otros chicos. Presentar problemas contemporáneos como el del abuso de las drogas. Sin falta. Otro *Peyton Place*. Incluso nos trasladaremos nuevamente a la Costa Oeste. Eres un genio.

Oh, Dios mío.

Nada. Sigue hablando. Es solamente... ¿Ves a ese chiquillo pálido en la cabina telefónica ahí abajo? ¿Ese con las orejas salientes y el corte de pelo pasado de moda? ¿No? Bueno, creo que no estás mirando bien, Milt. En realidad, creo que yo tampoco; debe de ser uno de los extras de la Met, ya sabes, salen a veces durante el intervalo: todos esos cachivaches, isabelinos, la capa color ciruela, el platinegro... Pero, acabo de recordar... La Met se fue de la ciudad hace un par de años, así que él no debería estar vestido así, ¿no?

¿No lo puedes ver aún? No me sorprende. La luz es muy mala aquí. Oye, es un viejo amigo..., quiero decir que es el hijo de un viejo amigo..., mejor cruzo y le digo hola, no será más que un minuto.

Milt, ¡ese joven es importante! Quiero decir que está conectado con alguien muy importante. ¿Quién? ¡Uno de los mayores y mejores productores del mundo, eso es! El..., uh..., ellos... me querían para... puedes llamarlo realizar un guión para ellos, sí. Yo lo rechacé entonces, pero...

No, no, quédate aquí mismo. Yo iré y haré precisamente una especie de reverencia ante él y le diré hola. Tú continúa hablando de la Hermosa Amenaza de Marte; puedo oír desde allí; sólo le diré que pueden contar conmigo si me necesitan.

¿Tu diez por ciento? Desde luego, tendrás tu diez por ciento. Eres mi agente, ¿no? Porque si no fuese por ti, yo probablemente no tendría ni...

Claro, tendrás tu diez por ciento. ¡Gástalo en lo que quieras: marfil, monos, pavos reales, especias y madera de cedro del Líbano!

Todo lo que tienes que hacer, es cobrarlo.

Pero sigue hablando, Milty, ¿quieres? Quiero ir hasta la cabina próxima con el sonido de tu voz en los oídos. Esas hermosas ideas. Tan originales. Tan creativas. Tan veraces. Exactamente lo que el público desea. Ciertamente, existe una diferencia entre la manera en que la gente percibe las cosas y la nuestra. Creo que tú y yo las percibimos de una forma diferente, ¿sabes? Lo cual obedece a que tú eres un respetado y próspero agente, y yo..., bueno, pasémoslo por alto. No sería agradable para ninguno de los dos.

¿Huh? Oh, nada. No he dicho nada. Estoy atendiendo. Por encima de mi hombro. Solamente continúa hablando mientras digo hola y mis más profundas y abyectas disculpas, sir Alan Coppolino. ¿Oíste el nombre antes, Milt? ¿No? No me sorprende.

Tú simplemente sigue hablando...

LAS BOTELLAS DEL MUERTO

Robert Graves

Robert Graves, el famoso poeta británico afincado en Mallorca, nos obsequia con uno de esos inquietantes relatos en los que no se sabe si lo natural juega a parecer sobrenatural... o viceversa.

En vez de preocuparme, más bien me sentí divertido al tener la evidencia de que yo era un ladrón de lápices y de cajas de cerillas: se me antojó una forma muy inofensiva de distracción. Debido a qué los ladrones de lápices y de cajas de cerillas —la manía parece ser bastante común— no se apropian también de encendedores y de estilográficas, ningún psicólogo ha sido capaz de explicarlo; pero lo cierto es que nunca lo hacen. Otra cosa extraña en relación con ellos, es que, por muy estúpidos y lentos que se muestren en otras ocasiones, son veloces como la luz y tan astutos como las comadreas en cuanto entran en acción.

—Firme, por favor —diría el botones que llamara a la puerta de mi piso en Hammersmith Hall, y cuando yo me pusiera a revolver, sin mucho ánimo, en mis bolsillos en busca de un lápiz, él me ofrecería el suyo. Entonces, tras garrapatear mi nombre sobre la hoja de papel, yo ejecutaría algún ingenioso juego de manos..., aunque no sé exactamente cómo ni qué debe permanecer oculto, ya que nunca me observé a mí mismo en esa tarea. Todo lo que puedo decir es que él se iría silbando, convencido de que el lápiz habrá vuelto detrás de su oreja, mientras yo me retiraría puertas adentro con la conciencia limpia; y que, al vaciar mis bolsillos antes de irme a dormir, ese trozo de lápiz, repugnante y masticado, se encontraría ahí, extenso como la vida, al lado de otros primorosos trofeos. Lo mismo en lo que se refiere a las cerillas: por la calle, yo detendría a un desconocido, le pediría gentilmente fuego, encendería una cerilla sobre la cajita que él me hubiera ofrecido, y, después de hipnotizarlo (e hipnotizarme) en la creencia de habérsela devuelto, le daría las gracias y me alejaría paseando lentamente. A menudo me pregunto cómo serían los detalles de este incidente en una toma filmada.

Los lápices son baratos, y las cerillas más baratas aún. Mis amigos, al parecer, no se daban cuenta de mis depredaciones, o, por lo menos, nunca me acusaron de ellas; hasta que, en ocasión de una Pascua, hube de ir a Kirtlington, cerca de Oxford, con un tal F. C. C. Borley, un profesor de Wadham que daba clases sobre filosofía moral y era experto en literatura francesa y en vinos.

Borley era más bien joven, de aspecto enfermizo, cabello lacio, y una voz y unas maneras tan desagradables que, literalmente, no tenía un solo amigo en el mundo..., a menos que yo fuese uno, y ninguno de los dos, sin duda, disfrutaba demasiado de la compañía del otro. Sus colegas profesores no podían soportarlo, aun cuando poseía una mente bien provista y precisa, loable lealtad por el College, y no tenía ningún vicio evidente..., excepto vestir como un francés de escenario y estar siempre en lo cierto cuando decía algo. Borley les producía escalofríos, y todos coincidían en que su elección había sido un desastre mayúsculo. Yo le conocí casualmente en un recorrido a pie por Andalucía, donde le cuidé durante una enfermedad porque no encontramos a nadie que pudiera hacerlo; y ahora estaba ayudándole a mecanografiar un libro que escribiera acerca de los clubs de bebedores en las universidades inglesas. Nunca pretendí competir con él en cuanto a conocimientos sobre vinos, ni compartir sus raptos retóricos sobre tal gloriosa cosecha de vino de Oporto —Borley siempre prefería llamarlo «vino de Oporto»—, o sobre el peculiar y elíseo *bouquet* de este o aquel poco conocido *Château*. Y, fuera de esto, en realidad yo consideraba el oporto, fundamentalmente, una bebida para enfermos, y me apetecía más un honesto vino tinto español o un civilizado coñac francés. El único tema con respecto al cual yo reivindicaba mi saber, era el del jerez, un vino singularizado por el honor de la alabanza de los Miembros de Wadham y, por lo tanto, pretendía no ser desatendido a la ligera por Borley, aun cuando nada significara para su paladar.

Él tenía un cocinero saboyano, llamado Plessis, cuyos descollantes guisados y cremas y *soufflés*, si se los bañaba con aquellos refinados vinos, eran muy apreciables. Como no fuese con respecto a Plessis, yo jamás contradecía a Borley, ni dejé de escuchar con íntima atención sus

interminables disertaciones sobre comidas, vinos, los clásicos franceses y los hábitos de bebida en el siglo dieciocho. En cambio, él aceptaba de muy buena gana las enmiendas que yo sugería para su libro, en caso de que el estilo, no los hechos, estuviera en cuestión; pero esto sucedía porque yo dejaba intactas sus afectaciones y su perversa puntuación, y todo aquello que otorgaba al libro su desagradable y personal sazón, concentrándome meramente en la supresión de irrelevancias y elevándolo en lo referente a los más delicados puntos gramaticales.

Una noche, después del café y el coñac, cuando nuestro trabajo en el libro estaba casi terminado, repentinamente puso al descubierto sus baterías.

—Compañero bebedor —dijo; tenía el incordioso hábito de llamar a las personas «compañero bebedor» en la mesa, y «compañero jugador» jugando a las cartas—, tengo un cuervo para desplumar con usted, y, ¿qué momento podría ser más conveniente que éste?

—Exhiba su pájaro —dije; y luego, en una satisfactoria imitación del propio Borley—: Una vez que le hayamos desplumado, chamuscado y destripado como buenos espadilleros, dejando aparte las plumas de la cola para destinarlas a limpiapipas, requeriremos de Plessis que abandone su aposento y se lo dejaremos para que dé expansión a su genio. No me cabe duda de que rellenará la carroña con ciruelas borrachas de agua de rosas, corazones de alcachofas picados, paprika y nabo rallado..., lo cocerá lentamente envuelto en hojas de col, y lo servirá con salsa *mousseron* picante... ¿Qué vino diremos, compañero bebedor? ¿*Maître Corbeau*, 1921? ¿O algo de más cuerpo, tal vez?

Pero Borley no estaba dispuesto a que lo desviasen del tema.

—Francamente —continuó, adelantando su puntiaguda barbilla—, va en contra de mi conciencia hacer esta revelación, pero, *in vino veritas*, sabe usted, ¡usted es un condenado ladrón!

Yo me ruboricé.

—Vaya y cuente sus cucharillas para té de plata alemana, verifique sus cuadros cargados de orlas, envíe a la señora Plessis arriba a que revise mi ropa blanca en busca de sus absurdas corbatas Sulka. No hay un solo objeto de esta casa que yo haya aceptado como obsequio, a excepción de algo de su

jerez..., si bien no todo. Su gusto en mueblería y *objets d'art* es casi tan malo como sus modales o su gramática inglesa.

Él estaba preparado para una rehabilitación de ese tipo, y lo tomó con calma.

—Ayer, amigo Reginald Massie —dijo pomposamente—, usted robó todas las cerillas que yo poseía. Hoy envié a la tienda por otro paquete de una docena de cajitas. Esta noche resta una sola cajita, ésa sobre la repisa de la chimenea... ¡Cielos, ahora también ésa ha desaparecido! Estaba allí hace dos minutos, apuesto mi reputación..., ¡y en ningún momento lo he visto levantarse de su silla! ¡Sin embargo, no ha entrado nadie, así que le ruego que me la entregue!

Temblaba de ira. Yo, atrapado con las manos en la masa, me puse a vaciar los bolsillos de mis pantalones, y aparecieron las cajitas de cerillas; pero, me alegraba verlo, nada más que siete.

—¡Ahí tiene —dije—, cuente! Usted miente; no he tomado la docena entera. ¿Dónde están las otras cinco? Yo creo que usted es un ladrón de cerillas.

—Usted ha sido lo suficientemente cortés como para cambiarse a la hora de la cena —me recordó—. El resto del botín debe de encontrarse en sus pantalones de tenis. ¡Y ahora los lápices!

Exploré en mi bolsillo del pecho, y saqué ocho o nueve.

—Gajes de mi profesión —expliqué con ligereza—. Piense en las molestias que me he tomado para corregir su iletrado inglés, sin mencionar su más que superficial español. He necesitado un puñado completo de lápices. Seguramente estarían nuevamente en su poder antes de que yo me fuese.

—Dígame, ¿cuan a menudo en su vida ha devuelto usted un lápiz que le prestaran, o comprado uno nuevo?

—No puedo decirlo sin detenerme a pensar. Pero una vez, en un puesto de venta de libros en Paddington, recuerdo...

—Sí, infame Massie, puedo imaginar muy bien la escena. Exactamente un momento antes de que el tren partiera, usted pidió al dependiente que le enseñase un lapicero o un portaminas, buscó su monedero, hizo un par de pases y, ¡abracadabra!, se marchó con toda la bandeja sin pagar.

—Jamás en mi vida me apropié de un lapicero o portaminas. Eso sería hurto. Usted me insulta.

—¡Ya es tiempo de que alguien lo haga, compañero bebedor! ¡Qué bribón picapleitos es usted! Convencido de que nadie va a arrastrarlo a la Corte a causa de un lápiz de un penique o de una cajita de cerillas de medio penique, usted pierde todo sentido de la decencia y roba al por mayor. Ahora bien, si usted diera en poner sus codiciosos ojos sobre algo solamente un poco mayor y más valioso, por ejemplo, por ejemplo..., digamos ese sacacorchos...

—¡A mí no me encontrarían muerto con esa monstruosidad victoriana tardía!

—... Repito: ese sacacorchos, yo tendría un poquitín más de respeto por usted. Mas usted se mantiene firme en su propia mezquina inclinación. En el mundo criminal, *on dit*, William Sikes, el magistral ladrón, mira con desprecio al innoble ratero y al miserable manipulador. William le desprecia a usted. —Se echó hacia atrás en su silla recargada de adornos, juntó las puntas de sus dedos, y me clavó la mirada malévolamente.

Es una falacia que el buen vino emborrache menos que el vino malo. Borley no se hubiera atrevido a hablarme de esa manera de no haber llevado encima una copa de más de su Pommard especial; y si yo no hubiese ido emparejándolo copa a copa, probablemente habría contenido mi temperamento. Yo le había oído observar una vez, después de una autopsia, en una mesa de bridge en el norte de Oxford: «... *Y si* el Rey de Corazones llevara puestos un sostén y pantalones rosados, habría sido una Reina. ¡De modo que, compañeros jugadores...!» Mas en esta ocasión no existía el *Y si*.

Frunciendo el entrecejo, serví otro coñac, lo arrojé sobre la pechera de su camisa, y luego pellizqué su pringosa nariz retorciéndosela hasta que sangró. Hubiera debido recordar que su corazón estaba débil; pero, desde luego, él también debería haberlo recordado.

Borley murió diez días más tarde, tras una serie de ataques cardíacos. Nadie supo del pellizco que retorció su nariz —no es la clase de cosas de que

se jacta la víctima—, y, aunque yo creo que Plessis y su esposa conjeturaron, por el coñac que manchaba las ropas de su amo, que indudablemente hubo una gresca, no menearon el asunto. Se beneficiaron inesperadamente con el testamento: un legado de mil libras, libre de derechos de sucesión. A mí, a pesar de mi menosprecio por sus vinos, Borley me dejó «la *Peor Parte*» de su bodega —una de sus afectaciones consistía en poner con mayúscula casi todas las palabras—, mientras que «la *Mejor*» se destinaba a la Sala Común de Veteranos de Wadham. Yo fui designado asimismo único ejecutor del testamento, lo que suponía una gran cantidad de trabajo agotador: me echó encima la organización de su funeral y actuar de principal plañidera. El grueso de la herencia recayó en un primo segundo, un tonto oficial de la Fuerza Aérea de Banbury, quien lanzó una ojeada a la casa de Kirtlington, puso una cara cómica, y tomó el próximo tren de regreso. El testamento, debo mencionarlo, era un escrito garrapateado sobre la guarda de un libro de cocina en el último momento; fue aceptado como válido a duras penas, sólo porque la enfermera y el médico testificaron y las intenciones contenidas en él eran bastante claras.

Me sentí en cierto modo culpable con respecto a Borley. Una o dos veces en el curso de las siguientes semanas, me asaltó un insólito remordimiento mientras guardaba subrepticamente mi caza diaria de lápices y cerillas en el último cajón de mi escritorio. Entonces, un día llegó carta de Dick y Alice Semphill, recordándome que había concertado pasar unas vacaciones con ellos en yate en agosto, y que al *Psyche* lo hallaría amarrado en Orlton Broad el quince, si me convenía. Escribí en respuesta que me encontraría allí sin falta, acompañado de una docena de borgoñas y claretos de Borley, que, aunque pertenecían a «la *Peor Parte*» de la bodega, bien valía la pena beberlos; más una o dos botellas de mi propio coñac Fundador Domecq.

El *Psyche* es una nave cómoda, aunque muy lenta, y los Semphill se alegraron de volver a verme. Ambos son fanáticos de la navegación. Dick es arquitecto, y Alice y yo estuvimos a punto de casarnos cuando éramos menores de edad; aún éramos algo más que amigos. Me parece que eso es

todo lo que necesito decir de ellos aquí.

La primera noche, en el bar, exactamente antes de cenar, Bunny Semphill, de ocho años de edad, vio que yo sacaba una botella de Beaujolais y se ofreció a descorcharla. Mas encontró la tarea demasiado dura para él, de manera que tuve que terminarla.

Entretanto desenroscaba el corcho del tirabuzón, empecé a sentir como si me agujonearan.

—Bunny —pregunté—, ¿de dónde diablos viene esto?

Él me miró fijamente.

—No sé, señor Massie. Lo cogí del estante de detrás de usted.

—Dick —llamé, tratando de no parecer sobresaltado—, ¿dónde has conseguido este sacacorchos con dientes en la agarradera?

Dick, ocupado en la cocina mezclando la ensalada, me respondió:

—No sabía que tuviésemos nada así. Yo siempre uso el que llevo en mi cortaplumas.

—Bueno, ¿y qué es esto? —y se lo mostré.

—Nunca lo había visto antes.

Tampoco lo habían visto Alice Semphill ni el capitán Murdoch, militar irlandés de un Cuerpo de Guardias, que era el quinto miembro de la fiesta.

—Parece que hubieras visto un fantasma —dijo Alice—. ¿Qué tiene de extraordinario el sacacorchos, Reggie? ¿Te has topado con él antes?

—Sí; pertenecía al sujeto que me legó el vino. Pero el problema consiste en que no formaba parte del legado. No puedo concebir cómo llegó aquí.

—Debes de haberlo traído por error. Tal vez se metió dentro de una de las cubiertas de las botellas.

—Lo habría visto cuando empacaban las botellas.

—No necesariamente.

—Además, ¿quién lo colocó sobre el estante?

—Probablemente tú mismo. Sabes, Reggie, es que haces un montón de cosas totalmente distraído. Por ejemplo, birlaste todas nuestras cerillas tan pronto como subimos a bordo. No es que me importe que las cojas; pero quiero decir...

—¿A qué te refieres? ¿Me viste coger más de una simple cajita?

—No, honestamente no puedo decir que te vi. Pero yo estaba buscando fuego desesperadamente, y al ver tu impermeable colgado palpé los bolsillos, y sin ninguna duda sonaba...

—Traje conmigo un montón de cerillas. Contribución útil, pensé...

Ella dejó pasar esto con una mueca advertida. Pero el misterio del sacacorchos quedó sin resolver. Yo, sinceramente, esperaba no haberme convertido en un ladrón importante, de acuerdo a los deseos de Borley. Eso podía hacerme acabar en una comisaría... o, en última instancia, en una clínica para cleptómanos. Levanté el sacacorchos, que hubiese reconocido entre un millón. Era un objeto decimonónico, con una agarradera de marfil y un cepillo en uno de sus extremos, supongo que para sacudir las telarañas de las botellas de oporto de 1847.

—¿Quiénes fueron las personas que fletaron el *Psyche* la semana pasada?
—pregunté.

—Los Greenyer-Thom; amigos del cuñado de Dick, George. Él es agente inmobiliario; ella pinta. Viven cerca de Banbury.

—¡Ajá! —dije—. Eso lo explica. Ellos deben de haber estado en la venta de los efectos de Borley. El principal heredero es un primo perteneciente a la Fuerza Aérea, que vive allí.

—Los Greenyer-Thom, son abstemios convencidos ambos —objetó Alice.

—Bebedores secretos —repliqué, volviendo a poner el sacacorchos sobre el estante—. Por eso querían el yate. Es fácil deshacerse de las botellas vacías; basta con dejarlas caer en el agua al amparo de la noche.

Después de la cena, Murdoch me preguntó jocosamente si se le permitía oler el corcho de uno de mis famosos coñacs. Desperté de una profunda y oscura meditación, fui en busca de una botella, y me dispuse a coger el sacacorchos. No estaba sobre el estante. Lancé una penetrante mirada a todos los presentes, y pregunté:

—¿Quién lo ha escondido?

Todos alzaron la vista sorprendidos, mas ninguno habló.

—Lo he puesto nuevamente sobre el estante, y ahora ha desaparecido. ¡Dámelo, Bunny! Estás jugando a un juego peligroso. Estoy

desenfrenadamente susceptible respecto de ese sacacorchos.

—Yo no lo he tocado, señor Massie..., que me caiga muerto, yo no he sido... ¡lo juro!

—Palpe los bolsillos de Massie, señora Semphill —invitó Murdoch—. Positivamente están culebreando llenos de sacacorchos.

Dick descubrió un centelleo de pellizca-nariz en mis ojos.

—¡Caballeros, caballeros! —exclamó con tono de advertencia; luego sacó su cortaplumas—. Esto servirá, Reggie —dijo.

Dick es un tipo decente.

Mientras yo descorchaba silenciosamente el coñac, Bunny se apoyó sobre sus manos y rodillas y se puso a buscar en medio de nuestros pies. Después revolvió entre los cojines detrás de nosotros.

—¿*No podría* estar en uno de sus bolsillos, señor Massie? —preguntó finalmente.

—¡Claro que no! —respondí con acritud—. ¡Y, por el amor de Dios, no molestes, muchacho! Vete a la cubierta si estás aburrido con la conversación de los adultos.

—Yo sólo estaba intentando ayudar.

—Bueno, no lo intentes con tanta insistencia.

Alice se disgustó por la manera en que me descargué con el chico, y acudió en su ayuda.

—Verdaderamente creo que tiene derecho a preguntarte eso —dijo—. Sobre todo teniendo en cuenta que puedo ver la punta de mi mejor lápiz de dibujo asomando de tu bolsillo del pecho.

—¡No es tuyo, mujer; es mío!

—Permítanme arbitrar en este conflicto —dijo Murdoch—. Yo soy el hombre más imparcial de todo el *East Anglia*.

—¡Manténgase al margen de esto, Murdoch! —advertí.

—¡Oh, olviden esto, muchachos, por el amor de Dios! —intervino Dick—. Si vamos a reñir por lápices y cerillas en la primera noche de nuestro viaje...

Bajo la influencia del Domecq, que todos alabaron, pronto recobramos el dominio de nosotros mismos... Pero media hora más tarde, cuando habíamos

terminado de lavar los platos y nos dirigíamos a cubierta, Bunny me miró con curiosidad.

—¿Quién colgó el sacacorchos de ese garfio? —preguntó—. ¿Ha sido usted?

—El capitán Murdoch posee un intrincado sentido del humor —le dije—, y si estás de acuerdo con él, ¡para!

Mas un tiritón atravesó mi cuerpo, y me quedé abajo a pretexto de coger una bebida suplementaria. La maldita cosa pendía de un garfio sobre la puerta de la cocina. Si yo hubiera estado seguro en cuanto a quién era el verdadero bromista, lo hubiera echado por la borda.

En nombre de la paz, Dick sin duda pidió a los demás que no hicieran comentarios sobre la reaparición del sacacorchos, porque al día siguiente se guardaba un elocuente silencio, que ni siquiera interrumpí yo mismo al pedir prestado el cortaplumas de Dick para descorchar otra botella de clarete. Pero, durante el resto de las vacaciones, tuve el cuidado de revisar mis bolsillos mañana, tarde y noche, a fin de tener la certeza de que había dejado suficiente cantidad de cerillas y lápices para el uso general. Me alentaba el supersticioso sentimiento de que, si así lo hacía, el sacacorchos permanecería en su garfio. Y tenía razón.

No estoy muy seguro en lo referente a los lugares donde fuimos o a qué tiempo tuvimos; pero guardo clara noción de que, llegado el momento de decir adiós, Alice no pudo resistirse a preguntarme:

—¿Has olvidado tu adornado sacacorchos? Todavía está colgado en el salón.

—No —repliqué—. No es mío, y nunca lo fue. Los Greenyer-Thom lo han dejado aquí. De todos modos, el *Psyche* puede cargar con un sacacorchos con agarradera de marfil dentada.

—Gracias —dijo Alice burlona—. Pero no creo que Borley lo haya destinado a nosotros.

Esa noche, de regreso en mi piso, descubrí que con la prisa de la partida había olvidado registrarme en busca de cerillas o lápices. Entre la colección

del día hallé una caja de tamaño extraordinario de Swan Vestas, claramente rotulada con tinta: *John Murdoch; su propiedad; por favor, devolver al Club de Guardias*, y el lápiz Koh-I-Noor doble B de Alice, con sus iniciales marcadas a fuego —¿con una aguja al rojo?— en ambos extremos y en el centro. Eso me trastornó. «Bunny debe de haberlo puesto», me tranquilicé. «No puede haber sido Murdoch..., él se fue ayer por la mañana..., y Alice no podría ser tan cruel.»

—Hermoso y fino sacacorchos el que ha traído a su regreso, señor —observó la señora Fiddle, mi asistente, mientras trajinaba con la sopa.

—Oh, lo he traído, ¿lo he traído? —yo casi aullaba—. ¡Entonces tírelo por la ventana!

Ella me miró con los ojos muy abiertos, llenos de reproche.

—Oh, señor, yo jamás podría hacer una cosa así, señor Massie. No es posible comprar un sacacorchos como ése hoy día.

Me levanté de un salto.

—Entonces tendré que tirarlo yo mismo. ¿Dónde está?

—Sobre el estante de la despensa, cerca de la huevera —respondió resignadamente, recogiendo mi servilleta caída—. Pero me parece un despilfarro horrible.

—¿Dónde dijo usted que estaba? —grité desde la despensa—. No lo veo.

—Vuelva, señor Massie, y tome su sopa mientras está caliente —suplicó—. El sacacorchos puede esperar su turno, ¿no?

No deseaba parecer ridículo, así que regresé y me contuve hasta el postre, y entonces le pedí cortésmente que fuese en busca del objeto.

Tardó un instante, y al volver mostraba asombro.

—Usted está jugando conmigo, señor. Usted ha escondido el sacacorchos; usted sabe que sí.

—Yo no he hecho nada de eso, señora Fiddle.

—Sólo están los dos en el apartamento, señor —dijo, frunciendo los labios.

—Correcto, señora Fiddle. Y si usted quiere el sacacorchos para usted, perfectamente, en tanto no lo vuelva a traer aquí. Debería habérselo ofrecido al señor Fiddle, desde luego, antes de hablar de tirarlo por la ventana.

—¿Está usted acusándome de esconderlo con intención de embromarlo, señor Massie?

—¿No me acusó usted a *mí* de eso, hace sólo un momento?

La estocada fue certera.

—Yo no quise decir nada ofensivo, señor, estoy segura —dijo, desfalleciente.

—Seguro que no. Pero, dígame, señora Fiddle, ¿tiene usted la seguridad de que vio un sacacorchos? ¿Cómo era?

—Con una agarradera de marfil, señor, con una especie de brocha de afeitar en un extremo, y una lámina de plata pequeña y redonda en el otro, con unas iniciales y una fecha.

Eso era demasiado.

—Es ése —murmuré—, pero, doy mi palabra, nunca advertí las iniciales.

—Bueno, mírelo nuevamente, señor Massie, y vea si no tengo razón —dijo; y en seguida, lastimeramente, mientras se retiraba a la cocina llevándose el delantal a los ojos—: ¡Pero usted no debería tomarme el pelo, señor! Yo siempre recibo las cosas tan seriamente desde que murió mi pequeña Shirley.

Le serví una copa, e hicimos las paces.

Al día siguiente, el sacacorchos apareció otra vez en la despensa, en el fondo del cajón de las servilletas. La señora Fiddle lo exhibió triunfalmente.

—Aquí está señor. Ahora vea si yo no tenía razón en lo de las iniciales.

Lo cogí cautelosamente, y ahí estaba la lámina de plata perfectamente nítida. No pude comprender cómo no la había visto. F. C. C. B. - 1928, la plata ligeramente empañada.

—Sí, señor, quedará bien con un buen bruñido.

Yo no veía la forma de salir de esa embarazosa situación, como no fuera ganando crédito de virtual bromista.

—El hecho es —alardeé— que compré esto en Lowestoft para hacerle un regalo al señor Fiddle. Yo no quería que usted lo viera, y por eso puse un poco de misterio en todo el asunto. Deseaba guardarlo hasta su cumpleaños. ¿El primero del mes próximo, no?

—No, señor. El cumpleaños de Fiddle fue el primero del mes pasado. Muy amable de su parte, señor, igualmente estoy segura de que le gustará.

Sin embargo, aún parecía insatisfecha.

—Fiddle no es bebedor de vino ni de bebidas alcohólicas, señor — explicó tras una pausa—, y la cerveza embotellada viene ahora con tapa de rosca.

—¡Qué estupidez de mi parte! De acuerdo, vamos a tirarlo por la ventana, después de todo.

—¡Oh, no, señor! Podría lastimar a alguien que pasara por la calle. Además, es un bonito objeto. Consérvelo para usted mismo, y regale a Fiddle un par de botellas de cerveza fuerte, en cambio. Ha de considerarlo una gran amabilidad, a pesar del retraso. Y yo también, si lo hace, señor Massie.

Esa noche, ya tarde, con un pulcro paquete en la mano, caminé a lo largo del Mall hasta llegar al Hammersmith Bridge. Tan pronto como no hubo nadie cerca, lo arrojé en medio del río. ¡Qué descargo para mi mente! Pero esa noche soñé que un cadáver de aspecto nauseabundo que flotaba en el agua tomaba el paquete al hundirse y me llamaba a gritos para que volviera y recogiese mi propiedad. Emergía chorreando del Támesis; era el propio F. C. C. Borley. Yo giraba y huía chillando hacia Broadway, mas él venía tras de mí.

—¡Es tuyo; tú, maldito ladrón! —vociferaba—. ¡Espera! ¡Te lo daré!

Y después, como tiro de gracia, oía confusamente a través del rumor del tráfico:

—Y la *Peor Parte* (Arcones *K a I*), para Reginald Massie.

Esa era la frase que estaba en vigor en su testamento.

Desperté castañeteando los dientes, salté de la cama, encendí todas las luces del piso, y fui a ver si el sacacorchos se encontraba nuevamente en el gancho de la despensa. ¡Gracias a Dios, no estaba!

De nuevo preparé la maleta, y me puse a leer para dormirme.

Por la mañana, cuando la señora Fiddle me traía el té, le comuniqué que me había llamado otro grupo de amigos con yate, en South Devon, y que tomaría el tren de la mañana hacia allá. Le enviaría un cablegrama para hacerle saber de mi regreso y qué hacer con mis cartas. Ello no era nada inusual; frecuentemente yo abandonaba la casa en un impulso súbito.

Saqué un pasaje para Brixham, en donde sabía que había regatas.

Además, en la colina que dominaba el puerto vivía un tío mío, solterón: un ex coronel de Infantería de Marina, a quien yo no veía desde hacía años, y cuyo principal interés se dirigía a los moluscos británicos de agua dulce. Intercambiábamos cartas por Navidad, y la suya ponía siempre: «Ven y visita a un viejo solitario.» Pensé: «He aquí mi oportunidad de mostrar un poco de sentimiento familiar; además, es seguro que todas las tabernas estarán llenas a causa de la regata.»

El tío Tim estaba encantado de verme y charlar de sus moluscos y de su reumatismo. Ésa noche me condujo en taxi al Yatch Club para una cena temprana.

—Se te ve deprimido, muchacho —dijo—, y no demasiado bien a pesar de tus vacaciones. Deberías casarte. El hombre no está hecho para vivir solo. El matrimonio te levantaría el ánimo y te daría un motivo para vivir —agregó con tristeza—: Yo lo aplacé demasiado tiempo. Moluscos y matrimonio no van juntos. Los niños hubieran armado un jaleo tremendo con mi acuario y mis vitrinas.

—Oh, ellos crecen —dije con ligereza—. Siete años de paciencia, y tu colección se hubiese encontrado bastante segura.

—Tal vez tengas razón; pero los pobrecitos no podían esperar.

—¿Quiénes? ¿Los niños?

—¡No, no, tonto! ¡Los moluscos!

—Perdone usted, pero ¿por qué no?

—La contaminación de los ríos: esos malditos abonos químicos arrasaron el suelo, ya sabes. Una sistemática masacre de inocentes: especies completas destruidas cada año.

Meneé la cabeza con simpatía.

—Pero no hay nada que te impida a *ti* el matrimonio, ¿no? —insistió.

—Colecciono cajas de cerillas —respondí, haciendo sonar mis bolsillos sombríamente—. La mía es una de las colecciones más hermosas de Europa. Sería muy poco acertado criar niños en medio de tanto material inflamable, ¿no?

Un rato después, tío Tim, cogiendo el menú, dijo que su reumatismo se fuera al diablo: con nuestro lenguado de Dover y pollo asado, tomaríamos

una botella del famoso vino del Rin que el club reservaba, tácitamente, para sus miembros residentes.

—Sé que aprecias los buenos vinos, Reginald —dijo—. No son muchos los jóvenes que lo hacen con todas esas malditas bebidas mezcladas que hay. Ginebra y vermut..., ginebra y tónica..., ginebra y bitter: a eso se está llegando. Inclusive en la Armada. ¡Contaminación llamo yo a eso! —finalizó enigmáticamente—: Especies completas destruidas cada año.

»¿Alguna vez te cruzaste con un joven llamado Borley? —prosiguió—. Un muchacho que conocí en una ocasión aquí en el club. Usaba un sombrero de fieltro y una corbata absurda igual que un francés; dijo que estaba escribiendo un libro. Un cerebro semejante a un sacacorchos... iba girando y girando, y adentro y adentro, y luego, ¡un taponazo!, y vendría algo húmedo. Pero, a pesar de eso, poseía un destacable conocimiento de vinos; y consintió en dar el visto bueno a nuestro vino.

»¡Cielos, muchacho! —gritó tío Tim—. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

Yo había salido precipitadamente del club, y me encontraba bajando por la cuesta del Mercado de Pescado medio corriendo, medio volando. Las multitudes nocturnas de Fore Street bloqueaban mi camino, pero yo me desviaba y zigzagueaba como una avioneta.

—¡Eh, Reggie, detente! —gritó una mujer casi en mi oído.

La hice a un lado, y me lancé por la estrecha calle, en la que de pronto me hallé firmemente sujeto por la cintura.

—Por el amor de Dios, Reggie, ¿por qué tanta prisa? ¿Has asesinado a alguien?

¡Era Dick Semphill! Dejé de forcejear y lo miré embobado.

—Entremos en ese café, y dinos a Alice y a mí qué es lo que ha ocurrido.

Le seguía, todavía con la boca abierta, y me senté.

—¿Qué diablos estáis haciendo en Brixham? —pregunté en cuanto recuperé la voz.

—La regata, naturalmente —respondió Alice.

—Pero ¿por qué no estáis en Lowestoft?

—No será hasta el mes próximo. Hemos estado aquí desde el viernes. El *Psyche* aún no se ha destacado, pero todavía hay esperanzas.

—¿*Psyche*? ¡Pero no es posible que haya navegado desde Suffolk con este tiempo!

—No sé qué es lo que te propones. Ella no irá a los Broads hasta el año próximo. Tú te vendrás aquí en un mes —por lo menos así lo esperamos— y tendremos un período maravilloso. Por cierto, no nos has dicho aún si Oulton Broad te va bien en la decimoquinta.

—¿Dónde está Bunny?

—En la escuela, en Somerset. Murdoch lo recogerá a su vuelta.

—Dick... Alice, creo que estoy perdiendo la razón.

Les conté toda la historia desde el principio, incluso aligerando mi corazón sobre lo de las cajas de cerillas. Ambos se sentían totalmente incómodos al término de mi relato.

Alice dijo:

—Evidentemente, ha sido un sueño; mas no puedo dilucidar con precisión en qué punto comienza y dónde acaba. Escucha: llamaré al Yatch Club y averiguaré si tu tío Tim se encuentra aún allí.

Trajeron el teléfono a nuestra mesa. Un rato después, la oí que decía:

—¿Está seguro? ¿Desde el martes? ¿En cama con reumatismo? Oh, lo siento. No, ningún mensaje. Muchas gracias.

Colgó el receptor.

—No es tan malo, Reggie —dijo—. No has abandonado a tu tío. En realidad, en el Yatch Club no sirven comidas, y la única bodega que existe allí es la botella personal del Comodoro que guardan bajo el mostrador. Así que tu sueño no termina hasta hace un momento, en que Dick te despertó. Fue algo más que un sueño, indudablemente; una especie de paseo dormido, probablemente debido a la inquietud por ese muchacho, Borley. Suerte que te hemos encontrado. ¿Querrías vaciar tus bolsillos, Reggie, querido? Eso nos indicará cuánto hace que saliste de tu piso.

Obedecí aturdido. Aparecieron ocho cajitas de cerillas de diferentes tipos, siete lápices y, entre otras cosas sueltas, la mitad de vuelta de un billete desde Paddington, y una carta sin sellar dirigida a la propia Alice, escrita en mi piso y confirmando la cita de Oulton Broad.

—Llegaste aquí esta misma tarde —dijo, mostrándome la fecha del

billete.

Había también un abultado sobre con todos los documentos relativos a la conclusión de mis asuntos con Borley. Alice se apresuró a observarlos.

—Veo que el vino fue debidamente entregado por ti a la Sala de los Veteranos del Wadham College —dijo—. Y aquí está la factura detallada del funeral en la parroquia de Kirtlington. Oh, y una nota del jefe de escuadra Borley, de Banbury, diciendo que si quisieras algún recuerdo de los efectos personales de su primo antes de que el subastador disponga de ellos, serás muy bien recibido, pero que le hagas el favor de dejárselo saber tan pronto como sea posible. Escribió el jueves; supongo que no le has respondido aún. ¡Caramba, aquí hay una fotocopia del propio testamento! ¡Cuan retorcidamente está escrito! Sí, lleva el testimonio de...

Dick se había mantenido quieto todo ese tiempo. Ahora cogió el testamento y lo leyó.

—Está bien, Reggie —dijo—. No has perdido ningún tornillo y no habrá necesidad de hacerte psicoanalizar. Meramente se te ha aparecido... un fantasma, a quien ha de haberle sido bastante fácil mentir —en seguida espetó—: Zopenco, ¿por qué no te tomaste el trabajo de averiguar si tu amigo Borley era protestante o católico?

—Me tomé una gran cantidad de trabajo, pero nadie lo sabía. Ni siquiera el College me lo pudo decir, así que seguí la línea del menor esfuerzo y lo hice enterrar como protestante.

—Exactamente. ¡Ahí estriba toda la dificultad! ¿Ves ahora por qué en tu sueño te llamaba maldito ladrón?

—No comprendo.

—Vuelve a leer el testamento. ¡Lee en voz alta!

Leí:

—Designo a Reginald Massie para ser mi ejecutor...

... La *Mejor Parte* de mi Bodega (Arcones A a J) es para la Sala Común de los Veteranos del Wadham College, Oxford. La *Peor Parte* (Arcones K a I) es para Reginald Massie...

—No *para Reginald Massie*, tonto; si hubiera querido mencionarte a ti, tenía que haber escrito «el nombrado Reginald Massie». Aquí dice: *para las*

Requeridas Misas^[2]. Misas para el reposo de su alma, ¿no entiendes?

La exhumación no se admitió sino gracias a un truco, mas finalmente conseguí que se llevara a cabo. Entonces entregué el vino a la gente de St. Aloysius de Oxford, y ellos acordaron hacer el resto. Y, ante la insistencia de Alice, escribí al jefe de escuadra Borley, solicitándole el sacacorchos como recuerdo. Desde que me lo envió, no he robado una sola caja de cerillas ni un lápiz... que yo sepa, claro...

LA REUNIÓN

Frederik Pohl y C. M. Kornbluth

Cyril M. Kornbluth tenía diecisiete años y Frederik Pohl aún no había cumplido los veinte cuando empezaron a escribir juntos. Su colaboración duró unos veinte años, hasta la prematura muerte de Kornbluth en 1958, dando como fruto unos cuarenta relatos y siete novelas (como la conocida Mercaderes del espacio). Tras un prolongado silencio, Pohl ha vuelto a escribir ciencia ficción con renovado ímpetu (como lo demuestra su reciente novela Homo Plus^[3], ganadora del último Premio Nebula). La reunión, al igual que otros relatos escritos por Pohl recientemente, es una prolongación póstuma de una de las más fecundas colaboraciones habidas en el campo de la SF, ya que se basa en una nota de Kornbluth.

Harry Vladek era un hombre demasiado corpulento para su Volkswagen, pero era demasiado pobre para cambiarlo y, tal como se estaban desarrollando las cosas, tendría que seguir así durante largo tiempo. Apretó cuidadosamente los frenos. («El cilindro principal pierde como un colador, señor Vladek; ¿de qué serviría entonces ajustar los revestimientos?» Pero el presupuesto era de ciento veintiocho dólares, ¿y de dónde iba a salir aquel dinero?) Se detuvo en el aparcamiento, limpiamente cubierto de grava. Bajó, rozando la puerta por todas partes, con la desconcertante llamada telefónica del doctor Nicholson en la mente, echó un vistazo al coche y se dirigió hacia el edificio escolar.

La Asociación de Maestros y Padres de Familia de la Escuela del Condado de Bingham para Niños Excepcionales celebraba su primera reunión del curso. De entre las veinte personas que ya se hallaban allí, Vladek sólo conocía a la señora Adler, la jefa, o directora, o propietaria de la escuela. Ella era la persona con quien más necesitaba hablar, pensó. ¿Tendría alguna oportunidad de verla en privado? En aquellos momentos se encontraba sentada, al otro lado de la sala, ante su mesa de roble, con una actitud afectada, hablando con tonos bajos y rápidos con una mujer de pelo gris que llevaba un vestido de color canela. ¿Una profesora? Parecía demasiado mayor para ser una madre, aunque su esposa le había dicho que algunos de los chicos parecían tener veinte años o más.

Eran las ocho y media y los padres aún estaban llegando a la escuela, un edificio transformado que antes había sido una gran casa de campo, casi una mansión. La sala de estar aparecía llena de elegantes recuerdos de aquella otra época. Dos lámparas de araña. Intrincadas hojas de parra moldeadas en el

enlucido del techo. La chimenea de mármol blanco, moteada de vetas rosadas, inelegantemente ostensible debido a los inadecuados morillos, demasiado baratos y pequeños, que había ahora en su interior. Puertas dobles de roble dorado que daban al *hall*. Y, a través de ellas, se veía una escalera de incendios de hormigón y acero. Vladek pensó que habrían tenido que destrozarse una hermosa escalera de madera para instalar la otra escalera de incendios y mantenerse así dentro de las leyes escolares del Estado.

La gente seguía llegando. Hombres y mujeres que venían solos y, ocasionalmente, alguna pareja. Se preguntó cómo se las arreglarían las parejas para solucionar su problema de vigilar a los niños más pequeños. El subtítulo en la cabecera de las cartas de la escuela decía: «Una institución para niños emocionalmente perturbados y con daños cerebrales, capaces de recibir educación.» El hijo de Harry, Thomas, de nueve años de edad, era uno de los emocionalmente perturbados. Con una sensación de envidia, se preguntó si los niños con el cerebro dañado podrían ser educados por una persona madura razonablemente competente. Thomas no lo podía ser. Los Vladek no habían pasado una sola noche juntos desde que el niño tuvo dos años, de modo que, aquella noche, Margaret estaba en casa, preocupándose sin duda alguna por la llamada telefónica del doctor Nicholson, mientras que Harry representaba a la familia en la Asociación de Maestros y Padres de Familia.

A medida que se fue llenando la sala, comenzaron a escasear las sillas. Una joven pareja se encontraba en el extremo de la fila, cerca de él, buscando un par de sillas vacías.

—Vengan —les dijo—. Yo me cambiaré allí.

La mujer le sonrió amablemente y el hombre expresó las gracias. Animado ante la vista de un cenicero que se encontraba en el asiento vacío frente a él, Harry sacó su paquete de cigarrillos y se lo ofreció, descubriendo que ninguno de ellos fumaba. De todos modos, Harry encendió su cigarrillo, escuchando lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Todo el mundo estaba hablando. Una mujer le preguntaba a otra:

—¿Cómo le va la vesícula biliar? ¿Se la van a extirpar después de todo?

Un hombre pesado y calvo le decía a otro hombre pequeño de pobladas

patillas:

—Bueno, mi contable me dice que los gastos de enseñanza son médicamente deducibles si la escuela es para psicósomáticos y no sólo para psíquicos. Eso es algo que tenemos que aclarar.

—Eso es cierto —le confirmó el hombre pequeño—, pero todo lo que tiene que hacer es conseguir una carta del médico en la que le recomiende esta escuela y envíe al niño aquí.

Una mujer muy joven dijo con convicción:

—El doctor Shields fue muy optimista, señora Clerman. Dice que, sin ninguna duda, la tiroides permitirá que Georgie sea accesible. Y entonces...

Uno hombre de color, con una piel ligeramente parecida al café y que llevaba puesta una camisa hawayana, le decía a una mujer rolliza:

—Realmente nos dio un buen fin de semana. Le tuvieron que dar tres puntos en la cara y rompió mi caña de pescar en tres trozos.

—Se aburren tanto —dijo la mujer—. Mi hija pequeña tiene manía por los lápices de colores, con los que pintarrajea todos los libros. Ya me dirá usted lo que una puede hacer.

Finalmente, y dirigiéndose al hombre joven que estaba sentado a su lado, Harry dijo:

—Me llamo Vladek. Soy el padre de Tommy; está en el grupo de principiantes.

—El nuestro también está ahí —dijo el joven—. Se llama Vern. Tiene seis años y es rubio, como yo. Quizás le haya visto.

Harry no hizo grandes esfuerzos por recordar. En las dos o tres ocasiones en que había acudido para recoger a Tommy después de las clases, no había sido capaz de distinguir a unos chicos de otros en medio del barullo de la salida. Abrigos, pañuelos, sombreros, una niña pequeña que siempre se encerraba en el lavabo y otro niño pequeño que nunca deseaba volver a casa y se pegaba a su profesor.

—¡Oh, sí! —le dijo amablemente.

El joven se presentó a sí mismo y a su esposa. Se llamaban Murray y Celia Logan. Harry se inclinó sobre el hombre para estrecharle la mano a su esposa, y ella le preguntó:

—¿No es usted nuevo por aquí?

—Sí. Tommy está en la escuela desde hace un mes. Nos trasladamos aquí desde Elmira para estar más cerca de él —dudó un momento y añadió—: Tommy tiene nueve años, pero la razón por la que está en el grupo de principiantes es porque la señora Adler creyó que eso le facilitaría la adaptación.

Logan señaló hacia un hombre curtido por el sol, sentado en la primera fila.

—¿Ve a ese hombre con gafas? —preguntó—. Se mudó aquí desde Texas. Desde luego, tiene dinero.

—Debe de ser un lugar muy bonito —dijo Harry en tono interrogativo.

Logan frunció el ceño. Su expresión parecía un tanto nerviosa.

—¿Cómo está su hijo? —preguntó Harry.

—Ese pequeño bribón —comentó Logan—. La semana pasada le conseguí otra copia del disco de *My Fair Lady*. Creo que ya ha utilizado cuatro o cinco, y va de un lado a otro cantando. ¿Pero mirarle a uno? No, nada de eso.

—El mío no habla —dijo Harry.

—El nuestro habla —informó la señora Logan prudentemente—, pero no con todo el mundo. Es como una pared.

—Ya sé —dijo Harry, y se atrevió a hacer la siguiente pregunta—: ¿Ha... ha mejorado desde que está en la escuela?

Murray Logan apretó los labios.

—Yo diría que sí. Sigue mojando la cama, pero la vida se desarrolla mucho más suavemente en algunos aspectos. Ya sabe, no espera uno ningún avance espectacular. Pero todo marcha con más suavidad, día tras día, en las pequeñas cosas. Desde luego, hay momentos de retroceso.

Harry asintió, pensando en siete años de retrocesos y en dos años de creciente preocupación y extrañeza ante aquello.

—La señora Adler me dijo que, por ejemplo, un brote especial de destructividad puede significar algo así como una tendencia constante en la terapia del lenguaje. De ese modo, el niño lucha contra ella y termina por estallar en alguna otra dirección.

—Eso es cierto —admitió Logan—, pero lo que yo quiero decir... ¡Oh! Están empezando.

Vladek asintió, apagó el cigarrillo y, sin darse cuenta, volvió a encender otro. Su estómago volvía a estar contraído sobre sí mismo. Estaba asombrado ante aquellos otros padres que parecían sentirse tan seguros y poco afectados. ¿Acaso no les ocurría a ellos lo mismo que les sucedía a él y a Margaret? Había transcurrido mucho tiempo desde que los dos sintieron por última vez el mundo de una forma confortable a su alrededor, incluso sin la presión del doctor Nicholson, que trataba de hacerles tomar una decisión. Hizo un esfuerzo para reclinarsse en la silla y aparecer tan tranquilo como los demás.

La señora Adler estaba golpeando suavemente la mesa con una regla.

—Creo que ya están aquí todos los que tenían que venir —dijo.

Se inclinó sobre la mesa y esperó a que se hiciera el silencio en la sala. Era una mujer de estatura baja, morena, algo rolliza, y sorprendentemente bonita. No tenía, en modo alguno, el aspecto de una profesional competente. Su aspecto era tan diferente al papel que representaba que, de hecho, el corazón de Harry se había hundido cuando, como culminación de su correspondencia sobre la admisión de Tommy, hicieron el largo viaje desde Elmira para mantener la entrevista. Había esperado ver a una señora de pelo gris acerado, con gafas sin aros, una especie de Valkiria con bata blanca, como la enfermera que había permanecido retorciéndose con un Tommy que no hacía más que gritar, mientras esperaba que el supositorio le tranquilizara para realizar su primer examen; le parecía que tenía que ser una desmelenada y vieja impostora, aunque no sabía por qué. De todos modos, esperaba ver a cualquier otra persona, excepto a aquella mujer joven y bonita. Otro camino cerrado, pensó entonces, lleno de desesperación. Otro, después de cientos de caminos cerrados con los que ya se había encontrado. Primero fue el «esperemos a que madure». Pero no lo hizo. Después llegó el «tenemos que reconciliarnos con la voluntad de Dios». Pero eso es algo que, en el fondo, no se desea. Después, le dieron las medicinas, tres veces al día, durante tres meses. Y no se consiguió ningún resultado. Más tarde vino la persecución, durante seis meses, de la Clínica de Guía Infantil, para terminar por descubrir que sólo se trataba de unas cartas con encabezamiento y de un médico que

actuaba en circuito y que no tenía tiempo para nada. Después, tras cuatro terribles y llorosas semanas en busca de ayuda, vino la Escuela Estatal de Entrenamiento, para descubrir que tenía una lista de espera de ocho años. Más tarde, la escuela privada de custodia, para darse cuenta de que costaba cinco mil quinientos dólares al año... ¡Y sin tratamiento médico!..., ¿y de dónde se pueden sacar cinco mil quinientos dólares al año? Y, durante todo ese tiempo, la gente advirtiéndole constantemente, como si uno no lo supiera ya:

—¡Date prisa! ¡Haz algo! ¡Cógelo a tiempo! ¡Está en la fase crítica! ¡Cualquier demora será fatal!

Y, finalmente, aquella pequeña mujer de suave mirada. ¿Cómo podía ella hacer algo?

Ella le demostró rápidamente cómo. Interrogó incisivamente tanto a Harry como a Margaret; se volvió después hacia Tommy, comportándose como una loca en aquella misma sala, actuando como una picaruela, para terminar transformando su actitud loca en un juego. Al cabo de tres minutos, el niño estaba experimentando felizmente con un indestructible armario Victrola, y la señora Adler les estaba diciendo a los Vladek:

—No esperen una cura milagrosa. No existe ninguna. Pero se podrán alcanzar mejoras. Eso sí. Y creo que podemos ayudar a Tommy.

Quizás lo había conseguido, pensó Vladek con crudeza. Quizás estaba ayudando a todo el mundo en todo lo que podía.

Mientras tanto, la señora Adler había recibido rápida y agradablemente a los padres, sugiriéndoles que se quedaran a tomar café para conocerse entre sí, y presentando a la presidenta de la Asociación de Maestros y Padres de Familia, una tal señora Rose, alta, con el pelo prematuramente gris y aspecto de ejecutivo.

—Como ésta es la primera reunión del curso —dijo—, no hay acta anterior que leer. Así es que pasaremos a los informes del comité de trabajo. ¿Qué hay del problema del transporte, señor Baer?

El hombre que se levantó era viejo. Tenía más de sesenta años. Harry se preguntó qué se podría sentir al ver coronada la propia vida con un niño llegado a última hora y retrasado mental. Mostraba todos los signos externos

del éxito: un traje de cuatrocientos dólares, un reloj de pulsera electrónico, un gran anillo de oro. Con un ligero acento germánico, dijo:

—Me entrevisté con el consejo escolar del distrito y no se mostraron muy dispuestos a cooperar. Mi abogado investigó la cuestión y el problema se puede reducir a una sola palabra. Lo que dice la ley es que el consejo escolar puede, y ésa es la palabra en cuestión, puede, reembolsar a los padres de los niños subnormales los gastos de transporte a escuelas privadas. Como comprenderán, no se trata de que tienen que, sino de que pueden..., o pueden no hacerlo. Me dijeron que no deseaban gastar el dinero. Tienen la impresión de que todos nosotros somos ricos.

Por la sala se extendieron unas ligeras sonrisas.

—Así pues, mi abogado acordó una entrevista y aparecimos ante el consejo en pleno y presentamos el caso... No nos importaba el reembolso de los gastos; lo único que buscábamos era un autobús, algo que pudiera aliviar un poco las molestias del transporte. La contestación fue negativa.

Se encogió de hombros y permaneció de pie, mirando a la señora Rose, que dijo:

—Gracias, señor Baer. ¿Tiene alguien alguna sugerencia que hacer?

—Hay que hacer presión sobre ellos —dijo con enojo una mujer—. Todos nosotros somos electores.

—Publicidad —dijo un hombre—, eso es lo que hay que hacer. El principio está perfectamente claro en la ley. Se supone que un niño por el que se pagan impuestos debe recibir el mismo servicio que otro cualquiera por el que también se pagan impuestos. Debemos escribir cartas a los periódicos.

—Esperen un momento —dijo el señor Baer—. Creo que las cartas no solucionarán nada, pero yo soy propietario de una empresa de relaciones públicas. Pediré a mis empleados que saquen un poco de tiempo de mis especialidades alimenticias para dedicárselo al problema de la escuela. Ellos pueden utilizar sus propios conocimientos técnicos; saben cómo hacerlo; son expertos.

Esta proposición fue discutida, secundada y aprobada, mientras Murray Logan murmuraba a Vladek:

—Lleva lo de la mayonesa Marijane Garlic. Tiene una hija de doce años

en muy mala situación a la que la señora Adler ayudó en sus antiguas clases privadas. Él fue quien le compró a ella este edificio, junto con otros padres.

Harry Vladek estuvo pensando distraídamente en cómo se debía sentir un padre capaz de comprar todo un edificio para una escuela dedicada a ayudar a su hija. Mientras tanto, continuaron exponiéndose los informes del comité. Algo después, y ante el desmayo de Harry, la cuestión pasó al tema de la financiación y se votó una resolución por la que se creaba un fondo para veladas de teatro, al que cada pareja con un niño en la escuela tendría que aportar «por lo menos» la venta de cinco pares de entradas, a sesenta dólares el par. Vamos a aclarar esto inmediatamente, pensó, levantando la mano.

—Me llamo Harry Vladek —dijo cuando se le concedió la palabra—, y soy completamente nuevo aquí, tanto en la escuela como en el condado. Trabajo para una gran compañía de seguros y tuve la suerte suficiente como para que me trasladaran aquí, de modo que mi hijo pudiera acudir a esta escuela. Pero aún no conozco a nadie a quien poder vender esos vales por sesenta dólares el par. Es una gran suma de dinero para la clase de gente que yo frecuento.

—Es una gran suma de dinero para todos nosotros —dijo la señora Rose—. Sin embargo, creo que puede usted vender sus vales. Tenemos que hacerlo. No importa que lo intente con cien personas y noventa y cinco le digan que no, siempre y cuando cinco de ellas acepten.

Se volvió a sentar, calculando ya las posibilidades. Bueno, estaba el señor Crine en la oficina. Era un universitario e iba al teatro. Quizás pudiera hacer una rifa en el despacho para colocar otro par. O dos pares. Después, quedarían... por ejemplo el tratante en bienes raíces que les había vendido la casa, el abogado que habían utilizado para legalizar el trato...

Bueno. Se le había explicado que aunque los gastos escolares no eran decididamente nominales (de hecho se trataba de mil ochocientos dólares anuales), no cubrían el coste de cada niño. Alguien tenía que pagar al terapeuta de lenguaje, al terapeuta de baile, al psicólogo que trabajaba todo el tiempo en la escuela, al psiquiatra que trabajaba a horas, y a todos los demás. Y ese alguien también podía ser el señor Crine de la oficina. Y el abogado.

Media hora más tarde, la señora Rose miró a la agenda.

—Parece que eso es todo por esta noche —dijo—. El señor y la señora Perry nos han traído algunas pastas y todos sabemos lo bueno que está el café de la señora Howe. Está todo en el aula de principiantes y esperamos que todos ustedes se quedarán para conocerse entre sí. Se levanta la sesión.

Harry y los Logan se unieron al amable grupo que acudió al aula de principiantes, donde Tommy pasaba las mañanas.

—Ahí está la señorita Hackett —dijo Celia Logan.

Era la profesora de principiantes. Les vio y se acercó a ellos, sonriente. Harry sólo la había visto con una bata que parecía de lona, su blindaje contra la leche achocolatada, los dedos manchados de pintura y los repentinos chorros del rincón del «juego de agua» del aula. Sin llevar aquella bata puesta parecía una mujer elegante, de mediana edad, vestida con un traje de chaqueta verde.

—Estoy muy contenta de que se hayan encontrado ustedes —dijo—. Quería decirles que sus pequeños se entienden bastante bien. Están formando una especie de conspiración contra los demás de la clase. Vern les quita sus juguetes y se los entrega a Tommy.

—¿De veras? —casi gritó Logan.

—Sí, en serio. Creo que está empezando a relacionarse con los demás. Y, señor Vladek, Tommy deja de ponerse el dedo en la boca, a veces durante muchos minutos. Esta misma mañana lo ha hecho por lo menos media docena de veces, sin necesidad de que yo le dijera nada.

—Ya sabe —dijo Harry con excitación— que creía haberme dado cuenta de que estaba superándolo. Pero no podía estar seguro. ¿Está usted completamente segura de lo que me dice?

—Absolutamente —afirmó—. Y le engañé, consiguiendo que dibujara un rostro. Me dirigió esa mirada típicamente suya cuando los demás estaban dibujando; así es que empecé a retirarle el papel. El niño me lo cogió y dibujó en un momento una especie de rostro a lo Picasso. Quería haberlo guardado para mostrárselo a usted y a la señora Vladek, pero Tommy lo cogió y lo desgarró en la forma metódica en que suele hacer las cosas.

—Me gustaría haberlo visto —dijo Vladek.

—Habrán otros. Veo un futuro de verdaderos progresos en sus respectivos

hijos —dijo, incluyendo a los Logan en su sonrisa—. Me ocupo por las tardes de un caso privado que resulta realmente difícil. Es un chico de nueve años, como Tommy. No es malo, excepto por una sola cosa. Cree que el pato Donald ha salido para buscarle y llevárselo. Durante dos años, sus padres se las arreglaron para pensar que el chico estaba tratando de embromarles, a pesar de que ya había roto tres televisores. Entonces, decidieron acudir a un psiquiatra y descubrieron la verdad. Perdónenme, quiero hablar con la señora Adler.

Logan sacudió la cabeza y dijo:

—Creo que podríamos estar, mucho peor, Vladek. ¡Vern entregándole algo a otro chico! ¿Qué le parece eso?

—Me agrada —dijo su esposa, con una sonrisa radiante.

—¿Ha oído lo que ha dicho sobre ese otro pobre chico? Cuando escucho algo así... Y después está esa chica de Baer. Siempre pienso que es mucho peor cuando se trata de una niña pequeña por aquello de que a uno le preocupa que alguien se aproveche de ellas. Pero nuestros chicos saldrán adelante, Vladek. Ya ha oído lo que ha dicho la señorita Hackett.

De repente, Harry se sintió impaciente por volver a casa, junto a su esposa.

—Creo que no me voy a quedar a tomar el café, ¿o esperan que uno se quede?

—No, no, márchese cuando guste.

—Tengo que conducir durante media hora —dijo, en tono de disculpa.

Atravesó junto a las puertas de roble dorado, bajó las feas escaleras de incendios y salió al aparcamiento lleno de grava. La verdadera razón de su marcha era que deseaba llegar a casa antes de que Margaret se fuera a dormir, para contarle lo que le habían dicho sobre que Tommy ya no se llevaba tanto el dedo a la boca. Sólo había transcurrido un mes y ya estaban empezando a pasar cosas, cosas realmente definidas. Y Tommy había dibujado un rostro. Y la señorita Hackett había dicho...

Se detuvo en medio del aparcamiento. Recordó entonces al doctor Nicholson y, además, ¿qué había dicho exactamente la señorita Hackett? ¿Algo sobre una vida normal? ¿No había dicho nada sobre una curación?

«Verdaderos progresos», había dicho. Pero progresos, ¿hasta qué punto?

Encendió un cigarrillo, se volvió y regresó junto a los padres, dirigiéndose hacia la señora Adler.

—Señora Adler —pidió—, ¿puedo hablar un momento con usted?

Acudió inmediatamente junto a él, apartándose de los demás, de modo que nadie pudiera escucharles.

—¿Ha disfrutado de la reunión, señor Vladek?

—¡Oh, claro! Quería verla porque debo tomar una decisión. No sé qué hacer. No sé a quién acudir. Me ayudaría mucho saber... bueno, que usted me dijera cuáles son las posibilidades de Tommy.

Ella esperó un momento antes de responder.

—¿Está considerando la posibilidad de comprometerle, señor Vladek? —preguntó ella.

—No, no se trata exactamente de eso. Es que... bien, ¿qué puede decirme, señora Adler? Sé que un mes no es mucho. Pero ¿va a poder ser alguna vez como los demás?

Se dio cuenta de que ella ya había contestado aquella pregunta otras veces, y que no le gustaba hacerlo.

—Como los demás, señor Vladek —dijo, con paciencia—, incluye a algunas personas terribles que, técnicamente, no son subnormales. Nuestro objetivo no consiste en convertir a Tommy en alguien «como los demás». Se trata, simplemente, de ayudarle a convertirse en la mejor clase de persona que pueda llegar a ser.

—Sí, pero ¿qué va a suceder más tarde? Quiero decir, si Margaret y yo... Si... ¿si nos ocurriera algo?

—Simplemente —dijo la señora Adler, que estaba sufriendo—, no hay forma de saberlo, señor Vladek —y añadió amablemente—: Yo no abandonaré las esperanzas. Pero no le puedo decir que espere milagros.

Margaret no estaba dormida. Le estaba esperando en la pequeña sala de estar de la pequeña casa nueva.

—¿Cómo está? —preguntó Vladek, tal y como se habían preguntado el

uno al otro durante los últimos siete años cada vez que uno de ellos regresaba a casa.

Ella parecía haber estado llorando, pero se encontraba bastante serena.

—No demasiado mal. Tuve que engañarle para que consintiera en marcharse a la cama. Sin embargo, se tomó bien la medicina glandular. Hasta chupó la cuchara.

—Eso es bueno —observó él.

Le contó después que había dibujado una cara, y la conspiración establecida con el pequeño Vern Logan, y el que hubiera dejado de chuparse el dedo en ocasiones. Pudo sentir lo bien que ella se sintió al escucharle, pero sólo le dijo:

—El doctor Nicholson ha vuelto a llamar.

—¡Le dije que no te molestara!

—No me ha molestado, Harry. Fue muy amable. Le prometí que tú le llamarías.

—Son las once, Margaret. Le llamaré mañana por la mañana.

—No, le dije que lo harías esta noche, sin tener en cuenta la hora. Está esperando y dijo que, para estar seguro, lo hicieras a cobro revertido.

—Desearía no haber contestado nunca la carta de ese hijo de perra —estalló, para después añadir, pidiendo disculpas—: ¿Queda algo de café? No me quedé a tomarlo en la escuela.

Ella había puesto a hervir el agua en cuanto oyó el coche llegar al camino que había junto a la casa, y ahora el café instantáneo ya estaba en la taza. Lo sirvió y dijo:

—Tienes que hablar con él, Harry. Tiene que saberlo esta noche.

—¡Saberlo esta noche! ¡Saberlo esta noche! —dijo, excitado, haciendo gestos; se quemó los labios al tratar de beber el café caliente y dijo—: ¿Qué quieres que haga, Margaret? ¿Cómo puedo tomar una decisión como ésa? Hoy he cogido el teléfono y he llamado al psicólogo de la compañía, y cuando me ha contestado su secretaria he dicho que había marcado un número equivocado. No sabía qué decirle.

—No estoy tratando de presionarte, Harry. Pero tiene que saberlo.

Vladek dejó la taza y encendió su decimoquinto cigarrillo del día. El

pequeño comedor (no era eso, era una especie de semialcoba de desayunar que surgía de la diminuta cocina, pero ellos lo llamaban comedor) estaba todo lleno de Tommy. La nueva pintura de la pared donde Tommy había pelado el papel de tazas y cucharas. El picaporte de la cocina, a prueba de los intentos de Tommy. El extraño asiento con orinal, que no correspondía con el resto de las sillas de la cocina, donde Tommy pegaba golpes metódicos con el mango de su cuchara.

—Sé muy bien lo qué me diría mi madre —dijo él—. Habla con el sacerdote. Quizás debiera hacerlo. Pero nunca hemos ido aquí a ningún servicio religioso.

Margaret se sentó y le cogió uno de sus cigarrillos. Era una mujer que aún seguía teniendo buen aspecto. No había engordado ni un kilo desde que naciera Tommy, y normalmente parecía sentirse cansada. Yendo directamente a la cuestión, pero hablando con precaución, dijo:

—Estuvimos de acuerdo, Harry. Me dijiste que hablarías con la señora Adler, y eso lo has hecho. Dijimos que si ella creía que Tommy no se pondría nunca bien, hablaríamos con el doctor Nicholson. Sé que es muy difícil para ti, y también sé que yo no te soy de gran ayuda. Pero no sé qué hacer, y tengo que dejarte la decisión a ti.

Harry miró a su esposa, con una mirada llena de amor y desesperanza y, en aquel mismo instante, sonó el teléfono. Era, desde luego, el doctor Nicholson.

—Aún no he tomado una decisión —dijo Harry Vladek inmediatamente—. Me está usted metiendo demasiada prisa, doctor Nicholson.

La voz distante sonaba serena y segura de sí misma.

—No, señor Vladek, no soy yo quien le está metiendo prisa. El corazón del otro chico se ha desmoronado hace una hora. Por eso son las prisas.

—¿Quiere decir que está muerto? —preguntó Vladek.

—Está ahora en el pulmón artificial, señor Vladek. Lo podemos mantener así por lo menos durante dieciocho horas, quizás durante veinticuatro. El cerebro está perfectamente bien. Estamos obteniendo ondas muy buenas en el osciloscopio. La concordancia de los tejidos con los de su hijo es satisfactoria. Mucho mejor que satisfactoria. A las seis quince de la mañana

sale un vuelo del John F. Kennedy y he reservado billete para usted, su esposa y Tommy. Serán recogidos en el aeropuerto. Pueden estar aquí al mediodía; de ese modo, tendremos tiempo. Sólo el tiempo justo, señor Vladek. Ahora, todo depende de usted.

—¡No puedo decidir una cosa así! —gritó furiosamente Vladek—. ¿Es que no lo comprende? No sé cómo podría hacerlo.

—Le comprendo, señor Vladek —dijo la voz distante y, extrañamente, Vladek pensó que, en efecto, le comprendía—. Puedo hacerle una sugerencia. ¿Quiere venir aquí de todos modos? Creo que le sería de una gran ayuda al ver al otro chico, y puede hablar también con sus padres. Sienten que le deben algo, incluso por haber llegado hasta este punto, y quieren agradecerse.

—¡Oh, no! —gritó Vladek.

—Todo lo que quieren es que su hijo pueda vivir —siguió diciendo el médico—. No esperan nada más que eso. Le dejarán al niño en custodia... su hijo, y el de ellos. Es un pequeño muy bueno, señor Vladek. Ocho años de edad. Lee maravillosamente. Construye modelos de aeroplanos. Le dejaron montar en su bicicleta porque es muy sensato y digno de confianza, y el accidente no fue por culpa suya. El camión se subió a la acera y le golpeó.

—Eso es como sobornarme —dijo Harry temblando, y añadió con dureza —: Eso es como decirme que puedo cambiar a Tommy por alguien más inteligente y atractivo.

—No quise decir eso, señor Vladek. Sólo quería hacerle saber la clase de chico al que puede usted salvar.

—¡Ni siquiera sabe usted si podrá salir bien la operación!

—No —admitió el médico—. No con absoluta certeza. Le puedo decir que hemos trasplantado animales, incluyendo primates, y cadáveres humanos, y un par de casos terminales; pero tiene usted toda la razón: nunca hemos hecho un trasplante en un cuerpo sano. Ya le he mostrado todas las estadísticas e informes, señor Vladek. Las repasamos todas junto con su propio médico cuando hablamos por primera vez de esa posibilidad, hace ahora ya cinco meses. Este es el primer caso que se nos presenta desde entonces, cuando hay tantas concordancias y existe una verdadera esperanza

de éxito. Pero tiene usted toda la razón: aún no se ha probado nada. A menos que nos ayude usted a demostrarlo. Creo que todo funcionará bien. Pero nadie puede estar absolutamente seguro.

Margaret había dejado la cocina, pero Vladek sabía dónde estaba gracias al seco click que escuchó: en el dormitorio, escuchando la conversación por el teléfono supletorio. Finalmente, dijo:

—No se lo puedo decir ahora, doctor Nicholson. Le volveré a llamar dentro de..., dentro de media hora. No puedo hacer otra cosa por el momento.

—Eso está muy bien, señor Vladek. Estaré aquí mismo, a la espera de su llamada.

Harry se sentó y se bebió el resto del café. Tiene uno que ser un experto en una gran cantidad de cosas para ir saliendo adelante, pensó. ¿Qué sabía él sobre trasplantes de cerebro? En un cierto sentido, sabía mucho. Sabía que la cuestión quirúrgica se suponía que estaba muy avanzada, pero que el problema radicaba en el rechazo de los tejidos. Sin embargo, el doctor Nicholson pensaba que eran muy parecidos. Sabía que cada uno de los médicos con los que había hablado, y por ahora ya había hablado con siete, estaban de acuerdo en que, médicamente, existían grandes probabilidades y que cada uno de ellos había desviado cuidadosamente la conversación cuando se llegaba al punto de discutir si era correcto o no. Era él quien tenía que tomar la decisión, y no ellos, a veces sólo a través de sus silencios. Pero ¿quién era él para decidir una cosa así?

Margaret apareció en el umbral de la puerta.

—Harry, vayamos arriba a echarle un vistazo a Tommy.

—¿Acaso se supone que eso me va a facilitar el asesinar a mi hijo? —preguntó con dureza.

—Ya hemos hablado de eso, Harry —dijo ella—, y estuvimos los dos de acuerdo en que no era un asesinato. Sea lo que sea. Sólo creo que Tommy debería estar con nosotros cuando tomáramos la decisión, aun cuando él no sepa lo que estamos decidiendo.

Los dos se encontraban ahora al lado de la gran cuna en la que estaba su hijo, mirando, en la oscurecida luz, los largos y suaves cabellos que caían

sobre las gordinflonas mejillas, y los labios apretados alrededor del dedo. Leer. Construir modelos de aeroplanos. Ir en bicicleta. Todo eso en contra de un rápido esbozo de rostro y el ruido ocasional de unos besos cariñosos y tempestuosos.

Vladek permaneció allí durante toda la media hora. Después, tal y como había prometido, se dirigió hacia la cocina, cogió el auricular del teléfono y comenzó a marcar un número.

PÁGINAS DEL DIARIO DE UNA ADOLESCENTE

Robert Aickman

El Día de Difuntos de 1975 se celebró en Providence (ciudad natal de Lovecraft) la Primera Convención Mundial de Fantasía, en la que, entre otras cosas, se entregaron sendos premios (consistentes en bustos de Lovecraft esculpidos por el famoso dibujante Gahan Wilson) a la mejor novela, al mejor relato, y al mejor libro publicados en el período 1973-1974. El premio al mejor relato fue obtenido por Páginas del diario de una adolescente, una elegante novela corta en la mejor tradición gótica, que muy bien podría llevar la firma de un Sheridan Le Fanu.

3 de octubre — Padua-Ferrara-Ravena. — Hemos llegado a Ravena sólo cuatro días después de abandonar esa horrible Venecia. ¡Y todo en un coche alquilado! Me siento dolorida y gravemente defraudada. Lo mismo sucedió ayer, y el día antes, y el anterior. Deseo tener a alguien con quien hablar. Esta noche, mamá ni siquiera se acercó a cenar. Papá simplemente se sentó ahí sin decir nada, con aspecto de doscientos años de edad por lo menos, en vez de cien, que son los que demuestra habitualmente. Me pregunto cuál es su *verdadera* edad. Pero no está bien andar haciéndose preguntas. Nunca lo sabremos, o, por lo menos, yo no lo sabré. A menudo pienso que mamá lo sabe, o casi. Desearía que mamá fuese alguien con quien yo pudiera hablar, como la mamá de Caroline. Yo con frecuencia pensaba que Caroline y su mamá eran más bien hermanas muy unidas, aunque desde luego jamás pude afirmar tal cosa. Es que Caroline es bonita y alegre, mientras que yo soy pálida y silenciosa. Al subir a mi habitación después de cenar, me limité a sentarme frente al largo espejo, y miré y miré. Estuve haciéndolo durante media hora, o tal vez una. Cuando me puse de pie, afuera había oscurecido completamente.

No me gusta mi habitación. Es demasiado grande y hay solamente dos sillas de madera, pintadas de azul verdoso con líneas doradas, o en un tiempo estuvieron pintadas así. Odio tener que echarme en la cama en momentos en que preferiría sentarme, y todos saben lo malo que eso es para la espalda. Además, esta cama, a pesar de ser enorme, parece tan dura como la tierra cuando se reseca en verano. No es que la tierra sea así aquí. En otros lugares lejanos. La lluvia no ha cesado desde que dejamos Venecia. Ni un instante. Del todo diferente a lo que dijo la señorita Gisborne antes de que partiéramos

de mi querido, querido Derbyshire. La cama es verdaderamente inmensa. Podrían caber no menos de ocho personas de mi tamaño. Me disgusta pensar en ello. Acabo de recordarlo: estamos a tres del mes, de manera que nos hemos ausentado hace exactamente medio año. ¡En cuántos lugares he estado durante este tiempo... o he pasado por ellos! A muchos de ellos ya los he olvidado completamente. En todo caso, nunca los vi realmente. Papá tiene sus propias ideas, y una cosa que tengo por cierta es que son absolutamente dispares de las ideas de otra gente. Para mí, Padua entera es nada más que un hombre sobre un caballo, de piedra o de bronce, supongo, ¡pues ni siquiera sé de qué es! El conjunto de Ferrara está constituido por un vasto palacio-castillo-fortaleza que, simplemente, me asustó, así que yo no *quise* mirarlo. Era tan grande como esta cama... respecto a su propio entorno, naturalmente. Y éstas son dos ciudades famosas que he visitado esta misma semana. ¡No hablemos de donde me encontraba hace, digamos, dos meses! ¡Qué absurdo!, como acostumbra a decir la mamá de Caroline. Querría que estuviese aquí ahora, y Caroline también. Jamás persona alguna me abrazó y me besó ni me hizo sentir feliz en la forma que ellas.

La Contessa me ha provisto de no menos de doce velas. Las hallé en uno de los cajones. Supongo que no hay nada más que hacer que leer... a excepción, quizá, de decir las plegarias. Desgraciadamente, hace mucho que terminé de leer todos los libros que traje conmigo, y es muy difícil comprar algunos nuevos, especialmente en inglés. De todos modos, me las arreglé para adquirir dos muy largos, de Ann Radcliffe, al partir de Venecia. Lamentablemente, aunque la habitación tiene doce velas, sólo hay dos candelabros, ambos rotos, igual que casi todo. Dos velas *deberían* iluminar lo bastante, pero todo lo que hacen es que la habitación parezca incluso más grande y más oscura. No son, seguramente, importadas, de buena calidad. Advertí en el cajón que estaban muy sucias y descoloridas. En realidad, una de ellas se veía completamente negra. Esa debe de haber permanecido en el cajón larguísimo tiempo. Dicho sea de paso, colgada del techo, en medio del cuarto, hay una armazón. No sería veraz describirla con la forma de una araña; más bien diría que es el fantasma de una araña. De cualquier manera, se encuentra muy alejada de los pies de la cama. En estas casas extranjeras en

que nos alojamos, han construido habitaciones enormes. Precisamente como si durante todo el tiempo hiciese mucho calor, lo que realmente no ocurre. ¡Qué absurdo!

A decir verdad, me siento absolutamente helada en este momento, a pesar de que incluso llevo puesto mi vestido de lana verde oscuro, que en Derbyshire me permitió sobreponerme durante el último invierno. Me pregunto si estaría más caliente *dentro* de la cama. Es algo que mi mente nunca ha podido elaborar. La señorita Gisborne siempre me llama friolera. Veo que he utilizado el tiempo presente. Me pregunto si ello es apropiado en el caso de la señorita Gisborne. ¿Alguna vez volveré a ver a la señorita Gisborne? Quiero decir en *esta* vida, claro está.

Ahora que han transcurrido seis días desde que inicié este diario, descubro que estoy poniendo *todo*, como siempre hago una vez que comienzo. Siento casi como si nada horrible pudiera sucederme mientras siga escribiendo. Esto es sencillamente tonto, pero me pregunto a veces si las cosas más tontas no son frecuentemente las más verdaderas.

Escribo palabras sobre la página, pero ¿qué digo? Antes de partir, todo el mundo me decía que, no importa qué es lo que hiciera, *debía* de llevar un diario, un diario de viaje. No creo que éste sea un diario de viaje de ninguna manera. Encuentro que en tanto estoy viajando con papá y mamá, no contemplo el mundo exterior sino a duras penas. O bien nos movemos pesadamente, por instinto, en los lugares desde donde se puede ver algo, o, por lo menos, desde los que las cosas pueden verse mejor; o me contemplo solitaria sumida en la enorme bóveda de un dormitorio durante horas y horas y horas, generalmente incapaz de irme a dormir, a veces durante toda la noche. Podría ver mucho más, si tuviera ocasión de recorrer las distintas ciudades por mí misma... Naturalmente, no quiero decir de noche. Anhele que eso fuese posible. Algunas veces francamente odio ser una chica. Ni siquiera papá puede odiar tanto como yo el que yo sea chica.

¡Y cuando *hay* algo que hacer, parece ser siempre lo mismo! Por ejemplo, aquí estamos en una de esas casas en las cuales papá siempre parece tener derecho de entrada. Sinceramente, es demasiado maligno de mi parte, pero me resulta inevitable preguntarme *por qué* tanta gente deseará conocer a

papá, que por lo general es muy silencioso y desagradable, ¡y tan viejo! Quizá la respuesta es sumamente simple: se trata de que en realidad no le ven, ni a mamá ni a mí. Llegamos, papá nos confía al mayordomo o a alguien, y la familia jamás pone los ojos sobre nosotros, porque la familia nunca está en casa. Estas familias extranjeras, al parecer, poseen una gran cantidad de casas, y constantemente están viviendo en otra de ellas. Y cuando uno de la familia *aparece*, él o ella habitualmente es casi igual de viejo que papá, y raramente puede decir una palabra en inglés. Yo creo tener una bonita voz, si bien no es fácil afirmarlo con total certeza, pero, realmente, desearía haber trabajado duro aprendiendo idiomas extranjeros. Claro que... la dificultad reside en que la señorita Gisborne es muy mala enseñándolos. Debo decir *eso* en mi propia defensa, aunque ahora no sirve de mucho. Me pregunto cómo lo pasaría la señorita Gisborne en caso de encontrarse en este cuarto conmigo. No mucho mejor que yo, supongo.

He olvidado decir, sin embargo, que éste es uno de los momentos en que se supone que *estamos* reunidos con la querida familia; de todos modos, ésta se compone al parecer de solo dos personas: la Contessa y su hija. De cuando en cuando pienso que ya he visto bastantes mujeres y que no tengo especiales deseos de conocer a otras, cualesquiera que sean sus edades. Las mujeres son más bien monótonas; a no ser que, claro, sean como Caroline y su mamá; ninguna de las dos lo es, ni puede serlo. Hasta ahora la Contessa y su hija no han aparecido. No sé por qué, aunque no hay duda de que papá lo sabe. Y me han dicho que las conoceremos a las dos de la mañana. Espero muy poco. Me pregunto si hará suficiente calor para permitirme que me ponga mi vestido de satín verde en lugar del de lana verde. Probablemente, no.

¡Y ésta es la ciudad en donde el grande, el inmortal lord Byron vive en pecado y desenfrenadamente! Incluso mamá ha hablado de esto varias veces. Esta casa de melancolía no está realmente *en* la ciudad. Es una villa emplazada a poca distancia en las afueras, aunque yo no sé en qué dirección, y estoy segura de que mamá ni lo sabe ni le importa. Me pareció que después de atravesar la ciudad esta tarde, viajamos durante quince o veinte minutos. De cualquier forma, estar en la misma *región* en que se halla lord Byron, de algún modo ha de conmover aun el corazón más duro; y mi corazón, estoy

segura, no es duro en lo más mínimo.

Descubro que he estado garrapateando durante cerca de una hora. La señorita Gisborne sigue diciendo que soy excesivamente propensa a insertar guiones innecesarios, y que eso es una debilidad. Si es una debilidad, me propongo fomentarla.

Sé que ha transcurrido una hora, porque en alguna parte hay un enorme reloj que suena cada cuarto de hora. Debe de ser un reloj *enorme* debido al ruido que produce, y porque en el extranjero todo *es* enorme.

Siento más frío que nunca, y mis brazos están totalmente rígidos. Pero debo quitarme la ropa, soplar las velas, e introducir mi diminuto ser en esta enorme cama aterradora. Odio las protuberancias que se producen por todo el cuerpo cuando se viaja en el extranjero, y espero ansiosamente que durante esta noche no tenga que sufrirlas. También espero que no me asalte la sed, ya que no hay agua de ninguna clase, ni siquiera para beber.

¡Ah, lord Byron, viviendo en plena orgía y perversidad! Es imposible olvidarse de él. Me pregunto qué pensaría de mí. Espero que no haya muchas cosas penetrantes en este cuarto.

4 de octubre. ¡Qué sorpresa! La Contessa ha dicho que todo quedará debidamente ordenado para que yo realice cortas caminatas por la ciudad, a condición de que mi doncella me acompañe; ¡y cuando mamá señaló inmediatamente que yo no tenía doncella, ofreció los servicios de la suya! ¡Pensar que esto está ocurriendo justamente un día después que escribí en este mismo diario que una cosa así nunca podría suceder! Ahora me afirmo en la certeza de que hubiera sido absolutamente correcto de mi parte pasear por las otras ciudades también. Me atrevería a decir que papá y mamá propusieron siempre algo distinto únicamente a causa de la dificultad de la doncella. Por cierto, yo *debería* tener una doncella, y lo mismo mamá y papá, un hombre ¡así como también todos nosotros deberíamos poseer un coche propio con nuestro blasón en las puertas! En el supuesto de que fuésemos demasiado pobres, sería humillante. Y ya que no somos tan pobres (estoy segura de que no lo somos), es ridículo. De cualquier manera, papá y mamá

siguieron haciendo alharaca, pero la Contessa dijo que ahora estábamos dentro de los Estados de la Iglesia y, por lo tanto, vivíamos acogidos a la especial beneficencia de Dios. La Contessa habla inglés muy bien, e incluso conoce los *idiotismos* ingleses, como los llama la señorita Gisborne.

Papá contrajo el rostro cuando la Contessa mencionó los Estados de la Iglesia, tal como yo sabía que iba a hacerlo. Papá hizo notar muchas veces, mientras estábamos en camino hacia aquí, que los Estados Papales, como él los denomina, son los peor administrados de Europa, y que no lo decía sólo en su carácter de protestante. Me maravillo. Cuando papá expresa opiniones de esa naturaleza, a menudo me parece que son caprichos suyos, igual que sus ideas acerca del mejor modo de viajar. Después que la Contessa hubo hablado de esa forma, yo sentí —muy fuertemente— que ha de ser más bien hermoso estar regido directamente por el Papa y sus cardenales. Naturalmente, los cardenales e incluso el Papa están sujetos a error, igual que nuestros propios Obispos y Rectores, que no dejan de ser hombres, como lo recalca continuamente el señor Biggs-Hartley en casa; de todos modos, aquéllos sencillamente *deben* estar más cerca de Dios que el tipo de gente que nos rige en Inglaterra. Yo no creo que se pueda confiar en papá para juzgar esa cuestión.

He decidido resueltamente actuar según la amable sugerencia de la Contessa. La señorita Gisborne dice que, aunque soy poca cosa, poseo gran voluntad propia. Esta será una oportunidad para probarlo. Quizá haya ciertas dificultades, porque la doncella de la Contessa sólo habla italiano; pero cuando estemos solas, soy yo quien será señora, y ella, la doncella, y nada cambiará eso. He visto a la muchacha. Es bonita, si no se toma en cuenta el tamaño de su nariz.

Hoy tuvimos humedad, como de costumbre. Esta tarde dimos una vuelta por Ravena, en el carruaje propio, con armas en las puertas, y un lacayo, además del cochero. Papá pagó y despidió el coche que habíamos alquilado. Supongo que habrá recorrido pesadamente el camino de regreso a Fisina, frente a Venecia. Cuento con nuestra permanencia en Ravena durante una semana. Parece ser ésa la estancia habitual de papá en los principales sitios de parada. Aunque no es mucho tiempo, generalmente resulta suficiente de

acuerdo a nuestra manera de vivir.

En el curso de la tarde, vimos la tumba de Dante, que se encuentra simplemente a un lado de la calle, y entramos en una gran iglesia en donde está instalado el Trono de Neptuno, y luego estuvimos en la tumba de Gala Placidia, que es azul por dentro, y muy hermosa. Yo me mantenía alerta para descubrir algún indicio de la residencia de lord Byron, pero no hacía ninguna falta especular, porque, al pasar estruendosamente por una de las calles, la Contessa casi lo grita:

—El Palazzo Guiccioli. Miren el alambrado a lo largo del fondo de la entrada, que impedía que los animales de lord Byron escaparan.

—Cierto, cierto —dijo papá, mirando más intensamente que cuando estuvo ante la tumba de Dante.

No se dijo nada más, porque, aunque papá y mamá habían aludido en varias ocasiones al modo de vida *actual* de lord Byron, por lo que yo estaría en condiciones de entender cosas que podían surgir de la conversación, ni la Contessa, ni papá, ni mamá sabían cuánto podía entender yo realmente. Además, la pequeña Contessina se encontraba en el carruaje, sentada sobre un cojín en el suelo, a los pies de mamá, lo que hacía cinco personas en total —ya que los carruajes son tan grandes como todo lo demás en el extranjero—, y me atrevería a decir que *ella* no sabía absolutamente nada, dulce pequeña inocente.

«Contessina» es solamente una especie de apodo o *sobriquet*, usado por la familia y los sirvientes. La Contessina es, en realidad, una Contessa: en las familias extranjeras, si un hombre es Duque, entonces todos los demás hombres de la familia vienen a ser Duques también, y todas las mujeres, Duquesas. Es muy confuso, y nada parecido a una buena ordenación a la manera de la nuestra, en que hay únicamente un Duque y una Duquesa por cada familia. No sé la edad de la pequeña Contessina. La mayoría de las niñas extranjeras aparentan más edad de la que en realidad cuentan, en tanto que la mayoría de nuestras niñas parecen más jóvenes. La Contessina es *muy* delgada, una verdadera sílfide. Tiene un cutis oliváceo, sin imperfección alguna. A menudo la gente escribe acerca de «cutis oliváceos»: el de la Contessina lo es realmente. Sus ojos son enormes, en forma de grandes

granos de café, y de un color muy semejante al de éstos; pero nunca los usa para mirar a nadie. Habla tan poco y por lo general con expresión tan vacua y difusa, que uno pensaría en ella como algo insignificante, aunque yo no creo que lo sea. La forma de educación de las niñas extranjeras es absolutamente diferente a la de nuestras niñas. Mamá se refiere frecuentemente a ello frunciendo los labios. Debo admitir que me es imposible imaginarme a mí misma considerando a la Contessina una amiga, sin perjuicio de que lo sea a su manera particular, con sus pies de aproximadamente la mitad del tamaño de los míos o los de Caroline.

Cuando las niñas extranjeras crecen, convirtiéndose en mujeres, generalmente, pobrecitas, continúan pareciendo mayores de lo que son. Estoy segura de que esto es aplicable a la Contessa. La Contessa ha sido muy amable conmigo —en las pocas horas que llevo de conocerla—, e incluso parece apenarse un poco por mí, como, en verdad, me sucede a mí con ella. Pero yo no entiendo a la Contessa. ¿Dónde estaba anoche? ¿La pequeña Contessina es su única hija? ¿Qué ha ocurrido con su esposo? ¿Es porque está muerto que ella parece tan triste? ¿Para qué quiere ella vivir en una casa tan grande —se la llama Villa, pero una se ve obligada a pensar en ella como un Palazzo—, siendo así que está cayéndose a pedazos y gran parte de ella, asimismo, se encuentra escasamente amueblada? Me gustaría preguntarle a mamá sobre esas cuestiones, mas dudo que ella tenga las respuestas adecuadas, o tan siquiera respuesta alguna.

La Contessa apareció para la cena, esta noche, y también la pequeña Contessina. Mamá llevaba ese vestido que no me gusta nada. Efectivamente, es de un tipo de rojo inadecuado..., especialmente para Italia, donde los colores *oscuros* son de uso más común. La noche se presentó con mejor ambiente que la anterior; si bien, por otra parte, yo difícilmente podía haber estado peor. (El señor Biggs-Hartley dice que nunca deberíamos decir eso: las cosas *siempre* pueden ser peores.) No fue una *buena* noche. La Contessa estuvo tratando de aparecer completamente alegre, a pesar de que, evidentemente, le resultaba dificultoso, cualquiera que fuese el motivo; pero ni papá ni mamá saben cómo reaccionar en esas situaciones, y sé demasiado bien que yo misma me encuentro mejor pensando en las cosas que charlando

en grupo. Lo que prefiero es estar sola con unos pocos amigos, a quienes yo conozca verdaderamente bien, y a los que sinceramente pueda confiarme y querer. Ay, hace mucho que ni siquiera tengo uno así, a quien coger de la mano. Hasta se diría que las cartas se pierden en ruta, y a duras penas puedo asombrarme; suponiendo, en primer lugar, no hace falta decirlo, que la gente se moleste en escribirse, y es difícil encontrar una razón por la que habrían de hacerlo después de todo este tiempo transcurrido. Al terminar la cena, papá y mamá y la Contessa se dedicaron a un juego italiano que incluye cartas y dados. Los sirvientes habían encendido un fuego en el Salone, y la Contessina se sentó cerca de él, sin hacer ni decir nada. Si le hubieran dado la oportunidad, mamá hubiese señalado que «los niños deberían estar en la cama hace mucho rato», y estoy segura de que lo hubiera hecho. La Contessa quería enseñarme el juego, pero inmediatamente papá dijo que yo era demasiado joven, lo cual es absolutamente ridículo. Más tarde, tras haber jugado larguísimo tiempo con papá y mamá, la Contessa dijo que mañana se mostraría firme (la Contessa conoce tantas de esas expresiones, que uno juraría que debe de haber vivido en Inglaterra), y que *insistiría* en que yo aprendiese. Papá torció el gesto, y mamá frunció los labios, de la manera habitual. Yo había estado haciendo calceta, lo cual jamás habrá de gustarme, ni le veré ningún objeto, ya que los sirvientes pueden hacerlo para nosotros; y descubrí que me encontraba sumida en profundos pensamientos. Y entonces advertí que una lagrimita caía lentamente por el rostro de la Contessa. Impensadamente, me puse en pie de un salto; pero entonces la Contessa sonrió, y yo volví a sentarme. Uno de mis profundos pensamientos era que lo que hace llorar a la gente, no es tanto las desgracias íntimas, sino algo que permanece constantemente en el seno mismo de la vida, algo sobre lo que cae una luz en los momentos en que estamos procurando disfrutar en compañía de otros.

Compruebo que están desapareciendo los horribles chichones. En realidad, no he sufrido ninguno más, y eso es una ventaja comparado con lo que ocurría cada noche en Dijon, ese lugar hediondo. Pero me hubiese gustado tener una habitación más alegre, mejor amueblada, aunque esta noche logré, al venir a la cama, traerme una de nuestras botellas de agua

mineral, y hasta un vaso con el que bebería. Es meramente agua mineral italiana, desde luego, acerca de la cual mamá dice que es poco menos impura que el agua corriente; pero como toda el agua corriente parece provenir de los sucios pozos que se ven por las calles laterales, creo que mamá exagera. Admito, sin embargo, que no es como el agua embotellada que se compra en Francia. ¡Qué absurdo, de todos modos, verse obligado a comprar agua en botellas! A pesar de todo, hay algunas cosas de los países extranjeros que han llegado a *gustarme*; incluso, tal vez, las prefiera a las nuestras. Nunca permitiría que papá y mamá me oyeran hablar así. A menudo desearía no ser tan sensitiva, así las habitaciones que me adjudican y cosas por el estilo no me importarían tanto. ¡Y mamá es aún más sensible que yo con respecto al agua! Estoy segura de que eso no es tan *importante*. No puede serlo. Para mí es *evidente* que mamá es menos sensible que yo, en lo que se refiere a cosas *importantes*. ¡Mi vida entera se basa en ese hecho evidente! Mi verdadera vida, claro.

Yo preferiría más bien que la Contessa me invitara a compartir su habitación, porque creo que ella es sensible en el mismo sentido en que lo soy yo. Pero, tal vez la niña duerme en la habitación de la Contessa. Yo no debería, en verdad, pensar eso. Yo no *odio* a la pequeña Contessina, ni siquiera me desagrada. Supongo que ya tendrá sus propias preocupaciones. Pero papá y mamá nunca estarían de acuerdo con esto, de ninguna manera. Ahora ya he escrito todo lo que había que escribir acerca de este día perfectamente normal, bien que, de algún modo, un tanto singular. En esta gran habitación helada, a duras penas puedo moverme a causa del frío.

5 de octubre. Cuando entré a saludar a mamá esta mañana, tenía las más extraordinarias noticias. Me dijo que me sentara (mamá y papá tienen en sus habitaciones muchas más sillas que yo, y también otras cosas), ¡y luego me informó que habría una fiesta! Mamá hablaba como si se tratara de una prueba terriblemente penosa, que nos era imposible eludir; y daba la impresión de que no le cabía duda de que yo debería tomar la noticia en igual forma. No sé lo que realmente pensé acerca de ello. Es cierto que nunca he

disfrutado de una fiesta, todavía (no es que no haya estado presente en ninguna); pero durante todo el día he sido consciente de que un sentimiento diferente se agitaba en mi interior, me he sentido más ligera y más activa en cierto sentido, y esta noche está presente en mí el pensamiento de que se debe a la inminencia de una fiesta que aguarda ante mí. Después de todo, probablemente las fiestas extranjeras sean distintas de las fiestas en la patria. Me lo repito a mí misma continuamente. Esta fiesta en particular, será ofrecida por la Contessa, quien, estoy segura, sabe más de estas cosas que mamá. Si así es, no ha de ser la única cosa acerca de la que la Contessa sabe más que mamá.

La fiesta se celebrará pasado mañana. Mientras estábamos bebiendo nuestro café y comiendo nuestros *panini* (siempre son muy desmenuzables y pulvurentos en Italia), mamá preguntó a la Contessa si estaba segura de que habría tiempo suficiente para los preparativos. Pero la Contessa simplemente sonrió —de una manera muy cortés, claro está—. En Italia, probablemente es más fácil hacer las cosas con rapidez (cuando uno verdaderamente se lo propone, desde luego), debido a que todo el mundo tiene tantos sirvientes. Aunque es difícil creer que la Contessa posea mucho dinero, en apariencia mantiene mayor cantidad de sirvientes que nosotros, y, lo que es más, ellos se comportan como esclavos antes que como sirvientes, en total contraposición con nuestro equilibrado plantel de servicio de Derbyshire. Tal vez se trata solamente de que todos están muy encariñados con la Contessa. Lo cual yo comprendería enteramente. De cualquier manera, durante todo el día los preparativos para la fiesta se han desarrollado animadamente; había gente colgando banderas, y raros olores provenían del ala en que está la cocina. Incluso la Casa de Baños situada en el extremo alejado del jardín (se dice que fue construida por los bizantinos), se ha engalanado, la han limpiado de telarañas, y se ha poblado de cocineros que están perpetrando no sé qué. La transformación es totalmente desconcertante. Me pregunto en qué momento mamá supo lo que nos aguarda. Seguramente debe de haber sido por lo menos antes de que nos fuésemos a dormir anoche.

Pienso que debería encontrarme incómoda ante el hecho de no tener un vestido nuevo. Un séquito de costureras tendría que trabajar día y noche

durante cuarenta y ocho horas, como en los cuentos de hadas. Me gustaría (¿a quién no?), pero de ninguna manera aliento la seguridad de que se me proveería de un nuevo vestido, aunque se dispusiera de semanas enteras para hacerlo. Probablemente papá y mamá convendrían en que yo dispongo indiscutiblemente de suficientes vestidos, aun en el caso de que el Papa y sus cardenales fuesen quienes se disponían a agasajarme. Por lo demás, no me siento realmente molesta. A veces pienso que yo muestro el suficiente interés por mis ropas, como diría la mamá de Caroline. Sea como fuere he aprendido por experiencia que, la mayoría de las veces, los vestidos nuevos son absolutamente decepcionantes. Sigo recordádomelo.

La otra cosa importante en el día de hoy, es que he salido a dar mi primer paseo por la ciudad, con la doncella de la Contessa, Emilia. Pasé rápidamente por alto lo que papá tenía que opinar sobre el tema, tal como me lo había prometido a mí misma. Mamá se mantuvo recostada todo el tiempo, y la Contessa se limitó a sonreír con su dulce sonrisa, y mandó en busca de Emilia para que me acompañase.

Debo admitir que el paseo no fue un éxito *completo*. Llevé conmigo nuestro ejemplar del *Manual de Ravenna y sus Antigüedades*, de Grubb (papá difícilmente podía decir no, por miedo a que yo hiciera algo mucho peor), y comencé a observar lugares en el mapa, con la intención de visitarlos. Me pareció que ése era el mejor modo de empezar, y que, una vez en marcha, estaría en condiciones de contemplar la vida que apareciera ante mí. Frecuentemente, cuando es necesario enfrentar una situación específica, me encuentro plenamente decidida. La primera dificultad se presentó en lo concerniente al larguísimo paseo dentro de Ravenna misma. Emilia aclaró inmediatamente que ella no estaba acostumbrada a caminar un paso. Eso podía haber sido una mera afectación, o más bien pretensión, puesto que todos saben que las muchachas de esa clase provienen de familias campesinas, y estoy absolutamente segura de que se ven obligadas a caminar todo el día, no ya sólo a pasear. Por lo tanto, no hice caso, lo cual me fue mucho más difícil debido a mi imposibilidad para entender una palabra de lo que decía Emilia. Sencillamente, la arrastré conmigo a empujones. Ante mi decisión, pronto rindió todas sus pretensiones, y salió del paso lo mejor

posible. Por el camino, encontramos algunos rudos carreteros y gran número de niños horribles que, tan pronto como notaban quiénes éramos, en su mayor parte se detenían fastidiándonos; en todo caso, esto no era nada comparado a los caminos de Derby, donde últimamente lanzaban piedras a los carruajes que pasaban.

La siguiente dificultad residió en que Emilia no estaba acostumbrada en lo más mínimo a lo que yo tenía en mente cuando llegamos a Ravena. Desde luego, la gente no va una y otra vez a contemplar sus propias antigüedades locales, por muy viejas que sean; y menos que nadie, supongo, la gente italiana. Cuando no acompañaba a su señora, Emilia acostumbraba a ir a la ciudad únicamente con algún propósito preciso: comprar o vender algo, o despachar una carta. Había en su actitud ese no sé qué que me recordó a las muchachas de las comedias: su único trabajo consiste en llevar y traer *billet-doux*, y en ocasiones tomar el lugar de sus señoras, con el conocimiento de sus señoras o no. Logré visitar otra de esas Casas de Baños, ésta un espectáculo público llamada el Baptisterio del Ortodoxo, debido a que cayó en manos de los cristianos después de los últimos días de los romanos, quienes la habían construido. Era, indudablemente, mucho mayor que la Casa de Baños del jardín de la Contessa, y en su interior más bien oscura y con el suelo tan desnivelado que resultaba difícil mantenerse en equilibrio. También había allí dentro un horrible animal muerto. Emilia se echó a reír, y me pareció sumamente claro de qué se reía. Se paseaba dando trancos, como si hubiera vuelto a sus montañas, y evidentemente estaba sugiriendo que si yo me proponía recorrer todo el camino hasta el propio tacón o la punta de Italia, ella se encontraba por completo preparada para andar conmigo, y quizá para andar adelantándose a mí. Como niña inglesa que soy, no me preocupé por ello, ni siquiera por la total inversión de la actitud original de Emilia, casi insinuando que su deliberada e impenitente política consistía en mantener la situación entre nosotras bajo su propio control. Por todo esto, como he dicho, el paseo no constituyó un éxito completo. De todos modos, ha sido un comienzo. Es evidente que el mundo puede ofrecer más de lo que se presentaría espontáneamente en mi camino si yo pasara toda mi vida arrastrándome con papá a un lado y mamá al otro. Reflexionaré acerca de la

mejor forma de congeniar con Emilia, ahora que ya conozco su manera de ser. Cuando regresamos a la Villa, no me encontraba cansada en lo más mínimo. Desprecio a las muchachas que se fatigan, en la mismísima medida en que las desprecia Caroline.

Créase o no, mamá aún estaba tendida. Al entrar yo, me dijo que descansaba preparándose para la fiesta. Pero la fiesta no es hasta pasado mañana. ¡Pobre querida mamá: lo mejor que podía haber hecho, para empezar, era no salir de Inglaterra! Debo cuidarme mucho de no ser así cuando llegue a esa misma época de la vida y esté casada, como supongo que sucederá. Viendo a mamá en reposo, me doy cuenta de golpe de que todavía conservaría su belleza si no apareciera siempre tan cansada y preocupada. Sin duda que ella alguna vez fue mucho más hermosa que yo. Lo sé bien. Yo — ¡ay!— verdaderamente no soy nada hermosa. Pero poseo otros méritos, como señala la señorita Gisborne.

Cuando subí para acostarme, vi algo inesperado. La pequeña Contessina había dejado el Salón antes que el resto de nosotros, como de costumbre, sin una palabra. Sólo yo, posiblemente, la vi deslizarse afuera, tan calladamente se retiró. Advertí que no volvía, y supuse que, debido a su edad, estaba completamente agotada. Con seguridad mamá hubiera dicho eso. Pero luego, cuando yo subía las escaleras, llevando mi vela, pude ver por mí misma lo que realmente había sucedido. En uno de los rincones del rellano —como lo llamamos en Inglaterra—, hay un misterioso ropero o armario pequeño, desde el que se abren dos puertas, ambas con cerradura, cosa que sé porque yo misma he girado cautelosamente las manijas. En ese rincón, a la luz de la vela, vi a la Contessina, a quien un hombre abrazaba. Creo que no podía haber sido uno de los sirvientes, aunque realmente no puedo afirmarlo. Tal vez me equivoco en cuanto a eso, pero no hay equivocación respecto de que se trataba de la Contessina. Ellos habían permanecido allí en completa oscuridad, y, lo que es más, en ningún momento movieron un solo músculo mientras yo subí las escaleras y anduve calmamente por el pasillo en dirección opuesta. Supongo que esperaban que yo no alcanzara a verlos en la penumbra. Es probable que creyeran que nadie se iría a la cama todavía. O tal vez se encontraban ajenos a todo sentido del tiempo, según la expresión de

Ann Radcliffe. No tengo idea exacta de la edad de la Contessina, pero aparenta unos doce años o menos. Desde luego, no diré nada a nadie.

6 de octubre. He estado pensando, a intervalos, durante todo el día, acerca de las diferencias entre la manera en que se supone que nos comportamos, y la forma en que realmente lo hacemos. Y en ambos casos, no existe concordancia con el modo de comportarnos a que nos conmina Dios, y que no podemos alcanzar nunca, hagamos lo que hagamos y no importa cuánto nos lo proponamos, de acuerdo a lo que siempre pone de relieve el señor Biggs-Hartley. Todos nosotros, al parecer, somos por lo menos tres personas diferentes. Y eso, sólo para empezar.

Me siento decepcionada por los resultados de mi pequeña excursión de ayer en compañía de Emilia. He pensado muchas veces en todo aquello de lo que yo me veía privada a causa de ser una niña imposibilitada de corretear por mí misma; pero ahora dudo de que haya algo por lo que valga la pena sentirse defraudado. Es como si se tuviera la sensación de que, cuanto más se aproxima uno a una cosa, ésta va dejando de estar presente, o más bien, de existir en absoluto. Aparte, claro está, de los malos olores y las malas palabras, y de esas rudas criaturas horribles de las cuales se supone que las mujeres estamos «protegidas». Pero me estoy poniendo metafísica, contra lo que el señor Biggs-Hartley nos advierte regularmente. Desearía que Caroline se encontrara con nosotros. Creo que podría sentirme de una manera por completo distinta con relación a las cosas, si ella estuviese aquí para salir conmigo, las dos solas. De todos modos, es innecesario decirlo, no habría diferencia para nosotras en cuanto a lo que las cosas, auténticamente, fueran... o no fueran. Es curioso el que las cosas parezcan no existir cuando se las va a ver con una determinada persona, y después, con todo, cobran existencia si se las visita en compañía de otra persona. Naturalmente, esto es pura quimera; pero ¿qué (por momentos lo pienso así) no lo es?

Me encuentro absolutamente sin amigos y sola en esta tierra extraña. Se me ocurre que debo poseer una gran fuerza interior que me permite mantenerme firme como hasta ahora y cumplir mis deberes con tan pocas

quejas. Muy amablemente, la Contessa me ha dado un libro de versos de Dante, impreso en italiano por un lado y con la traducción inglesa en la página opuesta. Destacó que eso me ayudaría a aprender mejor su idioma. No estoy segura de que haya de ser así. Obedientemente, he leído varias páginas del libro, y ciertamente no hay nada en este mundo que me guste más que leer, pero las ideas de Dante son tan oscuras y complicadas, que sospecho que no es escritor para una mujer, y, con toda seguridad, no para una mujer inglesa. También su cara me asusta, tan adusta y severa. Después de mirar su retrato, hermosamente grabado en el comienzo del libro, me asalta el temor de que veré esa cara atisbando por sobre mi hombro cuando me siento frente al espejo. No me asombra que Beatriz no tuviera nada que ver con él. Creo que fallaba totalmente en cuanto a los méritos que atraen a nuestro sexo. Desde luego, una no debe ni siquiera sugerir a un italiano tal cosa, por ejemplo a la Contessa, porque para los italianos Dante es tan sagrado como Shakespeare o el doctor Johnson lo son para nosotros.

Por primera vez, estoy escribiendo durante la tarde. Me temo que sufro de tedio, y, puesto que eso es un pecado (aun cuando sea venial), procuro librarme de él. Ahora que soy mucho más propensa a faltas menores, tales como el tedio y la intolerancia, que a vulgaridades como dejarme abrazar y besar por un sirviente. Y téngase en cuenta que no es que me sienta carente de energía ni de pasión. Se trata de que necesito de algo o alguien digno de tales sentimientos, y sólo me niego a agotarlos en lo que es indigno. ¡Pero qué «sólo» éste! ¡Qué bien comprendo el tedio universal que posee a nuestro vecino, lord Byron! ¡Yo, una delgada muchachita, siento, al menos en lo que a esto se refiere, al unísono con el gran poeta! Podría haber consuelo en el pensamiento, si yo fuese capaz de consuelo. En todo caso, estoy convencida de que no habrá nada más que sea digno de consignar esta noche, antes de que mis ojos se cierren en un sueño profundo.

Más tarde. ¡Estaba equivocada! Después de cenar esta noche, sencillamente no pude resistir preguntarle a la Contessa si alguna vez había *conocido* a lord Byron. Yo daba por supuesto que no había de ser algo que

ella proclamase sin que se lo pidieran, ni cuando papá y mamá se hallaban presente, ni, por razones de delicadeza, en una de las muy raras ocasiones en que ella y yo estábamos solas; pero pensé que yo ahora podía ser considerada suficientemente *simpática* como para aventurar una discreta pregunta.

Temo que formulé la cuestión muy cruelmente. Mientras papá y mamá se enzarzaban en una de sus disputas, atravesé la habitación y me senté en el extremo del sofá en el que la Contessa se encontraba reclinada; y cuando ella me sonrió y me dijo algo agradable, yo simplemente formulé mi pregunta, de manera totalmente directa.

—Sí, *mia cara* —respondió—, le he conocido, pero no podemos invitarlo a nuestra fiesta debido a su temperamento político. En realidad, ello ha conducido ya a varias muertes, que algunos son reacios a aceptar a manos de un *straniero*, aunque se trate de una persona eminente.

Y evidentemente *existía* la maravillosa posibilidad —que *había estado* en el fondo de mis pensamientos— de que lord Byron asistiera a la fiesta de la Contessa. No era la primera vez que la Contessa mostró su fascinante penetración en la mente de los demás... o precisamente de la mía.

7 de octubre. ¡El día de la fiesta! Es muy temprano, y el sol brilla como no lo he visto brillar en bastante tiempo. Quizá brille así normalmente a esta hora del día, mientras yo todavía duermo. «¡Lo que os perdéis vosotras, niñas, por no levantaros!», como siempre exclama la mamá de Caroline, si bien es la más indulgente de las madres. El problema consiste en que uno *siempre* se despierta temprano en las ocasiones en que sería más agradable dormir mayor tiempo; es lo que sucede hoy, con la fiesta por delante de nosotros. Escribo esto, porque estoy *completamente segura* de que no será otra cosa que un manojito de nervios durante todo el día, y, después que todo haya terminado, me encontraré absolutamente agotada y exhausta. ¡Así me ocurre siempre con las fiestas! Me alegra que pasado mañana sea domingo.

8 de octubre. En la fiesta he conocido a un hombre que, debo confesarlo, me ha interesado mucho; y, además de eso, ¿qué otra cosa importa?, como pregunta la señora Fremlinson en *The Hopeful and the Despairing Heart*, libro que, entre todos, es *casi* mi favorito, lo declaro sinceramente.

¿Quién podría creerlo? Hace un momento, cuando aún estaba adormecida, hubo una llamada a mi puerta, justo lo bastante fuerte para despertarme, pero en otro sentido muy suave y discreta, y ahí estaba la Contessa *en persona*, ataviada con el más hermoso *négligé*, entre rosa y malva, ¡portando una bandeja sobre la que había cosas para comer y beber, verdaderamente un desayuno extranjero completo! Debo reconocer que en ese momento yo bien podía haber devorado un desayuno inglés completo, mas, ¿qué podía haber sido más amable y solícito de parte de la encantadora Contessa? Su cabello oscuro (aunque no tan oscuro como el de la mayoría de las italianas), aún sin arreglar, caía enmarcando su bello sí que triste rostro, si bien advertí que todos sus anillos lucían en sus dedos, brillando y destellando a la luz del sol.

—Ay, *mia cara* —dijo, echando una ojeada a las muchas deficiencias de la habitación—, los tiempos que han sido, y los tiempos que son —entonces se inclinó sobre mi rostro, descansó ligeramente su mano en mi camisón, y me besó—. ¡Pero qué pálida estás! —continuó—. Pareces un lirio blanco en el altar.

Yo sonreí.

—Soy inglesa —dije—, y carezco de colores fuertes.

La Contessa siguió mirándome fijamente. Después dijo:

—¿La fiesta te ha fatigado mucho?

Puesto que parecía expresarlo interrogativamente, respondí con vigor:

—No, en lo más mínimo, se lo aseguro, Contessa. Ha sido la más hermosa noche de mi vida.

Lo cual era incuestionablemente la verdad y nada más que la verdad. Me senté sobre la gran cama, y, al hacerlo, vi mi imagen en el espejo. Era cierto que se me veía pálida, desacostumbradamente pálida. Estaba a punto de hacer notar lo temprano de la hora, cuando la Contessa pareció contraerse sobre sí

misma con un grito sofocado, y también ella se puso notablemente pálida, considerando el matiz natural de su piel.

Extendió una mano, y señaló. Me pareció que indicaba hacia la almohada que se hallaba detrás de mí. Desconcertada por su conducta, miré a mi alrededor, y vi sobre la almohada una marca roja irregular, no muy grande, pero indudablemente una mancha de sangre. Me llevé las manos al cuello.

—*Dio Illustrissimo!* —gritó la Contessa—. *Ell'è stregata!*

Conozco bastante italiano, del Dante o de donde sea, para estar informada de lo que eso significaba: «Está hechizada». Salté de la cama y eché mis brazos alrededor de la Contessa, antes de que pudiera huir, tal parecía dispuesta a hacerlo. Le supliqué que me dijera algo más, aunque abrigaba la certeza de que no lo haría. Los italianos, inclusive los educados, todavía toman la idea de «brujería» con una seriedad que a nosotros nos resulta increíble, y, por lo general, hasta temen hablar de ello. Yo sabía por instinto que, en este punto, Emilia y su señora estarían de acuerdo. En verdad, la Contessa daba la impresión de que mi simple abrazo la desasosegaba aún más, pero pronto se calmó, y salió de la habitación diciendo muy afablemente que le era necesario tener unas palabras con mis padres acerca de mí. Incluso se las arregló para desearme *buon appetito* para mi desayuno.

Examiné mi cara y mi cuello en el espejo, y en mi cuello, con bastante claridad, se veía una leve cicatriz que lo explicaba todo —excepto, es verdad, de qué manera había llegado a tener tal señal, sí que, para comprenderlo, las novedades, los rigores, y las excitaciones de la fiesta de anoche eran *enteramente* suficientes. Una no puede esperar que, entrando en el torneo del amor, salga de él sin un solo rasguño: y es inmersa en el torneo que, me emociona pensarlo, de veras he hecho mi camino. Sospecho que sea inherente a la típica manera italiana de considerar las cosas, el que un pequeñísimo desliz, perfectamente natural, desencadene un efecto tan desproporcionado sobre la Contessa. A mí, una muchacha inglesa, la mancha sobre la almohada ni siquiera me inquieta. Esperemos que esta nimiedad no conduzca a la muchacha cuyo deber será cambiar la funda, a gritar histéricamente.

Si aparezco especialmente pálida, se debe en parte al contraste de la brillantísima luz del sol. Regresé en seguida a la cama, y consumí hasta la

última miga y la última gota de lo que me había traído la Contessa. Parecía estar muy débil por falta de alimentos, y la verdad es que sólo había tomado frugalmente algunos bocados durante la comida de anoche, y además, naturalmente, bebí mucho más que la mayoría de los días anteriores de mi corta vida, con toda probabilidad, más que *ninguno*.

Y ahora yazgo aquí, cubierta con mi bonito camisón y nada más, mi pluma en la mano, y el sol sobre mi rostro, ¡y pienso en él! Yo no creía que una persona así existiera en el mundo real. Pensaba que los escritores como Fremlinson y Radchiffe *mejoraban* a los hombres, a objeto de reconciliar a sus lectoras femeninas con su suerte, y para que sus menos numerosos lectores masculinos se elevaran a un mejor concepto de sí mismos. La mamá de Caroline y la señorita Gisborne, cada cual a su manera absolutamente diferente, lo han indicado con muchísima claridad; y mi propia observación del sexo opuesto, hasta el presente, ha confirmado su opinión. ¡Pero ahora, he conocido realmente a un hombre acerca del cual aun la más delicada creación de la señora Fremlinson no hace sino aludir vagamente! ¡Es un Adonis! ¡Un Apolo! ¡Seguramente un dios! ¡Donde él pisa, brotan asfodelos!

El primer toque romántico radica en que él no me fue debidamente presentado... a decir verdad, no me lo presentaron de ninguna forma. Comprendo que ha sido muy incorrecto, mas es innegable que resultaba muy excitante. Los invitados, en su mayor parte, bailaban un *minuetto* pasado de moda, y como yo no conocía los pasos del baile, me encontraba, junto a mamá, sentada al final del salón, cuando ella súbitamente se sintió agobiada por algún motivo, y hubo de retirarse. Destacó que estaría de vuelta sólo uno o dos minutos después; y casi tan pronto como ella marchó, él estaba allí de pie, exactamente como si hubiese emergido de entre los descoloridos tapices que cubrían la pared, o incluso de los tapices mismos; claro que él ni remotamente aparecía descolorido, bien que más tarde, cuando se trajeron más velas para la cena, noté que era mayor de lo que yo supuse en un principio, con una mirada tan sabia y experimentada cual jamás he visto en rostro alguno.

Desde luego, él no debía hablarme inmediatamente, pues yo me habría levantado y marchado, sino *obligarme*, con sus ojos y sus palabras, a que yo

permaneciese allí. Dijo algo agradable acerca de que yo era el único pimpollo en un jardín, por lo demás otoñal, aunque no soy tan boba que no haya oído antes discursos de ese talante, pero, lo que dijo a continuación, me hizo vacilar fatalmente. Dijo (y nunca, *nunca* olvidaré sus palabras):

—Puesto que ambos somos visitantes pertenecientes a un mundo que no es éste, deberíamos conocernos.

Eso concordaba tan exactamente con lo que constantemente siento con relación a mí misma, tal cual este diario (me lo imagino) pone en claro, que no pude evitar someterme un poquitín ante la perceptibilidad que le permitía hallar precisamente las palabras que se dirigían a mi más profunda convicción, en extremo irregular y peligrosa, aunque yo conociera bien la posición que debía tomar. Y él hablaba un hermoso inglés; ¡su acento (no creo que fuera italiano) ayudaba a que sus palabras sonaran más escogidas y deliciosas!

Deberé señalar aquí que no es cierto que *todos* los invitados de la Contessa fuesen «otoñales», si bien la mayoría de ellos lo era indudablemente. Dulce criatura como es ella, había convidado a varios *cavalieri* de la nobleza local con el fin expreso de complacerme, y algunos me fueron debidamente presentados, aunque no redundó en bien de entablar conversaciones, en parte a causa de la escasa disponibilidad de una lengua común, pero particularmente porque cada *cavaliere* soltero se me antojaba más bien lo que en Derbyshire llamamos un «Juanito-estaca». Era típico de la benévola naturaleza de la Contessa el que percibiera lo poco afortunado de esos *rencontres*, de modo que no intentó alentar, llamas que en ningún momento hubieran pasado de ser fuegos fatuos. ¡Cuan diferente a las matronas de Derbyshire, quienes, una vez dispuestas sus mentes a la tarea, le dan a los fuelles no sólo durante una noche completa, sino persistiendo por semanas, meses, o, en ocasiones, años! ¡Pero sería inimaginable aplicar la palabra «matrona» a la amable Contessa! Tal como se presentó la cosa, los cuatro *cavalieri* quedaron librados a ensayar lo que pudieran con respecto a la joven Contessina o cualesquiera otras *bambine* que se mostraran en desfile.

Me detengo un momento en busca de vocablos con los que describirlo. Está por encima de la estatura media, y, a la vez que delgado y elegante,

transmite una maravillosa impresión de fuerza y vigor. Su piel es un poco pálida; su nariz, aquilina y autoritaria (empero de vibrantes y sensitivas ventanas); su boca, escarlata, y (no puedo menos que emplear el término) apasionada. Sólo mirar su boca me impulsa a pensar en elevada poesía y anchurosos mares. Sus dedos son muy largos y finos, más poderosos en el apretón de manos, como lo experimenté por mí misma antes de finalizar la noche. Me pareció inicialmente que su cabello era completamente negro, sin embargo, más tarde observé que estaba delicadamente rayado de gris, y tal vez era incluso blanco. Su frente es alta, ancha y noble. ¿Estoy describiendo a un dios o a un hombre? Encuentro muy difícil asegurarlo.

En cuanto a su conversación, sólo puedo decir que, verdaderamente, no es de este mundo. Él no ofrece nada de esa charla vacía habitual de las reuniones sociales que, aun si tiene algún significado, es absolutamente distinto del que las palabras por sí mismas transmiten..., un significado a menudo odioso para mí. Todo lo que él dijo (al menos después del primer cumplido convencional), le hablaba a algo profundo dentro de mí, y todo lo que dije en respuesta, era lo que realmente yo quería decir. Antes, no había sido capaz de hablar de ese modo con hombre alguno de ninguna clase, de papá en adelante, y con muy pocas mujeres. Y aún me resulta arduo recordar sobre qué temas conversamos. Creo que debe de ser una *consecuencia* del sentimiento latente en la forma con que nos expresamos. Yo no solamente recuerdo, sino que todavía percibo —en todo mi ser y a través de mí— ese sentimiento profundo y cálido, transfigurándome. Los temas, no. Estaban relacionados con la vida, y la belleza, y el arte, y la Naturaleza, y yo misma: en realidad, con *todo*. Todo; es decir, exceptuando las tan diversas y tan necias cosas acerca de las que casi todo el mundo habla constantemente, charlando y tonteando sin detenerse en lo importante. Él observó en una ocasión que «lo que prevalece en las mujeres son las palabras», y yo no pude menos que sonreír. Tan cierto es.

Afortunadamente, mamá *no* volvió a aparecer. Y en cuanto a los demás, me atrevería a afirmar que se encontraban más aliviados que otra cosa de ver a la torpe inglesita alejada de sus manos, por así decir, y aparentemente situada. Ya que mamá se hallaba indispuesta, la obligación de velar por mí

recaería en la Contessa, pero la divisé una sola vez, a la distancia. Quizá había resuelto no entrometerse en lo que yo no quería que lo hiciera. De haber sido así, era lo que yo esperaba de ella. No sé.

Entonces llegó la cena. Para gran sorpresa mía (y mi pena), mi amigo, si así puedo llamarlo, se excusó de participar. Su explicación —falta de apetito— a duras penas podía ser aceptada como suficiente o cortés, pero las palabras que empleó lograron (tal cual siempre, creo, sucede con él) atenuar la ofensa. Afirmó con la mayor seriedad que yo debería alimentarme aun a pesar de que él no estaba en condiciones de escoltarme, y que aguardaría mi regreso. En tanto hablaba, me miraba en forma tan conmovedora que hube de aceptar la situación, aunque bien podría decir que yo sentía tan poco apetito (por los groseros alimentos de este mundo) como él. Advierto que hasta ahora he omitido referirme a la belleza y el poder de sus ojos, tan oscuros que resultan casi negros... por lo menos a la luz de las velas. Retrayendo mis pensamientos, quizá un poco ansiosamente, se me ocurre que él podía sentirse conturbado de mostrar la plenitud de sus años bajo las brillantes luces de la cena. Esa es una vanidad que *de ningún modo* se limita a mi propio sexo. Realmente, él parecía huir de la intensa luminosidad aun en ese alejado extremo del salón. Y ello, contrariando esa impresión de fuerza que emanaba de él tan marcadamente. Con mucho tacto, hice ademán de marcharme.

—¿Volverás? —preguntó, muy ansiosamente, compulsivamente.

Permanecí en calma. Me limité a sonreír.

Y entonces papá se apoderó de mí. Explicó que mamá, subido que hubo, sucumbió por completo, tal como yo podía haber previsto que sucedería, y en realidad *lo sabía*; y dijo que una vez hubiera cenado, «haría mejor subiendo yo también». Papá me cogió por el codo y me llevó a las mesas, y comenzó a tratar de atiborrarme igual que a un pavo, mas, como he dicho, no sentía *gusto* por ello, a tal punto que no puedo ahora nombrar una sola de las cosas que comí, ni de las que comió papá. Cualquier cosa de la que se tratara, la «lavé allí mismo» (como decimos en Derbyshire) con una desacostumbrada cantidad (para mí) de vino del lugar, del que la gente, incluido papá, dice siempre que es tan «liviano», aunque a mí invariablemente me pareció que no

era «más liviano» que los otros, por el contrario, considerablemente «más pesado» que cualquiera otro que yo pudiera nombrar. Lo que es más, temprano en la noche ya había consumido una cierta cantidad mientras se suponía que estaba flirteando con los «Juanito-estaca» locales. Y, cosa curiosa, papá, que jamás deja de oponer dificultades a casi todo lo que yo haga, en este caso no puso reparos a mi manera completamente desmedida de beber vino. Creo no haber visto que en ningún momento siquiera tratase de imponerme un límite. Esto es significativo, desde luego, sólo durante las raras ausencias de mamá, a quien no se aplica esa observación. Es que la propia mamá con frecuencia ya no se encuentra bien después de dos o tres vasos. En la cena de anoche, yo me hallaba en estado de «trance»: tragar comida me era poco menos que imposible, pero beber vino, casi fatalmente fácil. Entonces papá empezó a intentar empujarme hacia la cama nuevamente. Después de todo ese vino, y con mi nuevo amigo esperándome pacientemente, eso era absurdo. De alguna manera yo tenía que deshacerme de papá, así que prometí formalmente, y olvidé mi promesa (cualquiera que fuese) en seguida. Felizmente, no volví a poner los ojos sobre papá desde ese momento en adelante.

Ni, en realidad, sobre *nadie* hasta que la Contessa me despertó esta mañana: sobre nadie, excepto *uno*.

Allí estaba él, esperándome tranquilamente entre las sombras que se extendían por los tapices levemente oscilantes y por los banderines alineados alrededor de los muros, por encima de nosotros. Esta vez, él apretó mi mano con verdadera vehemencia. Fue sólo por un momento, claro está, pero yo sentí la firmeza de su apretón. Dijo que no deseaba impedirme que asistiera al salón de baile, pero yo repliqué que no, oh, no. De verdad, difícilmente me hubiera sido posible bailar en ese instante; y me imagino que los bailes que ejecutaban a nuestro alrededor esas mohosas reliquias, en el mejor de los casos, no eran para mí. Entonces dijo, con una ligera sonrisa, que en un tiempo él había sido un gran bailarín. Oh, dije yo desganadamente, bajo el influjo del vino, ¿dónde fue eso? En Versailles, respondió, y en Petersburgo. Debo decir que, vino o no vino, eso me sorprendió; porque, sin duda, como todo el mundo sabe, Versailles fue destruido por los incendiarios en 1789,

hace treinta años largos. Sin duda le miré significativamente, porque entonces dijo, sonriendo una vez más, aunque con desmayo:

—Sí, soy muy, *muy* viejo.

Pronunció esto con un énfasis tan curioso, que denotaba no pedir la negativa que normalmente provocan tales palabras. Verdaderamente, yo no encontré absolutamente nada que decir. Y, sin embargo, aquello no tenía sentido, y mi negativa hubiera sido sincera. Yo no conozco su edad, e incluso me es difícil tan sólo una aproximación, pero «muy, muy viejo» no lo es con toda seguridad; por el contrario, sinceramente, considerando todos los aspectos importantes, es una de las personas más jóvenes que imaginar se pueda, y una de las más ardientes. Vestía hermosísimas ropas negras, con una pequeña condecoración de alguna clase, y tengo la certeza de que *muy* distinguida por lo modesta. Papá ha destacado a menudo que la deslumbrante exhibición de honores no es demasiado correcta.

De alguna manera, lo más romántico es que ni siquiera sé su nombre. Cuando la gente comenzaba a retirarse de la fiesta, no muy tarde, supongo, puesto que, al fin y al cabo, la mayoría era de bastante edad, tomó mi mano y esta vez la retuvo, y yo no afecté ni la mínima resistencia.

—Volveremos a vernos muchas veces —dijo—, mirando tan profunda y firmemente en mis ojos que yo sentí que penetraba en lo más íntimo de mi corazón y de mi alma. Efectivamente, en ese momento algo ejercía tanto poder y misterio sobre mis sentimientos, que sólo acerté a murmurar «Sí» con una voz tan débil que a duras penas me hubiera oído, y luego cubrí mis ojos con las manos, esos ojos que habían recibido en su interior esa fija mirada de él, tan penetrante. Durante un instante (no debe de haber pasado más tiempo, pues otros hubieran notado mi turbación) me hundí en una silla, y en torno de mí todo era negro y flotaba, y, al recobrarme, él ya no se encontraba allí, y no quedaba nada por hacer sino recibir el beso de la Contessa que decía «Pareces cansada, pequeña», y marchar inmediatamente hacia mi gran cama.

Y aunque se dice que las nuevas emociones ahuyentan el cansancio (como he podido confirmarlo por mí misma en una o dos ocasiones), parece ser que me *dormí* en seguida, y muy profundamente, y durante un larguísimo rato. Sé también que soñé persistentemente, pero me resulta imposible

recordar con qué. Tal vez no me sea necesaria la ayuda de la memoria, puesto que seguramente podré conjeturarlo.

Esta es la primera ocasión desde que permanezco en Italia, en que el sol es notablemente muy cálido. Creo que no escribiré nada más hoy. Ya he cubierto páginas con mi pequeña y clara caligrafía, que tanto debe a la paciencia y severidad de la señorita Gisborne, y a su alto nivel en todos los asuntos tocantes a la joven feminidad. Más bien me sorprende que me hayan dejado sola durante tanto tiempo. Aunque no creo que papá y mamá realicen mucho en proporción al esfuerzo que despliegan, son enemigos de «estarse por ahí echado sin hacer nada», especialmente tratándose de mí; pero debo reconocer que en lo referente a sí mismos también lo son. Me pregunto de qué manera lo estará pasando mamá después de las excitaciones de anoche. No cabe duda de que debería levantarme, vestirme, y averiguarlo; pero, en cambio, susurro para mí misma que una vez más me siento vigorosamente lanzada hacia el abrazo de Morfeo.

9 de octubre. Ayer por la mañana decidí que había registrado bastante para un solo día (aunque para referirme a aquel maravilloso acontecimiento he intentado, vanamente, hallar palabras); empero, existen pocas ocupaciones privadas en este mundo que me gusten más que dedicar los pensamientos y las impresiones de mi corazón a este pequeño, secreto diario, que nadie, jamás, sobre la Tierra, verá (me cuidaré muy bien de ello), de manera que tengo la certeza de que hubiese vuelto a coger la pluma por la noche en el caso de producirse un incidente lo bastante positivo para incitarme a escribir sobre él. *Esta*, sospecho, es una de las que la señorita Gisborne llamaría mis oraciones recargadas; mas las oraciones recargadas pueden ser el reflejo, estoy segura, de espíritus sobresaturados, ¡e incluso constituir su único alivio y su salida! ¡Qué bien recuerdo en este momento el conmovedor consejo de la señorita Gisborne!: Sólo debes hallar las palabras acertadas para expresar tus dificultades, y tus dificultades se convertirán en instrumento de regocijo. Ay, en la hora presente no se ofrecen a mí las palabras adecuadas: por algún extraño motivo, me es imposible recuperar el dominio de mí misma, hallo

que soy hielo y fuego por partes iguales. Nunca anteriormente me he sentido tan espléndidamente viva, y, sin embargo, abrigo en lo más hondo de mí la sobrenatural convicción de que mis días están estrictamente contados. Ello no me asusta, como podría suponerse. En realidad, está muy cerca de ser un alivio. Jamás me he movido con placer en este mundo, a despecho de todo el cuidado que me ha sido prodigado, y si no hubiera conocido a Caroline, hasta ahora mi mejor amiga (ya veces su mamá también), por comparación con... Oh, no *hay* palabras. Tampoco me he recobrado de los requerimientos que anoche se cernieron sobre mí. Por esto me siento en cierto modo avergonzada, y no se lo reconoceré a nadie. Como si la emoción me desgarrara, estoy agotada hasta adquirir la dimensión de una hebra de seda.

La Contessa, que se presentó ayer en mi cuarto por la mañana, desapareció luego y no se la vio de nuevo en todo el día. De todas maneras, dio la impresión de haber hablado con mamá acerca de mí, como había anunciado. Eso pronto se hizo evidente.

Antes de que me levantara de la cama y me atreviera a salir de mi soleado cuarto, ya era por la tarde. El hambre me acosaba nuevamente, y sentía que era necesario averiguar si mamá se había restablecido por completo. Así que lo primero fue ir a golpear a la puerta de las habitaciones de mamá y papá. No obtuve respuesta, fui escaleras abajo y, aunque la gente no andaba por ahí (cuando hace mucho sol, la mayoría de los italianos simplemente se echan a la sombra), encontré a mamá, plena y florecientemente saludable, en la terraza que tiene vista al jardín. Tenía consigo su caja de labores, y estaba sentada a pleno sol, procurando hacer dos trabajos al mismo tiempo, quizá tres, según su costumbre. Si mamá se siente totalmente bien, es invariable que se inquiete terriblemente. Creo que ella carece de lo que el caballero que conocimos en Lausana llamaba «el don del reposo». (Nunca olvidaré esa expresión.)

Mamá me vio en seguida.

—¿Por qué no bailaste siquiera con uno de esos simpáticos jóvenes que la Contessa se había tomado la molestia de invitar especialmente en atención a ti? La Contessa está muy acongojada a causa de ello. Además, ¿qué has estado haciendo toda la mañana? ¿Con este encantador y soleado día? ¿Y qué

son todas esas tonterías que la Contessa ha tratado de decirme de ti? Yo no consigo entender una palabra de eso. Quizá puedas aclarármelo tú. Supongo que se trata de algo que debería saber. ¿Estás segura de que esto no es una consecuencia del acuerdo de tu padre y tu madre para que recorrieses la ciudad por ti misma?

Yo sé perfectamente, no es necesario decirlo, de qué manera contestar a mamá cuando me increpa en tales términos.

—La Contessa está muy alterada a raíz de todo eso —volvió a exclamar mamá después que yo hablé, como si una banda de granujas hubiera robado todas las cucharas, y yo fuese cómplice del delito—. Ella insinúa claramente algo que la cortesía le impide poner en palabras, y es algo que tiene que ver contigo. Yo quedaría agradecida si me dijeras de qué se trata. Dímelo en seguida —ordenó mamá muy enérgicamente.

Lógicamente, yo tenía la conciencia de que algo se había interpuesto entre la Contessa y yo esa mañana, y para entonces ya sabía muy bien lo que subyacía en ello: de uno u otro modo, la Contessa adivinó mi *rencontre* de la noche anterior, y se había hecho cargo de una parte (¡aunque cuan lejos del total!) del efecto que produjo sobre mí. Incluso comprendí que se había expresado de una manera que los ingleses llamamos sobreexcitada, a la italiana. Resultaba claro que había comunicado a mamá algo sobre el tema, bien que en forma velada, ya que no deseaba traicionarme. En verdad, me había informado de que lo haría, y yo ahora me arrepentía de no haber intentado disuadirla. El hecho es que, en mi situación soñolienta, yo estaba casi fuera de mis cabales.

—Mamá —dije, con la dignidad que he aprendido a exhibir en tales ocasiones—, si la Contessa tiene algún motivo de queja por mi conducta, tengo por cierto que mostrará su disgusto solamente en mi presencia. —Y, efectivamente, yo *estaba* segura de eso; aunque dudaba de que la Contessa consideraría necesario quejarse de mí; el que se hubiera dirigido a mamá en el actual asunto representaba, yo podía asegurarlo, una tentativa de ayudarme de alguna manera, con toda probabilidad cerrada, lo que era casi inevitable si quien interpelaba a mamá no la conocía muy bien.

—Me estás desafiando, niña —chilló mamá—. Estás desafiando a tu

propia madre.

Se había excitado tanto que se las compuso para pincharse. Mamá se pincha constantemente cuando se mete en labores de aguja, principalmente, pienso siempre, porque no *desea* concentrarse en ninguna tarea en especial, y guarda una bolita de algodón en su caja en previsión de que ocurra lo mismo la próxima vez. En esta ocasión, no obstante, el algodón parecía haberse perdido, y ella mostraba haberse infligido una verdadera herida. Pobre mamá, agitando las faldillas como un pájaro sus alas debajo de una red, mientras la sangre empezaba a fluir en completa libertad; me incliné sobre su mano y la succioné. Resultó extrañísimo sentir la sangre de mamá en la boca. Lo más raro es que sabía deliciosa; ¡igual que una golosina excepcionalmente deliciosa! Mientras escribo ahora estas palabras, siento que mi propia sangre enciende mis mejillas.

Entonces mamá se las arregló para restañar su pequeña herida con su pañuelo de bolsillo: uno de los bonitos que había adquirido en Besançon. Me miraba con su habitual expresión crítica, pero todo lo que dijo fue:

—Quizá sea una suerte que el lunes nos vayamos de aquí.

Aunque ésa constituía nuestra acostumbrada rutina, no se había dicho nada en la presente ocasión, yo estaba estupefacta. (¡Esto, sospecho, era algo concreto digno de ser registrado ayer por la noche!)

—¡Qué! —exclamé—. ¡Dejar a la dulce Contessa tan pronto! ¡Abandonar después de una sola semana la ciudad donde Dante paseó y escribió!

No puedo menos que sonreír un poco, al advertir que, impensadamente, empiezo a adoptar la manera extravagante de los italianos para decir las cosas. No poseo ni remotamente la certeza de que Dante *escribiera* mucho en Ravena, pero los italianos no se dejan influir por esas objeciones cuando se trata de la elección de las palabras. Comprendo que es algo de lo que debo cuidarme.

—Donde Dante paseó, puede no ser un lugar conveniente para que tú pasees —replicó mamá, dura, mas mostrando una agudeza en la frase y el pensamiento más pronunciada que lo acostumbrado en ella. Durante un rato estuvo mimando su pulgar lastimado, y nada había que mitigara su aspereza hacia mí. La sangre comenzaba a teñir de rojo el improvisado vendaje, y yo

marché consumida por lo que los escritores llaman «muy confusos sentimientos».

Fuera como fuese, me amañé para ver algo más del ancho mundo antes de que abandonáramos Ravena; y en el mismo día siguiente, el día de hoy, domingo, incluso a pesar de que es domingo. Al parecer, en Ravena no existe Iglesia Anglicana, así que todo lo que pudimos idear consistió en que papá leyera unas pocas plegarias esta mañana, y recorrer la letanía, mamá y yo recitando las respuestas. El mayordomo nos indicó a los tres un salón especial con ese propósito. No contenía nada, salvo una vieja mesa con las patas vacilantes y una fila de sillas de madera; todo ello más polvoriento y aún más decrepito que otros objetos que he visto en la Villa. Es cierto que todo esto también ha ocurrido en otros lugares llegado el domingo, pero nunca anteriormente en tan desalentadoras condiciones; diré más, condiciones *insalubres*. Esta experiencia me afectaba muy desagradablemente, y me encontraba *enteramente* incapaz de embeberme de la Palabra de Dios, como era mi deber. En ninguna ocasión anterior me he sentido así, siquiera fuese durante la menos elevada de las Oraciones Familiares. Pensamientos positivamente *irreverentes* afluían sin control a mi pequeña cabeza: por ejemplo, me encontré preguntándome qué eficacia podía contener la Palabra de Dios en bien de la Salvación, siendo tartamudeada por un mero laico sin canonizar como papá... no, he querido decir, claro está, *sin ordenar*, más dejé caer la primera palabra porque es tan cómica aplicada a papá, quien siempre está denunciando a los santos romanos, y a todo lo que ellos representan, tal cual sucedió en días recientes de pública devoción en su honor. Los ingleses hablan muy ásperamente de los curas católicos romanos, pero al menos éstos, incluyendo al más indigno, han sido tocados por manos que vuelven una vez y otra y otra a san Pedro, y por su intermedio a la Fuente Estimulante de la Gracia misma. Difícilmente se podría decir lo mismo de papá, y creo que aun la posición consagracionista del señor Biggs-Hartley es materia de discusión. Siento muy intensamente que la sangre del Cordero no puede ser intermediaria, a menos que lo sea a instancia del elegido, ni lavar manos que no sean fuertes y blancas.

Oh, ¿cómo podrá él cumplir su promesa de que «nos volveremos a

encontrar», si papá y mamá, protestando, me arrebatan del sitio en que coincidimos la primera vez? Por no hablar ya de «encontrarnos muchas veces». Tales pensamientos me distraen, no necesito decirlo; y, sin embargo, estoy completamente segura de que me dispersan menos de lo que cabría suponer. La razón de esta certeza es bastante simple: en lo más profundo de mí, yo sé que algo maravilloso, cierta particular atracción se ha producido entre él y yo, y que, en consecuencia, y sin duda, nos volveremos a encontrar «muchas veces». Aturdida como me encuentro por todo esto, simultáneamente se afirma mi confianza; de tal manera, me siento casi en paz: fuego y hielo, ya lo he dicho. Advierto que aún me es posible atender a otras preocupaciones, cosa que no me ocurría en modo alguno cuando, hace mucho, mucho, me embargaba la fantasía de estar «enamorada» (¡muera ese pensamiento!) de Franklin Stobart. Sí, sí, ¡mi maravilloso amigo ha depositado al fin en mi alma turbulenta una dosis de paz! Únicamente, desearía no sentirme tan cansada. Sin duda, tal estado se desvanecerá cuando los sucesos de hace dos noches se encuentren más distantes (¡qué tristeza, empero, cuando así sea! ¡Qué tristeza, ocurra lo que ocurra!), y, me parece, este cansancio de las tardes pasará también. No, *no* «cansancio». Me niego a admitir la palabra; esa insolente Emilia ha regresado a casa «fresca como una margarita», empleando la expresión que la clase de gente semejante a ella usa en el lugar de donde yo provengo.

¡Pero qué paseo fue, sin embargo! Anduvimos a través de *Pineta di Classe*: una floresta enorme, entre Ravena y el mar, con pinos parecidos a paraguas, muy tupidos, oscuros y peludos; y, así dicen, ¡o un bandido o una fiera se esconden detrás de cada uno de ellos! Yo nunca he visto tales pinos: ni en Francia, ni en Suiza, ni en los Países Bajos, y mucho menos en Inglaterra. Son más bien semejantes a los árboles de *Las mil y una noches* (no es que yo haya leído esa obra), ¡muy densos en la copa, y el tronco lo bastante recio para que los roedores aniden en él! ¡Y en qué incontable número, todos tan viejos! De no tener guía, a los pocos minutos me hubiera extraviado, tantos y tan vagos son los diferentes senderos entre las inmensas coníferas; mas he de admitir que Emilia, ahora completamente despojada de su *bien élevé* melindrería, andaba a zancadas casi igual que un muchacho, y

mostraba un conocimiento de los mejores caminos del que yo sólo podía admirarme y sacar ventaja. Hemos llegado a aproximarnos a un entendimiento, y esencialmente es de ella que voy aprendiendo una parte que desconocía del italiano y que empieza a sorprenderme. Constantemente recuerdo, empero, que es un idioma muy simple: el gran poeta del *Paraíso Perdido* (no es que yo haya leído esa obra, tampoco), señalaba que es innecesario reservar períodos especiales de instrucción para el italiano, puesto que uno sencillamente lo puede captar al venir aquí. Esto es lo que se está demostrando en la práctica entre Emilia y yo.

Los caminos del bosque se encuentran evidentemente mejor dispuestos para paseantes a caballo, y en un lugar dos de éstos surgieron de uno de los muchos senderos que aparecían a nuestra izquierda.

—*Guardi!* —exclamó Emilia, y apretó mi brazo como si yo fuese su íntima—. *Milord Byron e il Signor Shelley!* —(No intentaré indicar la cómica aproximación de la pronunciación de Emilia a los nombres ingleses.)

¡Qué momento en mi vida... o en la vida de cualquiera! ¡Ver simultáneamente a esas dos personas, ambas tan grandes y tan famosas, y ambas tan irrevocablemente condenadas! No hubo, naturalmente, tiempo suficiente para poder observarles de cerca, aunque Shelley dio muestras de reconocimiento, moviendo despectivamente su látigo al retroceder nosotras un poco a fin de permitir libre paso a él y a su amigo; pero sospecho que lo que me causó fuerte impresión es que ambos me parecieron considerablemente mayores de lo que yo suponía, y lord Byron mucho más corpulento (de la misma manera que su cabello es completamente gris, aun cuando creo que acaba de comenzar la cuarta década de su vida). Shelley llevaba un traje marcadamente desaliñado, y lord Byron se mostraba sumamente cómico: a este respecto, al menos, la realidad concordaba con la fama. Ambos iban sin sombrero ni capa. Marchaban a medio galope por el sendero que nosotras habíamos recorrido. Hablaban en voz alta (la de Shelley es de un tono notablemente elevado), los dos al mismo tiempo, por encima del ruido sordo de los cascos de sus caballos. Ninguno de ellos dejó de hablar, ni en el momento en que disminuyeron el paso para dar un rodeo, por así decir, alrededor del sitio en que nosotras estábamos paradas.

¡Y de esta forma tuve una amplia visión del legendario lord Byron! Verdaderamente, un momento portentoso; ¡pero cuánto más portentoso de haber sucedido antes de ese instante que para mí fue el más maravilloso de todos los posibles! ¡De cualquier modo, sería un gran error de mi parte quejarme porque la creciente luna roja ha cubierto enteramente de penumbra mi universal luz nocturna! ¡Lord Byron, ese hijo del destino, está ofrecido al mundo entero, y, sin duda, a todos los tiempos, o por lo menos a una gran parte de ellos! ¡Mi hado es distinto, y lo estrecho sobre mi pecho con los ávidos brazos de una jovencita!

—*Come sone gentili!* —exclamó Emilia, siguiendo con la mirada a nuestros dos hombres a caballo.

Quizá ése no era el comentario más apropiado refiriéndose a lord Byron y a Shelley, pero yo no tenía nada que replicar (aun cuando hubiese hallado las palabras italianas), así que continuamos nuestro camino, Emilia ahora desenfadada al punto de ponerse a cantar con su hermosísima voz, y yo con el corazón desfallecido incapaz de reprenderla; hasta que, finalmente, el bosque de pinos se abrió ante mí ofreciéndome la primera visión del mar Adriático, y, pocos pasos más allá, una amplísima perspectiva del mismo. (Me niego a tomar en serio la Laguna de Venecia.) El mar Adriático está unido con el mar Mediterráneo; en realidad es propiamente una porción de éste, de manera que ahora me permito decir para mis adentros que «he visto el Mediterráneo», al que el buen viejo doctor Johnson definía como el verdadero objetivo de todo Viaje. Fue casi como si, al final de un largo camino, con mis propios ojos hubiera visto el Santo Grial, y la Sangre del Redentor fluyendo ante mí en dorado esplendor; y permanecí inmóvil durante un largo rato, perdida por completo en los profundos pensamientos que me exaltaban. El mundo se desploma una vez más sobre mí, en un instante, cuando recapacito acerca de esa luminosa, extática inundación.

Pero no puedo escribir más. Me siento tan inusitadamente fatigada, y, no obstante, lo vivido de mi visión concita toda maravilla. Es como si mi mano fuese guiada igual que la de Isabella por el lejano Traffio, en el prodigioso libro de la Fremlinson; de tal modo, Isabella fue capaz de dejar una relación de los extraños sucesos que precedieron a su muerte, sin cuya narración, lo

mismo que ahora me pasa a mí, el libro, aun siendo ficción, de ninguna forma podría haber sido escrito. La vieja luna baña mis páginas y mi camisón con su brillantísimo carmesí. En Italia, siempre es luna llena, y siempre es muy roja.

¡Oh, la próxima vez que vea a mi amigo, mi dechado de virtudes, mi genio!

10 de octubre. He experimentado un sueño tan dulce y grandioso, que me es preciso registrarlo antes de que lo olvide, incluso a pesar de mi convencimiento de que ya casi nada queda sobre lo que se *pueda* escribir. He soñado que él estaba conmigo; que vestía mi cuello y mi pecho con besos que eran al mismo tiempo los más suaves y los más intensos del mundo; que llenaba mis oídos con pensamientos tan insólitos que únicamente pueden haber venido de un mundo remoto.

Y ahora principia el amanecer italiano: todo el cielo es rojo y cárdeno. Las lluvias se han ido como para no volver. El sol bermejo me incita a volar antes de que sea otra vez otoño y después invierno. ¡Levantar vuelo! ¡Hoy partimos hacia Rímini! Sí, en Rímini es donde voy a refugiarme. Esto es absurdo.

Y en mi habitación rojo-amanecer, nuevamente hay sangre debajo de mí. Pero esta vez, yo sé. Es que, ante su abrazo, mi ser desborda de alegría y bienvenida; su abrazo, que es a un tiempo el más suave y el más recio del mundo. ¡Qué raro que alguna vez haya podido dejar de recordar tal gloria!

Me levanté de mi cama en busca de agua, ya que de nuevo faltaba en mi habitación. Comprobé que la felicidad me debilitaba al punto de casi desmayarme. Después de caer sobre la cama durante un rato, me recobré penosamente y poco a poco logré abrir la puerta. Y, ¿qué encontraría allí? O, más bien, ¿a quién? En el corredor débilmente iluminado, se hallaba, silenciosa, nada menos que la pequeña Contessina, de quien yo no tenía noticias desde la *soirée à danse* ofrecida por su mamá. Estaba vestida con una suerte de bata oscura, y yo dejo debatir entre ella y su conciencia qué motivaba su presencia. Indudablemente por alguna buena razón relacionada con ello, pareció volverse de piedra al verme a *mí*. Ciertamente, mi *déshabillé*

era más manifiesto que el suyo. Incluso había omitido cubrir mi camisa. Y en él se veía sangre... como si yo hubiese recibido una herida. Cuando me acerqué a ella tranquilizadamente (al fin y al cabo, no somos sino dos jovencitas, y yo no soy su juez... ni el de nadie), pegó un chillido bajo, casi graznando, y huyó de mí como si yo fuese la *Erl Queen* en persona, nuevamente atendida al silencio, sin duda por sus mismas buenas razones. La pequeña Contessina cometió una tontería, puesto que todo lo que yo me proponía hacer era tomarla en mis brazos, y luego besarla en prenda de nuestra común humanidad y de lo extraordinario de nuestro encuentro a esa hora.

Yo quedé desconcertada ante la infantilidad de la Contessina (estas italianas se las componen para mostrarse *bambine* huidizas y endurecidas mujeres de mundo al mismo tiempo), y, sintiendo que nuevamente desfallecía, me apoyé contra la pared del pasillo. Cuando volví a sostenerme del todo, reparé, a la luz carmesí que filtraba una de las polvorientas ventanas, que había logrado impedir mi caída dejando una huella escarlata sobre el yeso pintado. Resulta difícil de explicar, y es imposible quitarla. ¡Qué aburrida estoy de esas *règles* y convencionalismos que me han tenido atrapada hasta ahora! ¡Cuan alejada me encuentro de la libertad sin límites que se me ha prometido, y de la que me siento segurísima en el futuro!

Me las ingeníé para hallar un poco de agua (la Villa de la Contessa no pertenece ya a la clase de las que tienen servidores alerta —o supuestamente alerta— durante toda la noche en los vastos vestíbulos), y con ella hice lo que pude, por lo menos en mi propio cuarto. Infortunadamente, no tenía ni el agua ni la fuerza necesarias para hacerlo todo. Además, voy volviéndome temeraria.

11 de octubre. Ningún querido sueño, anoche. Considerable y artero motivo de desagrado, asimismo, teniendo en cuenta nuestra partida de Ravena ayer. Mamá reveló que la Contessa nos prestaba su propio carruaje.

—Desea perdernos de vista —dijo, mirando hacia la cornisa.

—¿Cómo puede ser, mamá? —pregunté—. Precisamente, ¿acaso nos vio

sino de cuando en cuando? A nuestra llegada, estaba invisible, y ahora, durante días, ha desaparecido nuevamente.

—No hay conexión entre una y otra cosa —replicó mamá—. Cuando llegamos, la Contessa se encontraba indispuesta, tal nos sucede a menudo a nosotras, las madres, ya lo aprenderás pronto por ti misma. Pero es que durante los últimos días se ha sentido muy disgustada por tu conducta, y ahora desea que nos vayamos.

Ya que mamá seguía mirando hacia la pared en vez de mirarme a mí, saqué la punta de mi lengua, solamente un pequeñísimo trozo, pero ése mamá alcanzó a verlo, y levantó su mano antes de percatarse que yo ya era adulta, y que enmendarme no sería obra de una simple bofetada.

Y entonces, en el momento en que todos estábamos a punto de entrar en el sucio y viejo carruaje, la Contessa se dio maña para deslizarse hasta la luz, y yo la sorprendí santiguándose tras de mi espalda, o sin duda ella suponía que se hallaba tras de mí. Apreté las manos para no escupirle. Desde entonces he comenzado a conjeturar si no pretendía ella, en realidad, que yo viese lo que hacía. Yo había sentido mucho cariño hacia la Contessa, estuve tan entregada a ella —aun me es posible *recordarlo* perfectamente bien—; pero ahora *todo* ha cambiado. Una semana, advierto, a veces puede sobrepasar una vida; y del mismo modo, en cuanto a eso, lo puede una sola noche imborrable. La Contessa tuvo mucho cuidado en evitar que sus ojos se encontraran ni por un momento con los míos, por lo que, tan pronto como me di cuenta de ello, no dejé de mirarla insistentemente igual que un pequeño basilisco. Se disculpó ante papá y mamá por la ausencia de la Contessina, a quien describió en la cama aullando mortificada por la migraña o sumida en el negro calambre de otra enfermedad (¡sinceramente, no me importó cuál! ¡Ni me importa!), ¡sin duda un incidente debido a la inmadurez femenina en Italia! ¡Y papá y mamá respondieron como si realmente los preocupara la tonta chicuela! Otra forma de manifestar su desaprobación hacia *mí*, huelga decirlo. Yo pienso que la Contessina y su mamá pertenecen a una misma especie, con la diferencia de que la Contessa ha tenido tiempo de adquirir mayor habilidad en el disimulo y la duplicidad. Estoy segura de que todas las hembras italianas son por el estilo cuando se las conoce de verdad. A causa

de la Contessa he clavado tanto las uñas en las palmas de mis manos, que el dolor me duró todo el día, y todavía parece como si hubiera apretado una daga en cada una de ellas, igual que en el cuento de sir Walter Scott.

En el carruaje iban un cochero y un lacayo, entrambos nada jóvenes, por el contrario parecían dos viejos sabihondos; y, al llegar a Classe, nos detuvimos a fin de que papá, mamá y yo tuviésemos oportunidad de entrar en la Iglesia, famosa por sus mosaicos, retrotrayéndonos, como de costumbre, a los bizantinos. Las grandes puertas del extremo occidental estaban abiertas a la ardiente luz del sol, y en verdad el espectáculo del interior se mostraba muy hermoso, en un azul pálido, el color del cielo, y en brillante oro; mas no vi más que eso, porque, a punto de iniciar el recorrido del crucero, me dominó de nuevo mi desfallecimiento, y, sentándome en un banco, propuse a papá y mamá que entrasen sin mí, a lo que inmediatamente se avinieron con la sensatez de los ingleses, eludiendo alborotar por mí a la estúpida manera italiana. El banco era de mármol, sus brazos con forma de leones, y aunque el mármol estaba gastado, y resquebrajado, y picado de viruelas, era un espléndido objeto pesado, esculpido, sí no me equivoco, por los propios romanos. Descansando sobre él, pronto me sentí mejor nuevamente, y entonces advertí que los dos viejos gordos ajetreaban en las puertas y ventanas del coche. Supuse que las estaban engrasando, lo que con seguridad hubiera sido muy conveniente, del mismo modo que una considerable aplicación de pintura al vehículo entero. Mas cuando papá y mamá salieron al fin de la Iglesia, y todos volvimos a ocupar nuestros sitios, en seguida mamá comenzó a quejarse de un olor que, según decía, o creía recordar, era el del ajo silvestre. Naturalmente, encontrándose uno en el extranjero, el olor del ajo se percibe *en todas* partes, por lo que comprendí a papá cuando simplemente le dijo a mamá que no fuera lunática; después descubrí que me afectaba más y más a mí misma, así que cumplimos la jornada en total silencio, sin que ninguno de nosotros, a excepción de papá, mostrara mucho apetito ante la muy ordinaria comida que nos presentaron *en route* a Cesenatico.

—Se te ve blanca —me dijo papá cuando bajamos del coche; luego agregó dirigiéndose a mamá, intentando vanamente evitar que yo oyera—:

Ahora me doy cuenta de por qué la Contessa habló como lo hizo.

Mamá se limitó a encogerse de hombros: algo que, antes de salir al extranjero, jamás hubiera pensado hacer, pero que en la actualidad hace frecuentemente, yo diría que con malevolencia. A ojos vistas, la Contessa se ocupaba constantemente de desmerecer mi aspecto, y en realidad estoy pálida, más pálida que nunca, empero siempre lo he sido, pálida como un pequeño fantasma; pero sólo yo conozco la razón del cambio que se ha producido en mí, y nadie lo sabrá jamás, porque nadie nunca podrá saberlo. No se trata tanto de un «secreto». Es, más bien, una revelación.

En Rímíni, paramos en la taberna; y somos casi las únicas personas que lo hacen. No es para maravillarme: la taberna es un lugar desvaído y prohibitorio; la *padrona* tiene lo que en Derbyshire llamamos «labio leporino»; y el servicio es de lo peor. En verdad, nadie se ha atrevido a acercármeme. Todos los cuartos, incluido el mío, son muy grandes; y todos comunican con otros, al estilo de hace doscientos años. El edificio parece un *Palazzo* que ha decaído con los tiempos duros, y quizá lo sea. En un principio temía que mis queridos papá y mamá fueran alojados en el apartamento junto al mío, lo que de ninguna manera me resultaría conveniente, pero, no sé por qué, no ha ocurrido tal cosa, así que, entre mi cuarto y la escalera hay dos cámaras oscuras y vacías, que en otra oportunidad me hubieran causado alarma y ahora recibo con placer. ¿Reposaré en el extranjero con tanta tranquilidad y *bien-être* tal como uno lo da por supuesto en Derbyshire? Bueno, no, no; y un escalofrío recorre mi espalda mientras escribo; sin embargo, se trata de un estremecimiento más de excitación que de temor. Pronto me encontraré plenamente en otra parte, y absolutamente por encima de toda trivialidad.

He abierto un par de las grandes ventanas, una tarea sucia y, me parece, ruidosa. Salí a la luz de la luna, en el balcón de piedra, y eché una mirada a la *Piazza*. Rímíni se me antoja en estos momentos una ciudad pobrísima, y no se aprecia nada de la algarabía nocturna que constituye común característica de la vida italiana. A esta hora, todo está en completo silencio; incluso parece extraño que así sea. Todavía hace mucho calor, pero entre la Tierra y la Luna se extiende la niebla.

Me he deslizado dentro de otra de esas enormes camas italianas. El vuela hacia mí. No hay necesidad de más palabras. Solamente hace falta que me duerma, y eso resultará sencillo, exhausta como estoy.

12, 13, 14 de octubre. Nada para contar, sino él; y de él, nada se puede contar. (Me siento muy fatigada, pero se trata de la fatiga que sigue a la exaltación, no del vulgar cansancio de la vida corriente; hoy advertí que no tengo ya sombra ni reflejo.) Afortunadamente, mamá se halla destruida por completo (como dicen los simplones irlandeses) a causa del viaje desde Ravena, y no se la ha visto después de llegar. ¡Cuántas, cuántas horas pasan nuestros mayores en recogimiento! ¡Qué contenta me siento de no haberme visto precisada a experimentar jamás tal esclavitud! ¡De qué modo me regocija pensar en la nueva vida que se despliega ante mí en el Infinito, el nuevo océano que ya besa mis pies, el nuevo bajel con las velas púrpura y los remos rojos en el que embarcaré en cualquier momento! En el tiempo en que uno se enfrenta a tan tremenda transformación, ¡qué estúpidas son algunas palabras! Pero la costumbre de usarlas se prolonga incluso ahora que a duras penas tengo fuerzas para coger la pluma. Pronto, pronto, una nueva fuerza me poseerá, un fuego inconcebible; y el poder de asumir la forma nocturna que yo anhele, o de volar a través de la oscuridad. ¡Qué amor el suyo! ¡Hasta qué punto soy la elegida entre todas las mujeres; y sólo soy una muchachita inglesa! Es un milagro, y yo entraré en los salones de Esas Otras Mujeres orgullosamente.

Papá, tan acosado como está por mamá, no se ha dado cuenta de que no como nada y de que sólo bebo agua; que en nuestras horrendas y odiosas comidas, yo no hago otra cosa que fingir.

Créase o no, papá y yo visitamos ayer el *Tempio Malatestiano*. Papá asistió como un Visitante Inglés; yo (al menos por comparación con papá), como Pitonisa. Es un hermoso edificio, entre los más hermosos del mundo, dicen. Pero, en cuanto a mí, un particular esplendor yace en la noble y amorosa muerte que alberga, y en el control que sobre ello siento crecer en mí. Estaba tan desgarrada con mi nuevo poder, que papá hubo de ayudarme

para regresar a la taberna. ¡Pobre papá, agobiado, cual él supone, por *dos* débiles, inválidas mujeres! Casi me apiadé de él.

Desearía tener a mi alcance a la bonita Contessina, y besar su cuello.

15 de octubre. Anoche abrí mi par de ventanas (el otro par se me resiste, debilitada —en términos de este mundo— como me encuentro), y, sin atreverme a adelantarme enteramente, me quedé en el sitio, desnuda, y alcé mis brazos. En seguida empezó a susurrar un suave viento, donde antes todo había permanecido quieto como la muerte. El susurro fue subiendo de tono ininterrumpidamente hasta convertirse en rugido, y el leve estremecimiento de la noche se trocó en el ardor que sale al abrir la puerta de un horno. Por la ventana abierta pasó un gran alboroto de gritos y lloros, zumbando y chillando y arañando, cual si cuerpos invisibles (o casi invisibles) giraran y giraran en el aire exterior, en un constante lamentarse y reprochar. Los tristes sonidos me partían la cabeza, y mi cuerpo estaba húmedo. Después, en un instante, todo se desvaneció. Él se encontraba allí de pie, ante mí, en el sombrío alféizar de la ventana.

—Esto —dijo— es Amor, como ya sabe la elegida de este mundo.

—¿La *Elegida*? —le rogué, en voz tan baja que me pareció que no era siquiera voz (¿pero qué importa?).

—Oh, sí —confirmó—. De este mundo, la elegida.

16 de octubre. El clima de Italia cambia constantemente. Hoy, una vez más, está frío y húmedo.

Han empezado a creerme enferma. Mamá, nuevamente en pie por un rato, se agita como una moscarda sobre un carnero moribundo. Incluso llamaron a un médico, tras discutir en mi presencia si un doctor italiano podía ser considerado de alguna utilidad. Con la poca voz que me queda, me sumé vigorosamente a la opinión de que no. De todas maneras, hizo su aparición el galeno: vestía de negro rancio y, créase o no, llevaba *peluca* gris..., en todo, un verdadero *Pantalone*. ¡Qué farsa! Mostrando mis colmillos cada vez más

agudos, pronto lo despaché, aullando igual que en la Vieja Comedia a la que él pertenecía. Entonces escupí su anémica y senil linfa, limpié mis labios de su piel y olor, y volví, felicitándome, a mi canapé.

Ianna mortis vita, según dice el señor Biggs-Hartley en su divertido latín macarrónico. ¡Y pensar que hoy es domingo! Me pregunto por qué nadie se ha molestado en rezar por mí.

17 de octubre. Me han dejado sola todo el día. No es que eso me importe. Anoche tuvo lugar el más extraño y el más hermoso suceso de mi vida, un sello puesto sobre mi futuro.

Me encontraba tendida aquí, con mi doble ventana abierta, cuando advertí que esa niebla estaba entrando. Le abrí mis brazos, pero desde la herida de mi cuello la sangre empezó a gotear sobre mi seno; esa herida, desde luego, no se cura, aunque parece ser que no hay especial dificultad en disimular la marca ante toda la raza humana, incluyendo a los hombres instruidos poseedores de certificados de estudio de la Universidad de Sciozza.

Afuera, en la Piazza, se percibía un sonido de caminar arrastrando los pies y de acariciar con el hocico, semejante al de una oveja a la que meten en el redil en una de las granjas familiares. Bajé de la cama, caminé y salí al balcón.

La niebla filtraba la luz de la luna convirtiéndolo en un gris-plata que yo nunca he visto en parte alguna.

La Piazza entera, que es muy grande, estaba llena de enormes lobos tordillos y en perfecto silencio, exceptuando los leves sonidos que he mencionado; esos lobos, todos con sus lenguas caídas afuera, negras en contraste con la plateada luz, miraban hacia mi ventana.

Rimini se encuentra próxima a los Apeninos, donde abundan notoriamente los lobos, que comúnmente devoran a los bebés y los chicuelos. Supongo que la llegada del invierno los empuja hacia las ciudades.

Les sonreí a los lobos. Después crucé las manos sobre mi diminuto seno, e hice una reverencia. Ellos ocuparán un lugar prominente entre mi nueva gente. Mi sangre será de ellos, y la suya, mía.

Olvidé decir que he logrado cerrar con llave mi puerta. Ahora, en esos asuntos, cuento con asistencia.

No sé cómo, pero he logrado volver a la cama. El aire se ha vuelto extremadamente frío, casi helado. No sé por qué razón, pienso en todas las habitaciones vacías de este antiguo *Palazzo* derruido (no me cabe duda de que alguna vez lo ha sido), que han perdido su antigua majestuosidad. No creo que escribiré nada más. Estoy convencida de que no tengo nada más que decir.

Notas

[1] Así en el original. <<

[2] *Requisite Masses*, en inglés, lo que explica la confusión entre Masses y Massie. <<

[3] Colección Nova, n.º 5. <<